Entre la Lealtad y el Amor
Linda Howard




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

# Uno

Era tarde, casi las once, cuando apareció aquel hombre en la fiesta. Permanecía, en el marco de la puerta, observando la fiesta con expresión cínica y divertida. Susan se fijó inmediatamente en él y lo estudió con cierto asombro, segura de no haberlo visto jamás. Porque un hombre así era imposible de olvidar.

Era alto, de complexión atlética. La chaqueta blanca de su traje caía sobre sus hombros como solo podía hacerlo una chaqueta cortada por un sastre de lujo; pero lo más llamativo de aquel hombre no era su sofisticación, sino su rostro. Tenía la mirada audaz de los forajidos, una impresión que realzaban sus cejas, ligeramente alzadas, y el azul cristalino de sus ojos. Unos ojos magnéticos, pensó Susan, advirtiendo la intensidad de su mirada. Un pequeño escalofrío le recorrió la espalda y todos sus sentidos se pusieron alerta; la música parecía de pronto más vibrante, los colores más intensos y los olores fragantes de la noche primaveral más fuertes. Miró a aquel desconocido con una suerte de primitivo reconocimiento. Su intuición le decía que aquel hombre irradiaba peligro.

Estaba en sus ojos. En ellos se veía la autosuficiencia de un hombre amante del riesgo y siempre dispuesto a aceptar sus consecuencias. La experiencia había endurecido sus facciones, y el peligro cubría sus hombros como un manto invisible. No podía decirse que fuera un hombre... civilizado. Parecía un pirata moderno, por sus ojos, por la barba y por el bigote perfectamente recortado que ocultaba su labio superior. Susan deslizó la mirada por su pelo oscuro, peinado con un aire estudiadamente informal por el que muchos hombres habrían pagado una fortuna.

.

Al principio, nadie pareció reparar en él; pero, poco a poco, la gente comenzó a mirarlo y, para la más absoluta estupefacción de Susan, un silencio casi hostil se extendió por la habitación. Sintiéndose repentinamente, incómoda, miró a su cuñado, Preston, el anfitrión de la fiesta, que estaba cerca del recién llegado. En vez de acercarse a él para darle la bienvenida, Preston se había puesto tenso, estaba casi pálido, contemplando al invitado con el mismo terror con el que habría mirado a una cobra.

El silencio se había propagado hasta tal punto que incluso los músicos se habían levantado de sus sillas y permanecían callados. Bajo los resplandecientes prismas luminosos de los candelabros, la gente se volvía con el rostro convertido en una máscara de sorpresa. Susan se estremeció. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Quién era aquel hombre? Algo terrible iba a suceder. Lo sentía, veía a Preston tensándose, dispuesto a montar una escena, pero sabía al mismo tiempo que ella no iba a permitir que nada ocurriera. Quienquiera que fuera aquel hombre, era uno de los invitados de los Blackstone y nadie iba a mostrarse grosero con él. Ni siquiera Preston Blackstone. Instintivamente, comenzó a moverse.

Todos los ojos se volvieron entonces hacia ella, como arrastrados por un imán. Susan era la única que se movía en la habitación. El desconocido también la miró. Observaba con sus ojos fríos y desafiantes la esbelta figura de aquella joven de facciones tan puras y serenas corno las de un camafeo, vestida con un vestido de seda de color crema que se arremolinaba sobre sus tobillos mientras caminaba. Un collar de perlas de tres vueltas rodeaba

su delicado cuello. Con el pelo recogido en lo alto de la cabeza, era como un sueño, un espejismo tan etéreo como la respiración de un ángel Parecía tan pura como una virgen victoriana, resplandecía como ninguna otra persona en la habitación. Y para el hombre que la estaba mirando, era un desafío irresistible.

Susan no fue consciente de la resolución que repentinamente encendió aquellos ojos claros Lo único que en aquel momento la preocupaba, era paliar la antipatía que había estado respirando, algo que no comprendía y quería evitar Si alguien pretendía ajustar cuentas con aque hombre, tendría que hacerlo en otro momento en otro lugar. Asintió en silencio, mirando a 1a, orquesta, y los músicos, obedientes, volvieron tocar, vacilantes al principio, pero ganando volumen poco a poco. Para entonces, Susan ya había llegado hasta el misterioso desconocido. Le tendió la mano.

-Hola -dijo con su voz grave y musical-. Soy Susan Blackstone. ¿Quiere bailar conmigo?

El recién llegado tomó su mano, pero no se la estrechó. Se limitó a sostenerla entre la suya y con un pulgar ligeramente áspero, le acarició el dorso. Arqueó levemente la ceja y Susan clavó la mirada en aquellos ojos que de cerca parecíar incluso más apremiantes. Advirtió entonces el anillo de un azul tan intenso como la noche que rodeaba su pupila. Y, perdiéndose en aquellos ojos, olvidó que estaban allí, mirándose, hasta que él la atrajo hacia sí y comenzó a moverse.

Al principio, la sostenía simplemente entre sus brazos al tiempo que se dirigía con ella hacia la pista de baile con tal maestría que sus pies

apenas se rozaban. Nadie bailaba. Susan miró a algunos invitados con expresión firme, ordenándoles educadamente que bailaran, una orden que todos obedecieron sin excepción. Lentamiente, fueron uniéndose a ellos otras parejas y el hombre miró entonces a la mujer que sostenía entre sus brazos.

Susan sentía la fuerza de su mano en la parte baja de la espalda, el desconocido ejercía una delicada e inexorable tensión con sus dedos. Susan se descubría cada vez más cerca de él. Sus senos prácticamente rozaban su pecho y el calor que emanaba de su cuerpo la envolvía como si de una manta se tratara. Los pasos sencillos y gráciles que él ponía en práctica en el baile de pronto le resultaron difíciles de seguir y se obligó a concentrarse para no apartar la mirada de sus pies.

Comenzaba a sentir un nudo en el estómago y le tembló la mano.

Él le estrechó los dedos con calor y le susurró al oído:

-No tengas miedo, no te haré daño.

Su voz era suave, grave y vibrante. Tal como Susan la había imaginado y, una vez más, volvió a sentir un ligero escalofrío. Alzó la cabeza y advirtió lo cerca que estaban el uno del otro cuando uno de sus rizos estuvo a punto de enredarse con su barba. Aturdida, la mirada en sus labios y se preguntó, con una loca inquietud, si sus labios serían firmes o suaves, y s tendrían un sabor tan intenso como aparentaban. Con un silencioso gemido, apartó aquello absurdos pensamientos que la empujaban sin remedio hacia un beso. Alzó la mirada e inmediatamente se arrepintió de haberlo hecho. En casi imposible mantener la compostura mirando a aquellos ojos. ¿Pero por qué estaba reaccionando como una adolescente? Era una mujer adulta e, incluso cuando era adolescente, había sido una mujer tranquila que no tenía nada que ver con aquella mujer capaz de temblar porque un hombre la miraba.

Pero el caso era que aquella mirada vigilante la estaba abrasando. Aun así, alzó la cabeza con la dignidad innata que la caracterizaba, lo miró a los ojos y dijo:

-Qué extraño que me diga eso -se sintió or gullosa de que la voz no le temblara.

-Se lo parece? -su voz era incluso más suave que antes, más íntima y profunda En tonces es que no sabes lo que estoy pensando.

-No -replicó, y así lo dejó, sin darse por aludida por su casi explícita insinuación.

-Pero lo sabrás -le prometió él. Mientras hablaba, le rodeó la cintura para estrecharla contra él.- Susan-se aferró con fuerza a su hombro como si estuviera luchando contra la repentina tentación de deslizar la mano .por su cuello, de sentir su piel desnuda y descubrir si sus dedos quedarían. marcados por el fuego que de él parecía emanar. Sorprendida de sí misma, clavó la mirada en su hombro e intentó no pensar en la ligera presión que sentía en la espalda.

-Tus hombros parecen de satén -musitó él, y antes de que Susan hubiera podido adivinar sus intenciones, posó sus labios, duros y ardientes, en la curva desnuda de su hombro. Inmediatamente, Susan cerró los ojos e intentó contener un estremecimiento. Dios, la estaba besando en medio de una pista de baile y ni siquiera sabía cómo se llamaba. Y, sin embargo, todo su cuerpo respondía a él, como si hubiera perdido completamente el control.

-Ya basta -dijo, tanto para sí como para él, pero su orden carecía por completo de autoridad; era una voz suave y temblorosa, fiel reflejo de lo que estaba sintiendo.

-¿Por qué? -le susurró al oído.

-Porque la gente está mirando -musitó ella con voz débil, dejándose caer contra él. Él le rodeó la cintura con el brazo, pero la intensa sensación de saberse presionada contra él sólo consiguió aumentar su debilidad Susan tomó aire estando tan pegada a él, era imposible no notar la patente excitación de su cuerpo y lo miró sorprendida. Él la miraba con los ojos entrecerrados. No había ningún tipo de disculpa en su expresión. Era un hombre y estaba reaccionando como tal. Susan descubrió, para su más completo asombro, que tampoco ella quería una disculpa. Lo que realmente quería era apoyar la cabeza en su hombro y recostarse contra él. Pero era acusadamente consciente de que si seguía las indicaciones de su deseo, él sería capaz de levantarla en brazos y sacarla de la habitación cual pirata secuestrando a su dama.

-Ni siquiera sé quién es usted -casi jadeó clavándole las uñas en el hombro.

-¿Y si supieras mi nombre habría alguna diferencia? -apartó delicadamente uno de los rizos que caían por su sien-. Pero si eso te hace sentirte mejor, te diré que estamos en familia.

Susan tomó aire antes de contestar.

-No lo comprendo -repuso Susan, elevando el rostro hacia él.

-Vuelve a tomar aire de esa forma, y no importará si lo comprendes o no -musitó él, haciéndola consciente de cómo se elevaban sus senos contra su chaqueta. Clavó su luminosa mirada en los labios de Susan mientras le explicaba-: Yo también soy un Blackstone, aunque probablemente ellos no lo admitan.

Susan lo miró con incredulidad.

-Pero no lo conozco. ¿Quiénes usted?

-¿No has oído los rumores? El término «oveja negra» parece inventado especialmente para mí.

Susan continuaba mirándolo sin comprender

-Pero yo no he oído hablar de ninguna oveja negra. ¿Cómo se llama?

-Cord Blackstone -respondió al instante. Soy primo de Vance y Preston Blackstone. El único hijo de Elias y Marjorie Blackstone; nací el tres de noviembre, probablemente nueve meses después del día que mi padre regresó de si viaje a Europa, aunque nunca conseguí que mi madre lo admitiera -terminó, con aquella fascinante sonrisa Pero háblame de ti. Si eres una Blackstone, no lo es por la línea de sangre. Jamás habría olvidado a una pariente como tú. Así que, ¿con cuál de mis estimados primos estás casada?

-Estaba casada con Vance -contestó y el eco de un dolor ensombreció por un instante sus de licadas pasiones. Y dio una muestra de su forta leza al ser capaz de decir abiertamente-: Murió como supongo que sabe -pero ninguna máscara podía ocultar la desolación que de pronto en sombreció la luminosa cualidad de sus ojos.

-Sí, lo he oído. Lo siento -dijo con brusca sencillez-. Maldita sea, fue una pena. Vance era un buen hombre.

-Sí, lo era -no había nada más que decir porque Susan todavía no había conseguido reconciliarse con aquel accidente sin sentido que le había quitado a Vance la vida.-

-¿Qué le ocurrió? -preguntó él con voz sedosa. Susan lo miró asombrada, ¿ni siquiera sabía cómo había muerto Vance?

-Fue corneado por un toro -respondió por fin-. En una de las arterias principales. Murio desangrado antes de llegar al hospital -había muerto en sus brazos, la vida se le había esca pado convertida en un río de sangre. Su rostro sin embargo, había permanecido en todo momento sereno. Había fijado en ella sus ojos azules y los había mantenido allí, como si supiera, que se estaba muriendo y lo último que quisiera, ver en la tierra fuera su rostro. Había una sonrisa en sus labios y el brillo de sus ojos poco a poco había ido apagándose... para siempre.

Hundió los dedos en el hombro de Corc Blackstone y él la sostuvo con fuerza contra él. Extrañamente, Susan sintió que el dolor cedía como si Cord lo hubiera amortiguado con si cuerpo grande y fuerte. Al alzar la mirada, vio en los ojos de Cord la sombra de sus propios recuerdos y en un relámpago de intuición supo que era un hombre que también había tenido que enfrentarse a la muerte. Que seguramente él también había visto cómo la muerte le arrebataba a un ser querido de los brazos. Él comprendía lo que Susan había pasado. Y porque 1a comprendía, de pronto el dolor le pareció mucho más fácil de soportar.

Susan había aprendido, a lo largo de dos años, a continuar con la rutina de cada día enfrentándose, a un dolor atroz. En aquel momento, se obligó a apartarse del horror del recuerdo, miró a su alrededor, recordándose a sí misma sus obligaciones. Advirtió entonces que todavía había mucha gente mirándolos y susurrando con extrañeza. Miró de reojo a la orquesta e inclinó ligeramente la cabeza, indicando que comenzara otra canción. A continuación, miró los invitados y, cumpliendo con lo que demandaba su clara y firme mirada, la pista de baile comenzó a llenarse. No había allí un solo invitado que pretendiera ofenderla y ella lo sabía.

-Una buena artimaña -comentó Cord-. ¿Te la enseñaron en un internado para señoritas?

Una sonrisa se dibujó en los labios de Susan

-¿Qué le hace pensar que asistí a un internado para señoritas? -preguntó desafiante.

Cord deslizó su intrépida mirada por su escote, acariciando visualmente sus redondeado senos.

-Porque eres evidentemente... perfecta -deslizó brevemente la mano por su espalda-. Dios qué suavidad -terminó en un susurro.

Un débil rubor coloreó las mejillas de Susan al notar el deje de intimidad de su voz, aun así le complacía que hubiera advertido la suavida de su piel. Oh, sí, era un hombre peligroso, de acuerdo, y lo más peligroso de él era que podía hacer que una mujer estuviera dispuesta arriesgarse a pesar de saber lo peligroso qu era.

Tras un momento de silencio, Cord.la urgió.

-¿Y bien? ¿Tengo razón o no?

-Casi -admitió, alzando la barbilla para sor reírle. Cord dejó caer los párpados con un gesto que cualquiera que lo conociera habría recono cido inmediatamente. Pero Susan no lo conocí No sabía lo cerca que estaba de hundirse en el hielo.

-Asistí a la escuela Adderley, en Virginia durante cuatro meses, hasta que mi madre su frió una trombosis y tuve que salir para ocuparme de ella.

-En cualquier caso, debía ser absurdo gasta tanto dinero en intentar mejorar lo inmejorable -arrastraba las palabras al tiempo que su mirada vagaba por las delicadas facciones de Susan.

Continuó después por sus fragantes y sedosa curvas. Susan sintió una inesperada oleada de calor fluyendo por su cuerpo ante la evidente admiración de aquel hombre, que parecía esta deseando inclinar la cabeza y hundirla entre sus senos. Y tembló al comprender que estaba deseando que lo hiciera. Aquel hombre, más que peligroso, era, sencillamente, letal.

Tenía que intentar decir algo para romper el hechizo con el que la estaba envolviendo y decidió recurrir a lo primero que se le ocurrió:

-¿Cuándo ha llegado?

-Esta misma tarde -su sonrisa le decía a Susan que era consciente de sus intenciones, pero que le estaba permitiendo generar cierta distancia. Posó los labios en su sien, donde una vena azul asomaba bajo la piel traslúcida de la joven. Susan sintió palpitar todo su cuerpo. Lo miró obligándose a concentrarse en lo que le estaba diciendo.

-Me enteré de que el primo Preston celebraba una fiesta -le explicó con un perezoso musical acento sureño-. Así que pensé que debería hacer honor a los viejos tiempos estropeándole el festejo.

-¿Tiene usted la costumbre de estropear fiestas ajenas?

-Si tuviera la certeza de que de esa forma posible molestar a Preston, te aseguro que convertiría en una costumbre -replicó riendo Preston y yo siempre hemos estado en lado opuestos -le explicó con una desenfadada sonrisa que indicaba lo poco que eso le importaba Vance era el único con el que me llevaba bien, él nunca parecía importarle en qué tipo de problemas me metía. Él no era de esos que se rinden ante el apellido de los Blackstone.

Eso era cierto. Vance, aparentemente, era fiel a las demandas de su apellido, pero Susan siempre había sabido que lo hacía con un brillo travieso en su mirada. A veces, Susan pensaba que su suegra, Imogene, había perdonado a Vance por haberse amotinado contra toda la dinastía para casarse con ella, aunque, por supuesto, Imogene jamás lo admitiría. Los Blackstone nunca se rebajaban a tanto. Inmediatamente, Susan se

avergonzó por estar pensando de esa forma porque, en realidad, la familia de Vance siempre la había tratado con respeto.

Aun así, sentía una especial camaradería hacia ese hombre que había conocido a Vance igual que ella. Le dirigió una sonrisa nacida en lo más profundo de su mirada. Cord tensó el brazo en un movimiento involuntario, como si quisiera estrecharla contra él.

-Tienes los mismos colores que los Blackstone -musitó, mirándola con atención-. Pelo oscuro y ojos azules, pero siendo tan dulce es imposible que seas una verdadera Blackstone. No hay un átomo de dureza en ti, ¿verdad?

Susan lo miró con el ceño ligeramente fruncido.

-¿A qué se refiere con eso de la dureza?

-No creo que lo comprendieras si te lo explicara -respondió y añadió-, ¿fuiste tú la elegida por la familia para ser la mujer de Vance?

-No -sonrió al recordarlo-, me eligió él mismo.

Cord soltó un silencioso silbido.

-Imogene jamás se recuperará de la impresión -dijo con total irreverencia y una burlona sonnrisa.

A pesar de sí misma, Susan sintió que su boca se curvaba para devolverle la sonrisa. Estaba disfrutando hablando con aquel hombre peligroso y pícaro. Y estaba sorprendida porque realmente no había disfrutado de nada desde hacía mucho tiempo. Desde la muerte de Vance, de hecho. Habían sido demasiado años y demasiadas lágrimas, ocultadas tras falsas sonrisas. Pero, de pronto, todo le parecía diferente. Algo había cambiado en su interior. Al principio, pensaba que jamás se recuperaría de la muerte e Vance, pero habían pasado cinco años desde a muerte y, se dio entonces cuenta, por fin volía a mirar a la vida. Estaba disfrutando bailando con aquel hombre de brazos fuertes y voz rofunda. Y sí, disfrutaba también de la certeza e estar siendo deseada.

No le apetecía analizar su reacción; se sentía como si hubiera muerto y estuviera volviendo a la vida y quería disfrutar del cambio, no analizarlo.

Corría el peligro de ahogarse en aquella sensación y reconocía la debilidad que se instalaba en su interior, pero no podía resistirse. Y seguramente Cord había sentido, con una intuición casi tan peligrosa como el aura que lo rodeaba, que Susan estaba a punto de rendirse a la tentación de jugar con fuego. Cord se inclinó hacia delante y susurró contra la delicada curva de su oído, haciéndola temblar hasta el delirio:

-Sal conmigo -sacó la punta de la lengua y dibujó el lóbulo de su oreja con una deliciosa precisión.

El cuerpo entero de Susan vibró con la impresión, pero con aquel gesto, Cord aclaró las nubes del deseo que habían impedido el paso a la razón. Nerviosa y con las. mejillas sonrojadas, se paró en seco.

-¡Señor Blackstone!

-Cord -la corrigió, riendo abiertamente -. Al fin y al cabo, somos primos.

.

Susan no sabía qué decir y, afortunadamente, se ahorró tener que dar una respuesta que seguramente no habría sido coherente porque Preston decidió intervenir. Se acercó rápidamente hasta ella, posó la mano en su brazo y le dirigió a su primo una mirada glacial.

-¿Ha hecho algo que te haya molestado, Susan?

Susan volvía a sentirse en medio de un dilema: Si decía que sí, probablemente se montaría una escena, algo que estaba decidida a evitar, pero, por otra parte, ¿cómo podía decir que no cuando sería evidente que

estaba mintiendo? Un chispazo de genio le permitió contestar con dignidad.

- Estábamos hablando de Vance.

-Ya entiendo - para Preston, era perfectamente razonable que, incluso después de cinco años, a Susan la afectara hablar de la muerte de su marido. Aceptó la respuesta y volvió a centrar la atención en su primo, que lo miraba con una débil sonrisa de aburrimiento en los labios.

- Mi madre está esperándote en la biblioteca

dijo Preston muy tenso -. Asumimos que tiene que haber alguna razón para que hayas decidido afligirnos con tu compañía.

- Y la hay -Cord asumió el insulto de Preston sin dejar de sonreír. Arqueó una ceja adelante. No me fío de que vayas detrás de mí.

Preston se tensó y Susan impidió que el enfado estallara posando la mano en el brazo de Cord y diciéndole.

Vamos, no dejemos. a la señora Blackstone esperando.

Y, tal como esperaba que sucediera, Preston se volvió hacia ella.

- No hay ningún motivo para que vengas con nosotros, Susan. Puedes quedarte aquí con el resto de los invitados.

- Me gustaría que estuviera allí - Cord contradijo inmediatamente a su primo, con la única intención, Susan estaba segura, de irritarlo -. Es parte de la familia, ¿no? Tiene derecho a enterarse de todo de primera mano, antes de que llegue hasta ella la versión manipulada que sin duda daréis Imogene y tú.

Por un momento, Preston pareció estar debatiéndose consigo mismo; después, se volvió bruscamente y comenzó a caminar. Preston era un Blackstone. Podría haberle dado a Cord un puñetazo en la boca, pero jamás montaría una escena en público. Cord lo siguió a corta distancia, apoyando la mano en la cintura de Susan. Le dirigió una sonrisa radiante.
.

-Quiero asegurarme de que no te alejes de mí.

Susan era una mujer adulta, no una adolescente. Y, sobre todo, era una mujer que durante cinco años había sabido manejar todo tipo de asuntos y preocupaciones con fría perspicacia. . Tenía veintinueve años y se dijo a sí misma que la época de los rubores de _adolescente ya estaba superada. Pero aquel hombre de ojos desafiantes era capaz de hacerla sonrojarse con una sola mirada. Una excitación, como jamás la había sentido, corría por su cuerpo y hacía latir su corazón de tal manera que casi sentía vértigo. Ella sabía lo que era el amor y no era nada parecido. Ella había amado a Vance. Lo había querido con tanta fuerza que su muerte había estado a punto de destrozarla, así que era perfectamente consciente de que aquel no era el mismo sentimiento. Aquella era una atracción primitiva y febril, basada únicamente en el sexo. Vance Blackstone había sido el amor. Cord Blackstone era, solamente, el deseo.

Pero reconocerlo no disminuía el impacto de sus sentimientos mientras caminaba lentamente a su lado, vibrantemente consciente de que la mano que Cord posaba en su espalda podía acariciar también su cuerpo desnudo. Susan no era una mujer atrevida. Ella era, como alguna vez había bromeado Vance, una rémora de la época victoriana. Había sido estrictamente educada y siempre había sido la dama que su madre quería que fuera. Además, había conocido el amor y jamás se conformaría con menos, ni siquiera con las delicias que le ofrecía la oveja negra de la familia Blackstone.

Justo antes de entrar en la biblioteca en la que Imogene los

esperaba, Cord se inclinó hacia ella.

- Si no quieres salir conmigo, entonces te llevaré a tu casa para que podamos besuqueamos en el porche como dos adolescentes.

Susan le dirigió una mirada de indignación que provocó la risa de Cord, pero ella evitó contestarle porque en ese momento estaban cruzando la puerta y comprendía que Cord había calculado perfectamente el momento de hace aquel comentario.

Imogene los observó pensativa durante un instante. Sus ojos grises se endurecieron mientras su mirada volaba del sonrojado rostro de Susan a Cord.

- Susan, ¿te encuentras bien? Estás un poco sonrojada.

- Me he acalorado un poco durante el baile - replicó Susan.

Cord miró a su tía sonriente.

Hola, tía Imogene. ¿Cómo va la fortuna de la familia?

Imogene se reclinó en su asiento e ignoró fríamente su saludo.

-¿Por qué has vuelto?

-¿Que por qué he vuelto? Esta es mi casa ¿recuerdas? Incluso soy dueño de parte de las tierras. He estado vagando durante una temporada y ahora estoy preparado para asentar raíces. ¿Y qué mejor lugar para hacerlo que mi propia casa? He pensado en trasladarme a la cabaña que está en el arroyo Jubilee.

-¡Esa choza! - la voz de Preston estaba llena de desdén.

Cord se encogió de hombros.

- Eso es cuestión de gustos. Yo prefiero las chozas a los mausoleos - sonrió abiertamente y deslizó la mirada por los muebles de la habitación, los lienzos originales de las paredes y los jarrones y miniaturas que adornaban las estanterías.

Preston miró a su primo con frío resentimiento.

-¿Cuánto nos costará?

Por el rabillo del ojo, Susan advirtió que Cord arqueaba una ceja con expresión burlona. -¿Os costará qué?.

- Que te vayas otra vez de› aquí.

Cord sonrió. Fue la suya una sonrisa lobuna que debería haber servido a Preston de advertencia.

- No tienes dinero suficiente, primo. Imogene alzó la mano, deteniendo toda posible contestación de Preston. Ella tenía la cabeza más fría y era mejor negociadora que su hijo.

- No seas tonto.. ni actúes precipitadamente e aconsejó -¿Eres consciente de que estamos dispuestos a ofrecerte una sustancial suma de dinero a cambio de tu ausencia?

- No me interesa - respondió sin dejar de sonreír.

-Pero un hombre con tu... estilo de vida, debe de tener muchas deudas que pagar. Además, ya sabes que tengo muchos amigos que me deben favores y estarán dispuestos a hacer que tu estancia en mi casa sea, cuando menos, desagradable.

- Oh, no lo creo, tía Imogene - Cord estaba increíblemente relajado. Se había sentado al lado de Susan, con las piernas cómodamente estiradas -. La primera sorpresa que tengo para ti es que no necesito dinero. Y la segunda es que si alguno de tus amigos decide ponerme las cosas difíciles, yo tengo mis propios amigos a los que llamar y, a su lado, los tuyos son más inofensivos que los mismísimos ángeles.

Imogene se tensó.

-Estoy segura.

Por primera vez, Susan se sintió impelida a intervenir. Las discusiones la afectaban considerablemente. Ella era de naturaleza tranquila y pacífica, pero tenía una fuerza interior que la repelía a participar. Su delicada voz arrastró al estante la atención de todos los presentes, aunque era a su suegra a quien hablaba.

- Imogene, míralo, mira su ropa - señaló con la mano al hombre que estaba a su lado -. Está diciéndote la verdad. No necesita dinero. Y creo que es cierto lo que dice de sus amigos.

Cord la miró con expresión admirada y burlona.

-Por lo menos todavía queda una Blackstone con capacidad de percepción, aunque, por suerte, tú no naciste con ese apellido y quizá lo explique. Ella tiene razón, Imogene, aunque estoy seguro de que no te hace ninguna gracia oírlo. No necesito el dinero de los Blacksporque tengo mi propio dinero. Pienso en la cabaña porque me gusta la intimidad, porque no puedo vivir mejor. Y ahora, sugiero que intentemos salvar nuestras diferencias porque pretendo quedarme en esta casa. Si tu idea es airear los trapos sucios de la familia, adelante. No me importa. Al fin y al cabo, serás la única que sufra las consecuencias. Imogene dejó escapar un extraño suspiro.

-Siempre has sido difícil, Cord, incluso lo eras niño. Mis objeciones se basan en lo que has hecho en el pasado, no en ti personalmente. Ya has arrastrado a tu familia por el lodo en bastantes ocasiones y me cuesta perdonarte, de misma forma que me cuesta confiar en que seas capaz de comportarte de manera civilizada.

- Ha pasado ya mucho tiempo - replicó él – he estado muchos años en Europa y también en América. Ahora estoy en condiciones de regresar a mi casa.

- De verdad? Lo dudo. Permíteme sospechar un motivo ulterior. En cualquier caso, tu pasado me deja pocas opciones. Así que, de acuerdo, haremos una tregua.

- Una tregua - Cord le guiñó el ojo y, para absoluta sorpresa de Susan, Imogene se sonrojó. Así que tenía el mismo efecto en todas las mujeres. Pero era un estúpido si pensaba que Imogene iba a concederle realmente una tregua. Imogene nunca se rendía, simplemente cambiaba de táctica. Si no podía comprarlo ni amenazarlo, tomaría otras medidas.

Cord estaba ya levantándose y tomando a Susan del codo, urgiéndola a imitarlo.

-Ya llevas demasiado tiempo lejos de tus invitados - le dijo a Imogene educadamente -. Te prometo solemnemente que esta noche no causaré ningún escándalo, así que relájate y disfrutalo - empujando a Susan como si fuera una muñeca, se acercó a Imogene y se agachó para besarla, haciéndola sonrojarse todavía más. Se incorporó después y dijo con expresión divertida:

- Vamos Susan

- Espera un momento - intervino Preston. Imogene podía haber aceptado una tregua, pero él no había dicho todavía nada -. Hemos acordado poner fin a las hostilidades, pero no aliarnos contigo. Susan no va a ir a ninguna parte.

-¿Ah no? Yo pensaba que eso tenía que decidirlo ella. ¿Susan? -Cord se volvió hacia ella, mostrándole sus deseos, mediante una ligera presión

en el brazo.

Susan vaciló. Quería irse con Cord. Quería reírse, con él, sentir la magia de estar entre sus brazos. Pero no podía confiar en él y, por primera vez en su vida, tampoco podía confiar en ella misma. Y porque deseaba desesperadamente ir con él, tenía que negarse a hacerlo. Sacudió la cabeza lenta y pesarosamente.

- No, creo que será mejor que me quede.

Cord entrecerró los ojos y la diversión que en ellos se reflejaba fue sustituida por un velo de rabia. .

- Quizá tengas razón - dijo fríamente y salió sin decir un sola palabra más.

Se hizo un silencio total en la biblioteca. Los tres ocupantes se quedaron completamente callados. Entonces Imogene volvió a suspirar.

- Gracias a Dios que no te has ido con él, querida. Es encantador, lo sé, pero bajo ese encanto, se esconde un odio visceral hacia toda la familia. Haría cualquier cosa, cualquiera, para hacernos daño. Tú no lo conoces, pero lo mejor que puedes hacer es evitarlo - tras haberle hecho esa advertencia, se encogió de hombros -. En fin, supongo que tendré que sufrirlo hasta que decida marcharse en busca de nuevas diversiones. Pero en una cosa tengo que darle la razón a ese canalla: ya es hora de que vuelva con mis invitados - se levantó y abandonó la habitación.

Al cabo de un momento, Preston tomó a Susan de la mano, recuperando el control de la situación. Aquella había sido la primera vez en su vida que Susan le había visto tratar a alguien de forma descortés.

-Relajémonos un momento antes de reunirnos con ellos. ¿Quieres tomar una copa? -sugirió.

-No, gracias -Susan se sentó otra vez y lo observó servirse un whisky y sentarse a su lado. Miraba el vaso que tenía en la mano con el ceño ligeramente fruncido. Era evidente que tenía algo en mente. Susan conocía sus gestos tan bien como los suyos. Esperó, no quería presionarlo. Ella y Preston estaban muy unidos desde la muerte de Vance y sentía un gran afecto por él. Se parecía mucho a Vance, como todos los Blackstone. Era moreno y de ojos azules, pero carecía del sentido del humor de Vance. Era un oponente genial en los negocios, terco y quizá más lento que Vance para reaccionar, pero mucho más decidido cuando lo hacía.

-Eres una mujer adorable, Susan - dijo de repente.

Susan se quedó mirándolo sorprendida. Sabía que estaba atractiva aquella noche. Había dudado a la hora de ponerse el vestido crema porque, desde la muerte de Vance se inclinaba siempre por colores más oscuros, pero había recordado entonces que en el medievo el color el luto era el blanco, no el negro y solo ella había sabido cuando se lo había puesto que lo hacía con una pequeña pero significativa sombra de tristeza. Se había vestido para Vance aquella noche. Se había puesto las perlas que él le había regalado y se había perfumado con su rancia favorita. Y, sin embargo, durante unos minutos, se había sentido en la gloria al saberse atractiva, no a los ojos de Vance, sino a los de un desconocido de mirada magnética. La mirada de Preston se suavizó al mirarla.

-Tú no eres mujer para él. Si le dejas, te utilizaá para hacernos daño y después te aliando como a un trapo viejo. Aléjate de Cord, Susan. Ese hombre es puro veneno.

Susan lo miró con firmeza.

-Preston, soy una mujer, no una niña. Soy perfectamente capaz de tomar mis propias decisiones. Entiendo que tu primo no te gusta porque es completamente distinto de ti. Pero de momento no ha hecho nada para herirme y no voy a desairarlo.

Preston esbozó una sonrisa de pesar.

- Ya he oído esa voz suficientes veces durante los últimos cinco años como para saber que vas a hacer lo que quieras sin atender a razones. Pero no sabes cómo es ese hombre. Tú una dama, jamás has estado expuesta a la clase de cosas que son normales para él. Él ha vivido la vida de un gato de callejón y no porque no haya tenido otra opción, sino porque así lo ha elegido. Destrozó el corazón de su madre, la hizo avergonzarse de tal manera de él que ni siquiera le permitía entrar en su casa.

-Exactamente, ¿qué fue eso tan terrible que hizo? - mantuvo un tono deliberadamente desenfadado, no quería que Preston supiera lo profundamente interesada que estaba en su respuesta.

-¿Que qué hizo? - preguntó Preston con sarcasmo -. Pelear, beber, jugar, ir con mujeres... Pero el escándalo se desató cuando tuvo una aventura con la mujer de Grant Keller.

Susan estuvo a punto de atragantarse. Grant Keller era la dignidad personificada. Preston la miró y no pudo evitar una sonrisa.

- No era esta señora Keller, sino la anterior, una mujer completamente diferente. Ella tenía treinta y seis años y Cord veintiuno. Se fueron juntos de la ciudad.

-Pero eso fue hace mucho tiempo -señaló Susan.

-Catorce años, pero la gente tiene una gran memoria. He visto el rostro de Grant Keller cuando ha reconocido a Cord.

Susan estaba segura de que había algo más que le ocultaba, pero no iba a seguir indagando. Sabía que aquel viejo escándalo no justificaba el odio de Preston hacia Cord. Pero de momento estaba muy cansada y no quería profundizar en el tema. Toda la emoción que la había mantenido viva durante el baile había desaparecido por completo. Se levantó y se alisó la .falda.

-¿Quieres llevarme a casa? Estoy agotada.

-Por supuesto - respondió Preston inmediatamente, tal como ella esperaba. Preston se mostraba solícito con ella. A veces, su galantería le daba una cálida sensación de protección, pero otras era como una limitación. Aquella noche, se había intensificado la última sensación y estaba deseando sentirse libre, lejos de toda mirada.

Tardó solo cinco minutos en llegar a su casa y pronto se encontró felizmente sola, sentada en el columpio del porche y escuchando la música de la noche sureña. Había tenido que esperar a que Preston se fuera para salir a sentarse en el columpio. Se impulsaba suavemente, con el pie desnudo, haciendo gemir las cadenas. Una brisa ligera besaba su rostro y cerró los ojos. Lo hacía a menudo, intentando recordar el rostro de Vance, para asegurarse de que todavía conservaba el recuerdo de sus ojos violeta, pero aquella noche no era el rostro de Vance el que aparecía. Lo que vio fueron unos ojos azul claro y la barba oscura de un forajido. Un escalofrío le recorrió la espalda al recordar el tacto de aquella boca sobre su hombro desnudo.

Gracias a Dios, había tenido la sensatez de pedirle a Preston que la llevara a casa. Con Preston siempre sabía que estaba segura y Cord Blackstone probablemente ni siquiera conocía el significado de aquella palabra.

## DOS

El círculo social de los Blackstone se extendía desde Mobile a Nueva Orleans, con el Club de Golf como centro de encuentro con sus numerosos, adinerados y prestigiosos conocidos. Con tan extensa área, tantos amigos y tal diversidad de intereses, Susan no podía comprender que el regreso de Cord Blackstone se hubiera convertido en el único tema de conversación. Susan había perdido ya la cuenta del número de mujeres, casi todas ellas casadas, que la interrogaban con el fin de averiguar por qué había vuelto, cuánto tiempo pensaba quedarse, si estaba casado, si había estado casado e infinidad de cuestiones para las que ella no tenía respuesta. ¿Qué podía decirles? ¿Que había bailado con él y se había dejado embriagar por su sonrisa?. No había vuelto a verlo desde la noche de su vuelta y había tenido mucho cuidado de no preguntar por él. Se decía a sí misma que era preferible no saber nada y dejar que su interés por él muriera de forma natural. Lo único que tenía que hacer para ello era negarse a alimentar aquella extraña atracción. Al fin y al cabo, tampoco podía decirse que él la estuviera persiguiendo a lo largo de todo el Mississipi. Cord no la había llamado, no había vuelto a buscarla y Susan deseaba y temía al mismo tiempo que lo hiciera.

Pero su resolución de olvidarlo encontraba obstáculos a cada momento; incluso Preston rara vez hablaba o decía algo que no tuviera que ver con su primo. A través de Preston, se había enterado de que Cord estaba arreglando la vieja cabaña. Preston había intentado averiguar de dónde había sacado Cord el dinero para reparar, la cabaña y había descubierto, con gran desilusión, que no había tenido que solicitar ningún préstamo. Cord lo estaba pagando todo en efectivo y había ingresado una considerable

cantidad de dinero en el banco más importante de Beloxi. Preston e Imogene pasaban horas especulando sobre cómo habría conseguido ese dinero y qué propósito le habría hecho volver a Mississipi. Susan, por su parte, se preguntaba por qué les resultaría tan difícil aceptar que simplemente había vuelto a casa. Como adultos, debían comprender que era normal que alguien quisiera regresar al lugar en el que había crecido. Le parecía estúpido que pensaran en siniestros motivos para cualquier acto de Cord, y también se daba cuenta de que ella actuaba de la misma forma. De hecho, estaba completamente convencida de que si le hubiera dejado acompañarla a casa aquella noche, la habría tenido en la cama, por mucho que ella hubiera protestado... si es que realmente hubiera sido capaz de protestar.

Esa era la parte que le resultaba más difícil de aceptar. ¿Habría protestado, aunque fuera lo más mínimo? Antes de Cord, su vida era tan serena como la superficie de una piscina en un día de verano, se sentía tranquila y satisfecha, salvo por el vacío dejado por la muerte de Vance, claro. Pero Cord había llegado en medio de la noche y el mundo entero parecía haber cambiado. De pronto, Susan se descubría deseando huir, o al menos romper algo, hacer algo, cualquier cosa, que no tuviera nada que ver con ella.

Y todo había sido por culpa de Cord. Él era un hombre que vivía de acuerdo con sus propias normas, un hombre que vivía peligrosamente, pero con una intensidad que hacía que cualquier otro hombre pareciera insulso a su lado. Por contraste, Susan se sentía como un ratón de campo, que se conformaba con sentirse seguro. Pero la seguridad que hasta entonces Susan había atesorado, comenzaba a convertirse en una carga para ella. Las prioridades que hasta entonces había establecido le parecían sin valor al lado de la libertad salvaje de la que Cord disfrutaba.

Susan había sido una niña tranquila, y después una chica tranquila; jamás había causado a sus padres ningún tipo de preocupación. Tenía una personalidad tranquila, un natural amable y educado y la anticuada educación que había recibido había contribuido a reforzar aquellas cualidades.

Pero su vida no había estado exenta de dolor y dificultades. Sin resentimientos, había tenido que abandonar los estudios para ocuparse de su madre cuando una trombosis había semiparalizado su cuerpo. El siguiente infarto cerebral había sido fatal y Susan se había quedado consolando a su padre de la tristeza. Su padre se había casado un año después, contando con la bendición de Susan, y se había retirado al sur de Florida. Susan se había quedado en Nueva Orleans y había reorganizado su vida. Había aceptado un trabajo como secretaria y había comenzado a salir con chicos de vez en cuando, aunque nunca con propósitos serios, hasta que Vance Blackstone la había visto un día detrás de su escritorio y había decidido que debería formar parte de su hogar. Vance había ido conquistándola poco a poco. Primero se había ganado su confianza y después había ido incrementado gradualmente la frecuencia de sus citas hasta había llegado un momento en el que Susan sólo lo veía a él. Y un buen día le había propuesto matrimonio, al tiempo que le regalaba precioso capullo de rosa y una sortija de compromiso.

A Imogene no le había hecho mucha gracia que su hijo hubiera elegido por esposa a una mujer que no pertenecía a su círculo social, pero ni siquiera ella había conseguido encontrarle un solo defecto a Susana Susan era, como todo el mundo decía, «una dama perfecta». Había sido aceptada

como esposa de Vance y, durante tres años, la joven había sido bendecida con la felicidad. Vance era un gran amante y un buen marido y jamás había olvidado que Susan era lo más importante de su vida, mucho más importante que las posesiones y las tradiciones de los Blackstone. Había demostrado su fe en ella dejándole todo en su testamento, incluso el control de su parte del negocio familiar. Destrozada por su muerte como estaba, para Susan no habían significado nada los términos de aquel testamento. Sin Vance, nada le parecía entonces importante.

Pero el tiempo había pasado. Imogene y Preston se habían puesto furiosos al principio, cuando se habían enterado de que pretendía supervisar personalmente su parte del negocio en vez de entregársela a Preston como esperaban. Pero el enfado había ido olvidándose gradualmente, a medida que Susan demostraba ser capaz de llevar perfectamente su vida social y privada. Ella no era una mujer egoísta y tampoco era propensa a tomar decisiones irresponsables. Tenía los dos pies firmemente apoyados en el suelo... O al menos los había tenido hasta que un nuevo Blackstone había entrado en su vida.

A medida que los días iban pasando, se recordaba una y otra vez a sí misma lo tonta que había sido. ¿Por qué estar divagando por un hombre que no había demostrado el menor interés en verla desde la noche en la que se habían conocido? Había bailado con ella para intentar enfadar a Preston, eso había sido todo. Pero en cuanto su mente registró aquel pensamiento, afloró un recuerdo a la superficie que fue el de la presión de su cuerpo excitado contra el suyo. Y supo entonces que Cord no estaba fingiendo...

«¡Pero deja de pensar en él!», se regañó a sí misma con firmeza una noche que se había arreglado para asistir a una fiesta con Preston. Se estaba mirando en el espejo, comprobando si el vestido le quedaba como debía, y de pronto se había descubierto preguntándose si a Cord le gustaría aquel vestido, si la encontraría atractiva. Con una extraña irritación, se apartó del espejo. Tenía que sacar a ese hombre de su mente. Habían pasado casi tres semanas desde que se habían conocido y él no había intentado volver a verla otra vez.

Y. era preferible. Porque no tenían nada en común. Ella era como una suave lluvia primaveral. Y él como una tormenta de verano. Había dejado que un banal coqueteo se le subiera a la cabeza y ya era hora de que se diera cuenta de ello, no tenía ningún sentido.

Miró por la ventana y, al ver el cielo encapotado, se acercó al armario a buscar un abrigo. A pesar del apacible tiempo del que habían disfrutado durante la mayor parte del mes, estaban todavía en marzo. La temperatura habría bajado considerablemente cuando regresara a casa, de modo que eligió el abrigo más cálido que tenía.

Preston llegaba siempre puntual, así que Susan bajó un poco antes para charlar con su cocinera y ama de llaves, Emily Ferris.

Dentro de poco saldré a una fiesta. ¿Por qué no te vas hoy un poco antes a casa? - le sugirió.

- Es posible que lo haga - Emily miró por la ventana. El viento mecía el viejo roble que estaba al final del jardín -. Esta es la clase de día en la que lo único que apetece es sentarse con una manta enfrente de la chimenea. No se te ocurra salir sin abrigo.

Susan soltó una carcajada

Claro que no Emily la vigilaba como si fuera una mamá gallina. Para ella, era algo perfectamente natural, dado, que era madre de cinco hijos.

Emily era firme como una roca y había estado a su lado desde que Susan se había casado con Vance. Había sido en los brazos de Emily donde Susan había desahogado sus más desconsoladas lágrimas tras la muerte de Vance.

- Dejaré la chimenea encendida para que la casa no esté muy fría cuando regreses - le prometió Emily-. ¿Adónde vas esta noche?

- A casa de los Gage. Creo que William está pensando en presentarse a gobernador al año que viene y quiere buscar poyo para su campaña.

- umm - e burló Emily . ¿Y qué sabe ese Gage sobre política? No me digas que Preston piensa apoyarlo.

Susan arqueó ligeramente una ceja.

-Ya conoces a Preston, es muy cauto. Tendrá que analizar a cada candidato antes de tomar una decisión – sabía por experiencia que todos y cada uno de los políticos del estado enterrarían a los Blackstone en una avalancha de invitaciones.

Susan había intentado mantenerse al margen de la política, pero Imogene y Preston estaban siempre muy solicitados y Preston, invariablemente, le pedía que lo acompañara a aquellas fiestas.

Oyó el timbre de la puerta en el instante en el que estaba dando la hora el reloj de la chimenea. Corrió a recibir a Preston con una sonrisa.

La ayudó a ponerse el abrigo.

- Hace muchísimo frío – murmuró -. Demasiado incluso para estas fechas..

- No seas tan impaciente - repuso Susan sonriente. Todavía estamos en marzo.

Comenzó a llover mientras se dirigían hacia la casa de los Gage. Era una lluvia lenta y sombría que transformó en noche la última hora de la tarde, pero, afortunadamente, Preston era un conductor prudente y confiado y no tardó en recorrer los treinta kilómetros que los separaban de su: destino.

Caroline Gage salió a recibirlos a la puerta.

-Preston, Susan, me alegro de que hayáis venido. ¿Queréis tomar una copa antes de cenar? William está haciendo de camarero en el estudio.

A pesar de la aparente naturalidad de Carollne, Susan advirtió en ella cierta tensión. Siguió a Preston al estudio y encontró la habitación llena ya de amigos y conocidos. William saludó rápidamente a Preston y, tras dirigirle a Susan una, sonrisa, inició una conversación privada con él.

Susan se negó a beber, puesto que todavía no había comido nada, y se dedicó a hablar con amigos y conocidos. Era muy popular entre hombres y mujeres y no tardó en formar su propio círculo de conversación. Cuando se acercó la hora de cena, miró hacia su anfitriona y frunció el ceño al verla mirando hacia la puerta con evidente ansiedad. ¿Estaría esperando a algún invitado especial?

Justo en ese momento, sonó el timbre de la puerta y Caroline, pálida como el papel, fue a recibir al último invitado. Susan miraba hacia la puerta con curiosidad. Normalmente, Caroline no se alteraba por nada, así que debía de tratarse de alguien realmente importante para que estuviera en tal estado de nervios.

Arqueó las cejas con extrañeza cuando vio entrar a George y Olivia Warren en la habitaloción; los Warren formaban parte de la aristocracia local, pero Caroline era amiga de ellos desde hacía años. Cheryl Warren entró tras ellos, con su rubia melena transformada en una nube de rizos y un vestido negro que dibujaba su silueta perfecta... Y tras ella, con su rostro

sardónico y barbado, entraba Cord Blackstone.

Así que aquella era la razón por la que Caroline estaba nerviosa. Debía saber que Cord iba a ir con Cheryl Warren y estaba nerviosa al saber que iba a tener a Preston y a Cord en la misma habitación. Y tenía motivos para estar preocupada, pensó Susan, mirando hacia Preston. A este no le haría ninguna gracia, pero jamás montaría una escena en casa de otro. Si Cord era capaz de comportarse correctamente, la noche transcurriría sin incidentes de ningún tipo, aunque era completamente consciente de que Cord solo se comportaría como la etiqueta obligaba si aquello encajaba con sus propios propósitos.

Pero, sorprendentemente, se comportó como un perfecto caballero durante toda la cena. Era educadamente atento con Cheryl, tanto, de hecho, que a Susan se le hizo un nudo en el estómago. Intentaba no mirarlo, intentaba decirse que no debería importarle verlo con otra mujer... con ninguna otra mujer. Y, sin embargo, la asaltaban los celos cada vez que oía la risa clara de Cheryl o distinguía el grave murmullo de la voz de Cord entre el alboroto de las conversaciones.

Caroline había despejado la habitación más grande de la casa para convertirla en pista de baile y, después de cenar, colocó una serie de discos, con el volumen no muy alto, para que los invitados pudieran bailar.o conversar si lo deseaban. Susan bailó algunas piezas y estuvo hablando con sus amigos, esperando que Preston pusiera pronto fin a la velada. Pero Preston estaba atrapado en un grupo de entusiastas políticos y sabía que pasarían horas hasta que decidiera marcharse. Suspiró y observó con aire ausente a las parejas qué danzaban en la pista. Accidentalmente, su mirada se cruzó con los ojos claros y brillantes de Cord. Este sujetaba a Cheryl entre sus brazos, pero no le prestaba atención. Era a Susan a quien miraba por encima del hombro de su pareja de baile. No sonrió, deslizo la mirada por su cuerpo y miró nuevamente a su rostro como si quisiera adivinar sus pensamientos. Susan palideció y desvió la mirada. ¿Por qué habría hecho eso? Había dejado ya claro, con el silencio de las tres últimas semanas, que su coqueteo no había significado nada para él. ¿Por qué la miraba entonces como si quisiera arrastrarla a su guarida? ¿Y cómo podía mirarla así, teniendo a Cheryl entre sus brazos?

Susan apartó aquellos pensamientos de su mente y se concentró en una conversación sobre vacaciones y cruceros, procurando mantenerse siempre de espaldas al centro de la habitación. Fue una táctica errónea, porque no se dio cuenta hasta que sintió un escalofrío y supo que Cord estaba tras ella. Se tensó, consciente de lo que iba a ocurrir a continuación. Y sintió la mano de Cord en la cintura al tiempo que este le susurraba al oído:

-Baila conmigo.

Era lo que se temía, pensó aturdida, al tiempo que se volvía y dejaba que la tomara entre sus brazos, Tomara... si aquella era la palabra más adecuada. Se sentía como si al tenerla entre sus brazos, Cord la estuviera separando del resto del mundo. Era una locura acercarse tanto al fuego, sabiendo que se iba a quemar, pero se sentía incapaz de resistir la tentación de su compañía. Cord deslizaba la mano por la tela del vestido y Susan sentía que le abrasaba la piel.

Sus senos se tensaban en respuesta, completamente fuera de control, mientras ella cerraba los ojos a la poderosa fuente de su deseo. El corazón le latía violentamente en el pecho, casi dolorosamente, haciendo que la sangre corriera por sus venas como si fuera impulsada

por descargas eléctricas.

No había nada que decir. Simplemente, se dejaba llevar, siendo intensamente consciente de la gracia animal de sus movimientos. El aliento de Cord acariciaba su sien como la fragante brisa de la primavera que ella adoraba y, sin pensarlo siquiera, abrió los ojos, dejando que su mirada turbia y soñadora se encontrara con la intensidad de la suya.

Había algo duro y aterrador en aquella mirada, pero fue ocultado antes de que Susan pudiera leerlo. Sin embargo, si apreció la tensión de sus facciones.

- He intentado mantenerme lejos de ti - susurró.

- Y lo has conseguido.

- No he tenido éxito en absoluto - replicó él.

Tensó el brazo con el que le rodeaba la cintura hasta presionarla contra su cuerpo. Susan sentía sus muslos contra sus piernas, y también la prueba evidente de su deseo.

La joven tomó aire al tiempo que le clavaba los dedos en el hombro. Cord inclinó la cabeza hasta dejarla a la altura de su oído y musitó:

-Quiero hacer el amor contigo. Eres tú la responsable de esto, soy todo tuyo.

Aquellas palabras deberían haberla asustado, pero Susan estaba más alia del miedo, ajena a todo lo que no tuviera que ver con aquel hombre. Sus sentidos se habían aguzado y estrechado al mismo tiempo, de manera que Cord era la única persona de la que tenía conciencia. Todo lo demás era como un escenario borroso y se sentía como si estuviera bailando con él en un lugar solitario.

Cord maldijo en un susurro.

-Me miras como si estuviera haciendo el amor contigo en este mismo instante. Me estás volviendo loco, cariño.

Y estaba haciendo el amor con ella. Con sus palabras, con cada caricia, con cada roce. Y si para él era una tortura, también lo era para ella.

Había sido completamente casta desde la muerte de Vanee, ni siquiera había besado a otro hombre pero en aquel momento se sentía cómo si Cord la estuviera poseyendo en el sentido más básico de la palabra.

-Cheryl ha venido conmigo, así que tendré que llevarla a casa - dijo, besándole la sien mientras hablaba -. Pero tenemos que hablar. ¿Puedo ir a tu casa mañana por la tarde?

- Aturdida, Susan intentó pensar en los planes que tenía para el día siguiente, pero no se le ocurrió nada. En cualquier caso, no importaba; tuviera el plan que tuviera, podría cancelarlo.

- Sí, estaré esperándote - su propia voz le sonaba extraña, débil, como si no tuviera fuerzas.

- Mañana tengo algunos negocios que atender, así que no puedo decir a qué hora exactamente me pasaré, pero iré.

-¿Sabes dónde vivo?

- Por supuesto que sé donde vives. Me propuse averiguarlo el mismo día que te conocí.

Terminó la canción y Susan se apartó inmediatamente de él, pero Cord

la sujetó por la cintura y sonrió.

- Vas a tener que quedarte conmigo unos minutos más.

Un delicado rubor coloreó las mejillas de Susan.

-No deberíamos bailar…

-Entonces buscaremos un rincón en el que quedarnos - un brillo travieso iluminaba las profundidades de sus ojos -. Pero tendremos que quedamos de pie. En este momento soy incapaz

de sentarme.

Susan se sonrojó entonces violentamente, Cord se echó a reír y la condujo hasta el final del salón. Susan era profundamente consciente

de que su sonrojo no se debía tanto al pudor como a su propia excitación. No la molestabaque Cord estuviera excitado. ¡Se sentía orgullosa de que lo estuviera!

Cord se colocó de espaldas a todos los demas, de manera que Susan quedara oculta tras él. Entonces deslizó lenta e intensamente la mirada por su rostro, como si estuviera intentando leer algo en la serenidad de su expresión.

-¿Has venido con Preston? -le preguntó bruscamente.

- Sí - de repente deseó darle una explicación de por qué había acudido con Preston a la fiesta, pero prefirió no decir nada y dejar que la pregunta se respondiera por sí sola. Preston era su cuñado y ella le tenía aprecio; no iba a disculparse por estar con él.

El magnetismo de la mirada de Cord era aterrador; se sentía cautiva de aquellos ojos.

-¿Estoy interponiéndome entre Preston y tú? - preguntó Cord en voz no mucho más alta que un susurro-, ¿Estás saliendo con él?

-No.

Una suave sonrisa asomó a los labios de Cord.

-Bien, solo quería saber si voy a tener que soportar algún tipo de competencia. Eso no me detendría, por supuesto, pero me gusta saber contra qué estoy luchando.

No, no tendría que competir en ningún sentido. Era como un puma en medio de un rebaño de ovejas. La idea de que volcara su deseo sobre ella era alarmante, pero Susan no era capaz de decir las palabras necesarias para que se alejara de ella.

El ceño fruncido ensombrecía la frente de Cord mientras la miraba, como si estuviera viendo algo que no esperaba. Pero no podía recelar de ella, había conocido demasiadas mujeres para que ninguna de ellas pudiera representar un misterio. Quizá lo había sorprendido descubrirse coqueteando con ella porque no era su tipo. O quizá estaba mirando aquel rostro sereno y el discreto vestido preguntándose si habría perdido la cabeza. Pero pronto el ceño desapareció y sonrió débilmente mientras le acariciaba suavemente la mejilla.

- Entonces, nos veremos mañana.

- Sí.

Susan anhelaba que llegara el día siguiente, pero la práctica de la

autodisciplina, que dominaba ya desde hacía años, le permitió pasar el resto de la velada con su habitual dignidad, conversar tranquilamente con Preston mientras él la llevaba a su casa e incluso llevar a cabo su rutina nocturna. Una vez en la cama, sin embargo, tumbada en medio de la oscuridad, no pudo evitar que sus pensamientos volaran hacia Cord. Imaginaba su rostro, sus ojos increíbles y aquella barba tan suave como el pelo de un bebé.

Cord practicaba una magia que se le subía a la cabeza como el mejor champán. ¿Pero cómo podía ser tan estúpida como para dejarse arrastrar por su encanto? Se estaba adentrando en aguas sobre las que no tenía ningún control; se estaba convirtiendo en su juguete, como lo habrían sido seguramente otras muchas mujeres de su vida. Un juguete del que se olvidaría en cuanto encontrara algo más divertido e intrigante.

Su mente, su corazón, todo su ser le decía que no se rebajara a ese triste papel. Pero su cuerpo permanecía anhelante y tembloroso, esperando la caricia de su mano fuerte, rebelándose contra las estrecheces de su mente. Estaba aprendiendo lo primitivo y poderoso que podía llegar a ser el deseo, lo desobediente que podía llegar a ser la carne. Su cuerpo había reconocido instintivamente la caricia de un maestro, un hombre que conocía mil maneras de darle placer.

Permaneció despierta durante largas y tormentosas horas; pero, al final, su voluntad indomable consiguió vencer la fiebre de su cuerpo. Ella nunca había sido, y jamás lo sería, el tipo de mujer que se permitiría una aventura superficial. Si Cord quería su compañía para algo más que el sexo, entonces estaría encantada de ser su amiga, pero pensar en sexo sin amor le repugnaba. Hacer el amor con Vance había sido una experiencia tanto física como sentimental y sabía que no se conformaría con cimas más bajas.

Pero ni una sola vez, durante la noche, tuvo dudas sobre la naturaleza de la relación que Cord quería mantener con ella. Le había dicho llanamente que quería hacer el amor con ella y Susan pensaba que había sido honesto sobre su deseo. Su honestidad no era, sin embargo, una muestra de coraje o de honor, sino de lo poco que le importaba lo que pudieran pensar o decir los demás. Ya estaba fuera de la ley, ¿por qué preocuparse por seguir arruinando su reputación?

Durmió poco aquella noche, pero se despertó tranquila y descansada. La seguridad que tenía en sí misma a menudo servía para ocultar la debilidad física, el cansancio o alguna enfermedad sin importancia. Podía ser una mujer de aspecto frágil, pero transmitía una serenidad que ocultaba cualquier posible tensión. Era domingo, así que se vistió y se dirigió en su Audi azul a casa de los Blackstone para asistir a la iglesia con Imogene y Preston, como siempre había hecho. Para su alivio, Preston no mencionó que Cord había estado en la fiesta de la noche anterior; estaba demasiado interesado en contarle a Imogene los detalles de la incipiente carrera política de William Gage. Susan habló poco. En la iglesia, permaneció tranquilamente sentada. Aceptó después la invitación de Imogene a comer y se mantuvo en todo momento especialmente reservada. Su cuñado no intentó sacarla de su relativo silencio; habían aprendido a aceptar sus silencios ocasionales tal como aceptaban sus sonrisas.

Acababan de trasladarse al salón para tomar el café cuando la señora Robbins apareció con alguien a su lado y anunció:

- Alguien quiere verla, señora -le dijo a Imogene, y continuó con sus

cosas. La señora Robbins llevaba cinco años trabajando en la casa, pero era evidente que no había oído los rumores que circulaban sobre Cord Blackstone, porque no hubo en ella ningún gesto extraño mientras lo invitaba a pasar.

Susan fijó en él su mirada y se sorprendió al advertir que fruncía el ceño al verla allí. Cord cambió casi inmediatamente de expresión y cruzó la habitación para darle a su tía un beso la mejilla. Una vez más, el rubor se apoderó del rostro de Imogene, aunque su voz estaba tan controlada como siempre cuando dijo:

- Hola, Cord, ¿te apetece tomar una copa?

- Un whisky solo, gracias - sus labios se curaron ante aquella hospitalidad sureña que obligaba a ofrecerle una copa, incluso cuando sabía que lo despreciaban. Observándolo, Susan se sorprendió a sí misma, leyendo los pensamientos que solo insinuaba su expresión. Hasta entonces pensaba que Cord era mucho más difícil de conocer.

Cord se sentó en un sillón y aceptó el whisky ambarino que Imogene le tendía con un murmullo de agradecimiento. Con toda la naturalidad de1 mundo, extendió las piernas y bebió lentamente el whisky.

La habitación estaba en completo silencio, interrumpido solamente por el tic tac del reloj de pared. Preston iba poniéndose cada vez más

tenso e Imogene jugueteaba con su falda antes de obligarse a sí misma a mantener las manos quietas sobre el regazo. Susan no se movía, pero se sentía como si el corazón estuviera a punto de salírsele del pecho. ¿Cómo podía tener Cord aquel efecto entrando simplemente en la habitación? Aquello era una auténtica locura.

-¿Has venido a descansar un rato? - le preguntó Preston bruscamente.

Cord arqueó una ceja con expresión burlona.

-¿Tienes alguna razón para mostrarte tan receloso?

Preston ni siquiera se dio cuenta de que haba vuelto sus propias palabras contra él, pero Susan sí, y alzó la cabeza con un movimiento casi imperceptible, pero que indicaba que aquello no le estaba complaciendo en absoluto. Preston e Imogene lo sabían y el primero le dirigió una mirada de disculpa. Había abierto la boca para disculparse, una concesión que Susan sabía que no era fácil para él, cuando Cord lo interrumpió.

- Por supuesto que tengo una razón para estar aquí y me alegro de que seas suficientemente inteligente como para saber que no te va a gustar oírla.

Cord estaba siendo deliberadamente misterioso, advirtió Susan. Lo miró con los ojos ligeramente entrecerrados, pero no dijo nada.

Volvió a hacerse el silencio. Preston e Imogene permanecían tensos, expectantes. Después de la sorpresa inicial, Susan comprendió que ambos sabían lo que Cord se traía entre manos. Miró entonces la expresión divertida de Cord. Este dejó que el silencio se prolongara hasta que la habitación casi vibraba de la tensión. Entonces, se cruzó negligentemente. de piernas y, con aire divertido, comentó:

- Sé que probablemente pensáis que he pasado los últimos años de mi vida vagando por el pero en realidad he estado trabajando desde que me fui. He trabajado para una compañía petrolera, haciendo las veces de mediador diversión que iluminaba sus ojos aumentaba al ver el asombro de su tía y su primo. Pero no miró a Susan en ningún momento.

- Yo... contribuía a suavizar algunas situaciones - continuó con voz sedosa -. No tengo título, pero tengo contactos y una metodología. Soy sorprendentemente bueno en mi trabajo porque no acepto un no como respuesta.

Imogene fue la primera en recuperarse y le dirigió a Cord una educada sonrisa.

- Me alegro de que hayas encontrado un trabajo que te conviene, ¿pero por qué nos estás hablando ahora de ello?

- Solo quería que comprendierais mi posición. Y ahora, me gustaría hablar de negocios.

- No tenemos ningún negocio contigo - repuso Preston.

Cord lo miró con impaciencia.

- Los Blackstone tienen grandes extensiones de tierra en Alabama. y en Luisiana. Yo heredé parte de ellas, pero la parte que me interesa no forma parte de mi herencia: si lo fuera, no estaría aquí ahora. Sé que algunas compañías petrolíferas se han acercado a vosotros durante estos diez últimos años con intención de pediros permiso para perforar, pero vosotros siempre os habéis negado. Pero nuevos estudios han indicado que las reservas de petróleo y de gas que puede haber en esos terrenos son mucho más grandes de lo que en un principio se pensaba. Quiero conseguir los derechos de exploración para mi empresa.

- No - respondió Preston sin vacilar -. Mamá, Vance y yo ya hablamos sobre esto hace años. No queremos que perforen las tierras de los Blackstone.

-¿Hay alguna razón para ello que no sea que consideráis que es un dinero conseguido de forma poco digna para una familia del sur?

Susan permanecía muy callada. Nada en la habitación escapaba a su atención. Un frío glacial iba adentrándose en su cuerpo. Las tierras no eran solo tierras cubiertas de hermosos pinos. A ella le encantaban aquellas colinas, le gustaba la paz que en ellas se respiraba, el aroma a pino y a tierra.

- No es nada tan estúpido como eso - le explicó Imogene con calma - Simplemente, no hemos considerado que la búsqueda de petróleo justifique destrozar esas tierras.

- Las cosas han cambiado en estos últimos diez años - replicó Cord, llevándose el whisky a los labios -. Ahora se procura no destrozar la tierra. Y, como ya he dicho, al parecer hay mucho más petróleo del que en un principio se pensaba.

Preston se echó a reír.

- Gracias por la información. Pensaremos en ello e incluso es posible que decidamos dar permiso para las perforaciones. Pero no creo que utilicemos tu compañía.

Una lenta y satisfecha sonrisa comenzó a asomar a los labios de Cord.

- Creo que lo harás, primo. Porque en caso contrario, tendrás que enfrentarte a una denuncia.

Susan no sabía de qué estaban hablando, pero supo que Cord había llevado las cosas exactamente a donde quería. Sabía que Preston reaccionaría como lo había hecho y que él tenía todos los ases en la mano.

Cord Blackstone era un hombre despiadado.

-¿De qué estás hablando? - le preguntó Preston con voz ronca.

- De mi herencia -Cord sonrió perezosamente -. Soy un Blackstone, ¿recuerdas? Yo también tengo acciones en las empresas de la familia. Y lo curioso es que en todo este tiempo no he recibido mi parte de los beneficios. Nadie ha depositado nada en mis cuentas bancarias. Y no he tenido que indagar mucho para averiguar que alguien ha falsificado mi firma - bebió otro sorbo de whisky -. Creo que la falsificación de documentos y el robo continúan siendo ilegales. Y, además, no estamos hablando de poco dinero, ¿verdad? Pensabais que nunca iba a volver, de modo que tanto tú como mi tía os habéis estado llenando los bolsillos con mi dinero. No es algo muy honorable, ¿verdad?

Imogene parecía a punto de desmayarse. Preston se había quedado rígido como una piedra y Cord los miraba satisfecho del efecto causado.

- Ahora, acerca de esos contratos...

Susan se levantó entonces, con un movimiento grácil y lento, llamando la atención de los presentes. Se sentía curiosamente distante de todos ellos, como si estuviera protegida entre algodones. No la había sorprendido enterarse de que Imogene y Preston habían estado quedándose con los beneficios que legalmente pertenecían a Cord. Era una estupidez, además de ser algo ilegal, pero para ellos lo que pertenecía a un Blackstone les pertenecía a todos ellos. Era una perspectiva casi feudal, pero así funcionaban. El principal problema que había tenido Susan a la muerte de Vance había sido que este le había dejado todo a Susan en vez de devolverlo a las arcas de la familia. Ese era el mismo error que Cord había cometido al pensar que Vance había dejado a su madre y a su hermano el control de su parte de la herencia. Un error que había cometido porque, al fin y al cabo, él era también un Blackstone. .

- Estás intentando amedrentar a quien no le corresponde - dijo con voz fría y hostil. Sintió que Cord la fustigaba con la mirada, pero no retrocedió -. Si Preston e Imogene son culpables, entonces yo también lo soy por estar asociada a ellos, aunque no supiera realmente lo que ocurría. Pero ellos no pueden darte ningún derecho sobre esas tierras porque son mías.

## Tres

Casi no recordaba cómo había vuelto a casa. Había salido sin detenerse siquiera a tomar el abrigo, pero no había sentido frío al salir. Había encontrado la casa vacía al llegar, sin los característicos aromas de bienvenida que emanaban siempre de la cocina. Era domingo y Emily no estaba en casa. Susan sabía que encontraría algo ya preparado en el refrigerador, por si tenía hambre, pero, posiblemente, no sería capaz de comer en todo el día. .

Se cambió de ropa. Necesitaba un baño caliente, algo para alejar el frío que se había apoderado de su pecho. Echó algunas hierbas aromáticas en el agua y se metió en la bañera, deseando que el agua caliente alejara la tensión.

¿Por qué estaba tan afectada? Preston ya le había advertido que Cord

era un hombre despiadado. ¿Por qué no le habría creído? No era lo que había hecho lo que la había afectado, sino el cómo. Cord tenía derecho a castigar a su tía y a su primo. Pero había jugado con ellos, los había llevado paso a paso hasta dejarlos en la peor situación y había disfrutado viendo el efecto que tenían sus palabras. Era evidente que no se querían, pero Susan consideraba innecesario infligir tanto dolor. Cord había querido que se sintieran avergonzados.

Cuando el agua se enfrió, quitó el tapón de la bañera, se secó y se puso los pantalones marrones y la camisa blanca que había elegido para estar en casa. El baño la había ayudado, pero continuaba sintiendo un frío extraño en su interior. Miró el termostato y vio que la casa estaba a la temperatura adecuada, pero no se encontraba bien. Encendió la chimenea del salón y se fue a la cocina a buscar una taza de café.

El fuego ya estaba en pleno apogeo cuando volvió y se sentó frente a él, con la mirada fija en las llamas.- No había nada más acogedor que una chimenea. Se levantó y se acercó a las estanterías. Comenzó a acariciar los lomos de los libros, considerando y rechazando los que ya había leído. Pero antes de que hubiera elegido un libro, sonó el timbre de la puerta.

Susan sabía con certeza quién era, pero no aceleró el paso mientras se acercaba a abrir.

Encontró a Cord recostado contra el marco de la puerta. Su respiración formaba jirones de vapor en medio del frío. Sus ojos resplandecían con un extraño enfado.

- Yo no quería involucrarte en esto - le dijo.

Susan retrocedió y lo invitó a pasar al interior de la casa. Estaba tranquila, como si la impresión de ser testigo de su crueldad hubiera roto el hechizo de su sensualidad. El corazón le latía a un ritmo lento y firme y su respiración era regular.

- Acabo de poner la cafetera. ¿Te apetece un café?

La boca de Cord se transformó en una dura línea.

-¿No vas a ofrecerme un whisky para intentar emborracharme y que de esa forma te resulte más fácil manejarme?

¿Pensaría quizá que ese era el motivo por el que Imogene le había ofrecido una copa? Empezó a preguntárselo, pero cerró inmediatamente la boca, porque era posible que tuviera razón. Imogene podría haberle ofrecido un café, porque en su casa siempre se hacía café después de comer. Y ni Imogene ni Preston bebían demasiado: Así que decidió responder exactamente a su pregunta.

- No tengo whisky en casa porque no lo bebo. Si quieres algo que tenga alcohol, deberás conformarte con vino. Además, - creo que sería difícil emborracharte y que bebido serías más difícil de manejar.

- En eso tienes razón.: Así que un café me vendrá estupendamente - dijo lacónico y la siguió a la cocina.

Sin necesidad de mirarlo, Susan sabía que estaba examinando la casa, viendo lo cómoda y acogedora que era, tan alejada de la formal perfección del hogar de los Blackstone. Las habitaciones eran grandes y luminosas, con enormes ventanales. Los suelos eran de madera noble y la profusión de plantas, que crecían felices en medio de tanta luz, inundaba las habitaciones de calidez y color.

Cord la observó sacar dos tazas y servir el café recién hecho.

¿Leche y azúcar? - le preguntó y Cord negó con la cabeza, al tiempo que tomaba una taza.

- En el salón hay una chimenea, vayamos allí. Tenía frío cuando he llegado a casa - comentó a modo de explicación, al tiempo que lo conducía hacía la otra habitación.

Susan se sentó en su rincón favorito; en una esquina del sofá, justo enfrente del fuego. En vez de sentarse, Cord se apoyó contra la repisa de la chimenea. Volvió a mirar a su alrededor, fijándose en los libros, en la televisión y en el equipo de música. No decía nada y Susan se preguntaba si utilizaría el silencio como un arma que forzaba a los otros a hacer el primer movimiento. Pero no se sentía incómoda, se sentía a salvo y segura en su propia casa. Bebió un sorbo del café y observó el fuego, dispuesta a esperar.

Cord dejó la taza en la repisa de la chimenea y Susan alzó la mirada.

-¿Quieres más café? - le preguntó.

-No.

Su brusca negativa fue atemperada por un posterior «gracias» que la educación demandaba, señal de que estaba dispuesto a poner fin a su silencio. Susan se abrazó mentalmente a sí misma y dijo llanamente:

- Supongo que quieres hablar de las tierras.

Cord soltó entonces una explícita frase que hizo que Susan se levantara con las mejillas encendidas, dispuesta a enseñarle dónde estaba la puerta. Pero Cord la agarró del brazo y la estrechó contra él con un solo movimiento que la dejó completamente sorprendida. Le rodeó la cintura con el brazo mientras tomaba su barbilla con la mano derecha. Al alzar el rostro hacia él, Susan adivinó sus intenciones y no pudo menos que estremecerse.

No tenía miedo de Cord, sino de la excitación que se había apoderado de su propio cuerpo. La falsa calma de la que había disfrutado se había hecho añicos al primer movimiento de aquel hombre. Cord no le haría daño, de eso no tenía mudo. Era su poderosa e involuntaria atracción hacia él la que la hacía sentirse incómoda y la que hizo que posara las manos en su pecho cuando él se inclinó hacia ella.

- Detente - susurró, volviendo la cabeza justo a tiempo y haciendo que los labios de Cord aterrizaran en su mejilla.

El continuaba agarrándola con fuerza y le hizo volver la cabeza, pero en vez de tomar sus labios, acarició con ellos el lóbulo perfecto de su oreja. Susan contuvo la respiración. Y se olvidó de soltarla mientras Cord deslizaba los labios por la columna de su cuello y apartaba suavemente el escote para encontrar la piel sedosa y fresca de su pecho.

- Cord, no - protestó frenética, alarmada por el cálido cosquilleo que atravesaba su cuerpo.

Se extendía como un fuego salvaje, encendido por Cord con aquel beso. No conseguía apartarlo de ella. Para lo único que le servía empujarlo era para ser más consciente de los fuertes músculos de su pecho, de la fuerza salvaje que albergaba.

- Susan, cariño, no me digas que no - musitó Cord con insistencia antes de volver a besarle el cuello. Susan hundía los dedos en su hombro como si con cada uno de los delicados toques de su lengua la estuviera llevando al borde del éxtasis. Cord alzó por fin la cabeza y la miró con los labios

entreabiertos.

- Bésame - le pidió con voz dura y mirada intensa.

Susan sentía que su cuerpo temblaba en sus brazos; su piel ardía y moría de deseo de sentirse cerca de él, pero su miedo era tan grande como su deseo. La mirada de Cord era fría y feroz al mismo tiempo, como si su cuerpo estuviera respondiendo a la cercanía del de Susan, pero sus acciones estuvieran perfectamente planificadas. Horrorizada, se dio cuenta de que sabía exactamente el efecto que tenían sus caricias, y que si no lo detenía pronto, después ya no sería capaz de hacerlo.

- No, no puedo... - comenzó a decir, y esa fue la única oportunidad que necesitó Cord.

Cerró la boca sobre sus labios y Susan se derritió casi instantáneamente contra él. Su cuerpo expresaba plenamente su deseo, a pesar de que su mente se rebelaba. Entreabrió los labios para permitir la invasión de su lengua; le rodeó el cuello con los brazos y hundió los dedos en la espesura de su pelo. Para ser un primer beso, fue realmente devastador. Era tan consciente de las reacciones que Cord provocaba en ella que comprendió al instante que el creciente calor de aquel beso era inevitable. Se entregó a él sin protestar mientras Cord la presionaba entre sus brazos, acercándola todavía más al deseo y al calor de su cuerpo.

La voz de su conciencia que la advertía y le pedía precaución se fragmentó en mil piezas diminutas. Era inútil luchar contra el deseo. Eran demasiadas las sensaciones que estaban atacando un cuerpo que había permanecido ajeno a sensualidad durante cinco largos años.

Susan jamás había sido tan consciente de que el beso de un hombre podía ser una imitación perfecta del acto del amor, pero la lenta y perezosa penetración de la lengua de Cord tenía resonancia en todo su cuerpo. Casi inconscientemente, se puso de puntillas y él reaccionó inmediatamente a la provocación de aquel movimiento. Deslizó las manos por su espalda y se apoderó de su trasero; clavaba los dedos sobre su carne fresca mientras la elevaba y la moldeaba contra él. Un gemido, tan bajo que era casi más una vibración que un sonido propiamente dicho, tembló en el aire y, al cabo de unos instantes, Susan se dio cuenta de que procedía de su propia garganta.

No.

Al principio, la negación fue solamente un desolado susurro en su propia mente, sin fuerza, pero alguna porción de su cerebro lo oyó y comprendió que no podía permitirse el lujo de disfrutar de las delicias que aquel hombre le ofrecía. No, no podía ofrecerse de esa forma, aunque Cord estuviera dispuesto a hacer el amor con ella. Para él no significaría nada. Solo un momento de placer. Algo que se podría olvidar rápidamente. Susan, siendo como era, tendría que ofrecerle su corazón antes de ofrecerle su cuerpo y, aunque se sentía peligrosamente atraída hacia él, todavía tenía un gran vacío en el corazón.

¡No! La palabra volvió a repetirse en su mente, con más fuerza aquella vez. Se tensó en sus brazos, ajena a la seducción de sus labios. Pero todavía no había expresado en voz alta su protesta, advirtió, y, con un esfuerzo sobrehumano, apartó la boca. Se quedó suspendida entre sus brazos. Apenas rozaba el suelo con las puntas de los pies mientras él la estrechaba contra él, pero Susan tensó los brazos y las manos para alejarse de él y lo miró a los ojos con firmeza.

- No.

Veía los labios de Cord, rojos y sensualmente hinchados por sus besos y supo que sus labios debían tener el mismo aspecto. Su barba era tan suave que apenas había sido consciente de ella y un deseo rebelde se desató nuevamente en su interior, tentándola a hundir su rostro en aquella sedosa nube. Para negárselo a sí misma, dijo otra vez:

- No.

Cord curvó los labios en una sonrisa que resplandeció como un rayo de sol en su rostro.

- Si la gente aprende a través de la repetición, entonces creo que por fin se me ha grabado esa palabra en el cerebro.

En otras circunstancias, Susan se habría echado a reír, pero en aquel momento estaba demasiado nerviosa para tomárselo con humor.

- Suéltame, por favor.

Cord obedeció lenta, casi provocativamente. La dejó nuevamente en el suelo con una sensualidad enloquecedora, deslizándola a lo largo de todo su cuerpo. Susan estuvo a punto de rodearle nuevamente el cuello con los brazos. Alarmada y decidida, se apartó de él en cuanto tuvo los pies firmemente en el suelo.

- No estabas tan recelosa ayer por la noche bromeó Cord, pero la miraba con dureza mientras Susan se situaba prudentemente fuera de su alcance.

- No, no lo estaba.

- Te parezco más peligroso a la luz del día?

Sí, infinitamente. Porque había visto hasta dónde podía llegar su crueldad.

- No creo que pudiera confiar en nadie que hiciera lo que tú has hecho hoy.

Cord se enderezó, cambiando al instante su negligente postura, y la miró con los ojos entre cerrados.

- Solo he ido todo lo lejos que tenía que ir. Si hubieran estado de acuerdo en aceptar las perforaciones, no habría tenido que amenazarlos. Susan sacudió la cabeza.

- Ha sido más que eso. Lo tenías todo preparado. Te has mostrado deliberadamente hostil con Imogene y con Preston desde que has entrado en casa y has querido castigarlos porque sabías que no te cederían nunca esas tierras. Sabías que ibas a tener que amenazarlos y los hasllevado hasta ese punto para poder regodearte con tus amenazas.

Se interrumpió allí. No quería dar voz a la otra sospecha que anidaba en su mente. Incluso sin conocerlo realmente, tenía la sensación de que aquel hombre rara vez cometía un error. Era demasiado inteligente, demasiado ingenioso para ello. Pero se había equivocado si de verdad no había investigado quién era el verdadero propietario de aquellas tierras... Aunque también era posible que en todo momento hubiera sabido que era ella la dueña y hubiera querido utilizar sus amenazas contra Imogene y Preston como una manera de forzarla a arrendarlas. En la zona, todo el mundo sabía las buenas relaciones que mantenía con su familia política; incluso alguien de fuera podría haberse dado cuenta. Era posible que Cord no pretendiera amenazarla personalmente, pero pronto se habría dado cuenta

de que la consideración que tenía hacia su familia la convertía en una víctima vulnerable. Y albergaba otra sospecha incluso peor: su intento de seducción podía formar parte de un plan de venganza o al menos de una intención tan poco honorable como asegurarse el alquiler de aquellas tierras.

Cord continuaba observándola con aquella inquietante mirada.

- Admito que soy culpable de todos los cargos que me imputas. He disfrutado enormemente al ver a ese bastardo avergonzado.

- Ha sido cruel y completamente innecesario.

- Cruel quizá - repuso él, arrastrando las palabras -. ¡Pero era condenadamente necesario!

-¿Para qué? ¿Para alimentar tu deseo de venganza?

Había sido un disparo en la oscuridad, pero Susan comprendió inmediatamente que había dado en el blanco. La mirada que Cord le dirigió fue casi violenta..

- Tengo mis razones - contestó precipitadamente.

Susan esperó, pero el silencio se alargaba y comprendió que Cord no le iba a dar ninguna explicación. No necesitaba justificarse ante ella; hacía mucho tiempo que no necesitaba que nadie aprobara sus acciones.

Iba a tener que preguntárselo.

-¿Qué vas a hacer acerca del dinero que te debe Preston, ahora que sabes que él no es el propietario de las fincas que te interesan?

- Todavía no lo he decidido.

Asustada por el brillo especulador de su mirada, Susan volvió a sentarse. Se apoderó de ella una tristeza indefinible. ¿Realmente esperaba que Cord confiara en ella? Aquel hombre probablemente no confiaba en nadie y mantenía siempre sus pensamientos ocultos tras barricadas de hierro.

Pero en ella misma debía haber escondida cierta perversidad, porque aunque había rechazado ya la posibilidad de tener una aventura con él, se sentía herida al pensar que Cord podría haber tenido un motivo ulterior para querer seducirla. Si le quedaba un ápice de cerebro, no solo debería mantener la distancia mental entre ellos, sino que tendría que aumentarla. Cord le había hecho insinuaciones amorosas, pero no tenía que darles ninguna importancia. Probablemente se las hacía a muchas mujeres. Sus besos debían haber sido como una sutil forma de venganza. Ella era una Blackstone y eso la incluía, de manera automática, en la lista de sus objetivos. Arruinar la reputación de la viuda de Vance Blackstone debía de ser para él un objetivo apetecible, si lo que buscaba era causar la vergüenza de la familia.

Incapaz de dominar el horror que le producía aquel pensamiento, dijo bruscamente:

- No puedo darte una respuesta sobre lo de las tierras. No diré que no, pero tampoco puedo decirte que sí. Tendré que encargar un estudio geológico independiente y averiguar el impacto ecológico que puede tener una perforación en la zona antes de tomar una decisión. Y la decisión la tomaré en función de los informes, no de tu chantaje.

- No recuerdo haberte pedido que me alquiles esas tierras - murmuró

Cord con una fría sonrisa.

- Pero esa es la razón por la que estás aquí, ¿no es cierto?

-¿Ah sí?

- Oh, por favor - hizo un gesto dé cansancio con la mano -. No me gustan los juegos de palabras. Ya sé que vas detrás de esas tierras.

La mirada de Cord se endureció y una cierta tensión lo invadió, dándole el aspecto de un animal a punto de iniciar el ataque.

- Todavía no me he prostituido nunca a cambio de una perforación de petróleo - hablaba con suavidad, pero bajo la lenta cadencia de sus palabras se ocultaba la sombra del enfado.

Susan lo fulminó con la mirada.

- Los dos sabemos que no soy el tipo de mujer al que estás acostumbrado.

- Diablos, claro que no. En eso estamos de acuerdo - apretó los labios, convirtiéndolos en una furiosa línea -. Permaneces ahí sentada con la frialdad de un pepino y me acusas a mí de todo tipo de bajezas. Pero tú nunca levantas la voz, ¿verdad? Dime, Susan, ¿hay algo que pueda hacerte gritar? ¿Tienes sentimientos o solo eres una muñeca de porcelana, incapaz de hacer otra cosa que estar atractiva y mirar?

Susan estuvo a punto de retroceder al sentir la intensidad de su enfado.

- Sí, soy capaz de sentir – susurró -. Y no quiero que me hagan daño. No quiero que nadie me utilice.

De repente, Cord se agachó hasta que sus ojos quedaron al nivel de los ojos de Susan y se inclinó hacia adelante. Estaba tan cerca que Susan se presionó contra el respaldo del sofá, para evitar la sensación de estar siendo anegada por él.

- No creo que sientas nada en absoluto - le recriminó Cord-. O peor aún, tienes miedo de tus propios sentimientos. Me deseas, pero tienes demasiado miedo de lo que puedan decir los demás, ¿verdad? Estás atada a la seguridad que te proporciona esa cadena de sanguijuelas, a toda esa gente inútil que vive del trabajo de los demás. Eres muy guapa, cariño, pero no te diferencias en nada de todos esos chupasangres.

Aquellas palabras la hirieron profundamente, pero alzó la cabeza con orgullo.

- No sabes nada de mí - fue todo lo que dijo.

- Lo suficiente como para saber que intentar que te apasiones por algo es una causa perdida - respondió con sarcasmo -. Mira, estaremos en contacto con lo de las tierras, pero no hace falta que vuelvas a reservarme ningún baile.

Susan permaneció sentada en el sillón mucho tiempo después de que Cord se fuera, deseando que regresara para poder desahogar todos los temores e inseguridades que le inspiraba, pero sabiendo al mismo tiempo que era preferible que se hubiera ido. Cord tenía razón: lo deseaba y tenía miedo de que supiera lo débil que podía llegar a ser. Él estaba jugando con su debilidad para utilizarla de la manera que mejor le convenía, para utilizarla incluso con fines de venganza. Y ella no podía permitir que eso ocurriera.

Qué rápidamente había destrozado su paz... Pasó otra noche despierta,

retorciéndose bajo un manto de tristeza. Cuando finalmente llegó el día, revelando un cielo sombrío y gris, lo único que le apetecía era quedarse en la cama, refugiada en los pensamientos que revoloteaban por su mente. Pero con su habitual determinación, se obligó a levantarse. Sería capaz de mantener su horario habitual por encima de todas las cosas. No iba a permitir que Cord Blackstone le destrozara la vida.

Iba diariamente a las oficinas de Biloxi. Al principio, Preston se encargaba de todo, pero, desde la muerte de Vance, ella había ido poniéndose al corriente de todo lo relativo a la dirección de aquella corporación y Preston, con el paso del tiempo, había adquirido la costumbre de consultarlo todo con ella. Era él el que se había preparado para dirigir la empresa, pero ella tenía un cerebro rápido y gran intuición para los negocios. Tras la muerte de Vance, hacerse cargo de su oficina había sido solo una forma de conservar la cordura, pero no había tardado mucho en comenzar a disfrutar con aquel trabajo.

Aquel día llegó temprano, pero Preston había llegado antes que ella. Como había visto su coche en el aparcamiento, fue directamente a su despacho y llamó suavemente a la puerta. La secretaria que ambos compartían todavía no había llegado.

Preston alzó la mirada de los papeles ante aquella interrupción y le brindó una sonrisa que difuminó la sombra de preocupación que oscurecía su rostro.

- Pasa, acabo de preparar un café.

- Creo que necesito una dosis extra de cafeína - Susan suspiró y se acercó directamente a la cafetera.

Compartieron el café en agradable silencio durante algunos minutos. Tras ellos, Susan dejó la taza en la mesa y preguntó:

-¿Qué vamos a hacer?

- He estado consultando los libros de contabilidad esta noche, intentando averiguar exactamente lo que le debemos. Es mucho, Susan - se frotó la frente con pesar.

- Pero vas a intentar devolvérselo, ¿no?

Preston asintió.

-¿Qué otra cosa puedo hacer? Lo peor de todo esto es que ahora mismo no tenemos mucho dinero en efectivo. Hemos invertido casi todo en proyectos que no darán dinero hasta dentro de un par de años por lo menos. Además, no quiero tocar nada en lo que tú puedas tener algún interés. Mi madre y yo estamos completamente de acuerdo en eso. Liquidaremos la deuda con propiedades personales nuestras.

-¡Preston Blackstone! ¿Acaso crees que yo no quiero ayudaros?

- Por supuesto que no, cariño, pero no sería justo. Mi madre y yo somos los responsables de esto y sabíamos que estábamos corriendo un riesgo. Apostamos porque Cord no volvería y no tendríamos que devolverle ese dinero y hemos perdido - se encogió de hombros con gesto de resignación -. Entonces nos pareció lo más acertado. No hemos utilizado ese dinero para nada personal; hemos invertido absolutamente todo en la corporación, pero supongo que en el juzgado eso no supondría ninguna diferencia. Además, es cierto que he falsificado su firma en algunos documentos.

-¿Podrás reunir dinero suficiente? - por mucho que Preston pudiera

.protestar, si no reunían la cantidad de dinero que se le debía a Cord, ella tendría que insistir en ayudarlos.

No quería hacer nada que pusiera en peligro la corporación, así que estaba de acuerdo en que no se tocara nada de lo que tenían en común, pero Vance le había dejado muchos bienes personales que podía liquidar rápidamente, incluyendo alguna propiedad de gran valor. Además, también tenía las fincas que a Cord le interesaban, comprendió de repente. ¿Le interesarían tanto como para aceptarlas a cambio de dejar de presionar a Imogene y a Preston con la amenaza de denunciarlos?

- Tengo una idea - dijo lentamente -. Yo tengo algo que él quiere, así que quizá podamos hacer un trato.

Preston era un hombre inteligente y conocía bien a Susan; se recostó en la silla, la miró con los ojos entrecerrados y expresó lo que tenía en mente sin perder el tiempo con preguntas innecesarias.

- Estás hablando de las fincas, ¿verdad? Pero supongo que sabes que aunque se las alquilaras, podría seguir denunciándote. Podría jurar incluso que no lo va a hacer, pero no creo que su palabra valga demasiado. Y no solo eso, sino que, de esa forma, estarías cediendo a su chantaje.

- No del todo - repuso Susan, pensando en toda la situación -. Antes habrá que encargar un estudio y estimar el valor del petróleo de esas tierras, pero si acepta su arrendamiento como compensación por la cantidad que le debes, entonces ya no podrá denunciaros, ¿verdad?

Preston la miraba atónito.

- Dios mío, ¿estás hablando de dejarle explotar esos terrenos de forma gratuita? ¿Pero tienes idea de lo que valen esas tierras?

- Millones, supongo.

-¡Muchísimo más de lo que le debemos! Perderías una fortuna. No, no puedo dejar que hagas una cosa así.

- No tienes forma de impedírmelo - le recordó con una tierna sonrisa. Se alegraría de perder una fortuna si con ella pudiera mantener a su familia a salvo.. Preston tenía sus defectos, y también Imogene, pero sabía que, ocurriera lo que ocurriera, jamás le darían la espalda.

La frustración de Preston era evidente en su mirada.

- No me gusta nada cuando empleas ese tono tan suave y dulce de voz. Eso significa que has tomado una decisión y nada podrá hacer que te arrepientas, ¿verdad?

El sonido de otra voz los alertó de la llegada de la secretaria, Beryl Murphy. Conscientes de que ambos tenían cantidad de papeleo de la que ocuparse, Susan se levantó y aprovechó esa excusa para escapar a su despacho, aunque sabía que Preston volvería a intentar convencerla para que no cediera sus tierras. Había fuego en su mirada mientras la observaba marcharse de la oficina, pero Beryl ya se estaba acercando a él con los asuntos del día, de modo que, al menos temporalmente, Preston se rindió.

Susan tenía montones de informes en el escritorio y empezó a leerlos disciplinadamente, pero no tardó en perder el hilo, preocupada por el tipo de acuerdo que podría ofrecerle a Cord.

Realmente, necesitaba saber el valor de las faunas explotaciones petrolíferas antes de hacer un trato, pero, por otra parte, no quería esperar demasiado tiempo. Aunque Cord podía presentar su denuncia casi

inmediatamente, no esperaba que lo hiciera. Probablemente esperaría con intención de afinar mejor sus planes. Aunque, seguramente, sus planes ya estaban perfectamente diseñados, comprendió con repentino pánico. ¿Debería esperar o debería decirle que estaba de acuerdo con el trato? Al final, decidió ir a verlo antes de que pudiera emprender ninguna acción legal. Una vez puesta la denuncia, sería imposible que no se hiciera público el asunto y eso haría un daño terrible a su familia.

Al darse cuenta de que tendría que verlo cuanto antes, ese mismo día si era posible, sintió escalofríos. Le bastaba pensar en estar otra vez a su lado para que la sangre corriera a borbotones por sus venas... no sabía si por miedo o por deseo. Todavía abrasaba su mente el recuerdo de sus besos y sentía en la boca el sabor de sus labios y el roce delicado de su barba. Era un animal peligroso, pero ejercía sobre ella una atracción de la que jamás había sospechado que pudiera ser capaz. Lo deseaba, y el anhelo de su cuerpo convertía en amenaza cualquier posible encuentro con él.

Qué sedosa era su barba, recordó, una barba suave, sensual. ¿Sería tan suave el vello que cubría su cuerpo? Su mente conjuró la imagen de Cord completamente desnudo y una oleada de calor se extendió por todo su cuerpo, obligándola a quitarse la chaqueta.

Dios santo, ¿en qué estaba pensando?

Era inútil soñar despierta con él. Sí, era cierto que Cord estaba más que dispuesto a utilizarla sexualmente, pero por razones que no tenían nada que ver con la atracción personal. Y su orgullo no podía soportarlo, de la misma manera que su conciencia no le permitía abandonar sus principios morales.

El día fue pasando y consiguió evitar a Preston cuando intentó almorzar con ella. Su cuñado no quería que sacrificara nada e Imogene también protestaría. Pero ella tenía que adelantarse a los dos y eso significaba ver a Cord lo antes posible. Hizo las llamadas necesarias para encargar el estudio geológico y decidió ignorar, no sin pesar, las repercusiones que podría tener sobre el entorno aquel proyecto.

Por la tarde, un debilitado sol intentaba abrirse paso entre las nubes y se levantó una suave brisa. ¿Continuaría Cord trabajando en la cabaña? Si no estaba allí, no tenía idea de dónde podría encontrarlo. Podría preguntarle a Preston, pero sabía que eso desataría una tormenta, así que decidió probar suerte y dirigirse directamente a la cabaña.

Salió temprano, porque no estaba muy segura de saber localizarla. Las carreteras secundarias de la región eran un auténtico laberinto, se cruzaban unas con otras y a veces ni siquiera era fácil adivinar la dirección de cada una de ellas. Vance la había llevado varias veces a la zona del arroyo durante su breve matrimonio, pero eso había sido hacía años.

De pronto, el sol comenzó a brillar con fuerza, el viento arrastró las nubes y Susan contempló el repentino resplandor del sol sobre la carretera húmeda. Buscó las gafas de sol y se las puso rápidamente. Quizá la salida del sol fuera un buen presagio, se dijo, pero rápidamente descartó aquel frívolo pensamiento. Ella no creía en los presagios.

Estaba nerviosa. Sentía náuseas al pensar que tendría que tratar con él. Intentando tranquilizarse, decidió concentrarse en el paisaje. Aunque el tiempo todavía era frío, se apreciaban ya las señales que anunciaban la primavera. Los robles comenzaban a cubrirse de hojas nuevas y la hierba brotaba por doquier. Al cabo de una semana, dos como mucho, las tierras

estarían cubiertas de flores y los árboles llenos de hojas.

Estuvo a punto de pasarse el desvío que pensaba conducía a la cabaña. Era una carretera penosamente pavimentada, sin una sola raya pintada sobre ella. Redujo la velocidad, buscando el siguiente desvío y, cuando ya empezaba a pensar que se había equivocado, reconoció el camino que supuestamente tenía que tomar. Era un camino de tierra bordeado a ambos lados por pinos y robles. El camino hacía una prolongada curva y, tras ella, descubrió el viejo puente de madera que atravesaba el arroyo.

Desde allí, se vislumbraba la cabaña, un pequeño edificio tras el que se asomaban robles centenarios, situado en la cresta de una pequeña elevación. Incluso desde donde Susan estaba, se podía apreciar que la cabaña había sido restaurada. A medida que se acercaba, pudo ver que habían cambiado también el tejado.

No sabía qué tipo de coche tenía Cord, pero en cualquier caso, no importaba, puesto que no había ninguno por los alrededores. El corazón se le cayó a los pies. Detuvo el coche frente a la cabaña y clavó su mirada desesperada en las cortinas de las ventanas. ¿Dónde podría encontrarlo?

Estaba a punto de volver a poner el coche en marcha cuando se abrió la puerta y salió Cord al porche. Incluso desde el interior de su vehículo, Susan distinguió la gelidez de su mirada y comprendió que aquello no iba a ser nada fácil. Tomó aire, intentando darse ánimos, y salió del coche.

Mientras subía los escalones del porche, Cord se recostó contra el marco de la puerta y la observó en un enervante silencio, con los brazos cruzados sobre el pecho. Parecía enorme, advirtió Susan; quizá fueran sus ropas. Llevaba solamente unos vaqueros, una camiseta negra y unas botas de cuero. Las mangas de la camiseta dejaban al descubierto unos brazos bronceados, cubiertos de vello y surcados de venas. Por la forma en la que se pegaba la camiseta a su pecho, Susan comprendió que la imagen que se había hecho de su cuerpo desnudo era bastante acertada. Se le secó la boca.

Cord deslizó su mirada glacial por el cuerpo de Susan y preguntó con sarcasmo:

-¿Visitando los barrios bajos?

Susan consiguió controlar los temblores y la debilidad que sentía en las rodillas e ignoró su irónico recibimiento.

- He venido a hacer un trato contigo - dijo con firmeza.

Cord sonrió, divertido y satisfecho. Se apartó de la puerta para invitarla a pasar con una exagerada reverencia.

- Entre, mi señora, y veamos lo que tiene que ofrecerme.

## Cuatro

Cord la siguió al interior de la cabaña y cerró la puerta tras él. El olor a la madera recién cortada lo inundaba todo y flotaban por el aire finas partículas de serrín. A través de una puerta abierta, Susan podía ver un par de caballetes con un madero entre ellos y comprendió que había interrumpido el trabajo de Cord. Quería disculparse, pero las palabras se negaban a abandonar su atenazada garganta. Para darse tiempo a recuperarse, miró a su alrededor. A pesar de las mejoras, todavía conservaba su aire antiguo. Tenía una apariencia increíblemente sólida. Los

nuevos ventanales llenaban la casa de luz, pero dejaban también pasar el frío. Una enorme chimenea, llena de troncos, encerraba la promesa de un ambiente más cálido y acogedor. La puerta abierta que había al lado de la chimenea señalaba que había otra habitación, pero, salvo eso, el resto de la cabaña podía verlo desde donde estaba. Bajo sus pies, el suelo era de pino, que había sido trabajado y pulido, pero sin perder su color natural. A pesar de sus nervios, Susan reconoció el encanto de aquel lugar.

Cord pasó por delante de ella y se inclinó para tomar una caja de cerillas. Con ellas encendió un periódico viejo y lo tiró a la chimenea. Lenguas azules cubrieron el periódico y pronto estuvieron encendidos los troncos que se apilaban en el hogar.

- No tengo frío cuando estoy trabajando - comentó Cord, a modo de excusa -. Pero como me has interrumpido...

- Lo siento - contestó Susan, sintiéndose increíblemente torpe.

No había ningún lugar en el que sentarse, pero Cord parecía muy cómodo apoyado contra la repisa de la chimenea. Le dirigió a Susan una mirada cargada de sarcasmo.

- De acuerdo, querías que hiciéramos un trato. Habla.

No iba a retroceder ni un solo centímetro. Y ella no iba a perder el tiempo suplicándole que fuera razonable. Susan alzó la barbilla y le espetó:

-¿Ya has puesto la denuncia?

- Todavía no he tenido tiempo - respondió perezoso -. He estado trabajando en la casa.

- Yo... quiero hacerte una oferta. A cambio de que decidas no poner la denuncia.

La fría mirada de Cord se oscureció al tiempo que la deslizaba por el tenso cuerpo de Susan.

- Te estás ofreciendo a ti misma?

Aquel pensamiento la sobresaltó y se preguntó qué ocurriría si le dijera que sí. ¿Sería capaz de hacer el amor con ella allí mismo, en el

suelo?

- No, por supuesto.

- Es una pena - la miró con expresión imperturbable -. Porque esa es la única oferta que podría interesarme. Habría sido divertido ver si pierdes la compostura en el sexo. Aunque la verdad es que lo dudo. Probablemente sigas completamente almidonada.

Susan apretó con fuerza los dedos y solo al hacerlo se dio cuenta de lo frías que tenía las manos.

- Te estoy ofreciendo las tierras que te interesan.

- Déjame recordarte que esa era mi oferta original. Pero he estado pensando en ello desde entonces y he cambiado de opinión. Y, además, ¿no me dijiste ayer que no te dejarías chantajear y que jamás venderías esas tierras?

Susan dio un paso adelanté, para acercarse al fuego y para poder verle los ojos.

-No te estoy ofreciendo la venta de las tierras. Estoy dispuesta a cedértelas, como restitución de la cantidad que te deben Preston e Imogene.

Cord echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

-¿Tienes idea de la cantidad de dinero de la que estás hablando?

- Más de lo que te deben, lo sé. Pero estoy pidiéndote que lo aceptes como restitución.

Cord dejó de reír y la miró con los ojos entrecerrados.

-¿Por qué vas a pagar tú sus deudas?

- Son mi familia.

-¡Familia, ja! Son un par de víboras y yo lo sé mejor que nadie. No, no quiero que pagues tú. Quiero que paguen ellos.

- Como dijiste anoche, lo que quieres es castigarlos, hacer que se avergüencen de lo que hicieron.

- Exactamente.

- Así que estás dispuesto a renunciar a una fortuna solo para satisfacer tu deseo de venganza - le espetó.

El enfado oscureció su rostro.

- Tranquilízate, Susan -respondió suavemente -. Me estás regañando.

Susan se pasó nerviosa la mano por el pelo.

-¡Y necesitas que alguien lo haga! ¿Cómo puedes ser tan cabezota? ¿Por qué no puedes aceptar el usufructo de las tierras como pago?

Cord sonrió de oreja a oreja, pero no había diversión alguna en su sonrisa.

- Porque si acepto las tierras en estas condiciones, ya no podré poner ningún tipo de denuncia contra ellos, como muy bien sabes. ¿Te ha convencido Preston de que hagas esto? Pues bien, no ha servido de nada. Te pagaré el alquiler de las tierras, y te lo pagaré generosamente, pero no dejaré que Preston se esconda detrás de ti. De modo que no hay trato.

Las lágrimas comenzaron a anegar sus ojos en el momento en el que Cord se volvió para colocar los troncos de la chimenea. Susan se acercó y se aferró a su brazo, sintiendo la dureza de sus músculos de acero.

-¡Por favor! - le suplicó.

Cord se volvió lentamente. Las llamas se reflejaban en sus ojos claros, haciéndolos brillar como si fueran los del mismísimo diablo.

-¡Maldita seas! - dijo entre dientes -. No te atrevas a suplicar por ellos.

Susan se aferró con la otra mano a su camiseta, intentando sacudirlo, pero incapaz de moverlo siquiera. ¡Tenía que hacer que la comprendiera! ¿Cómo era capaz de destrozar a su propia familia? Tenía que hacer algo, cualquier cosa, para convencerlo de lo inútil que era la venganza.

-¡No lo hagas, por favor! - le gritó frenética -. ¡Te lo suplico... !

- Déjalo va! - le ordenó con voz profunda.

Le apartó las manos y la sujetó de los brazos. El enfado le hacía hundir los dedos en su piel y Susan jadeó, al tiempo que luchaba para liberarse. Cord aflojó la presión de sus dedos inmediatamente y ella retrocedió. En medio del silencio que se hizo entre ellos, la respiración de Susan se hacía tan audible como visible era el movimiento agitado de sus senos. Cord posó la mirada en aquellos suaves montículos. Cuándo al cabo de unos segundos volvió a alzarla, Susan la descubrió llena de una sombría furia.

- Eres capaz de suplicar por él. Sal ahora mismo de aquí. Y dile que este sucio plan no funcionará. Vete, vuelve con él. ¡Vuelve a su cama!

Susan se descompuso por la tensión y el azote de sus palabras. Ella, que jamás había perdido el control y cuya naturaleza era serena y pacífica, dé pronto se encontró volando hacia él y acercando su rostro al suyo para gritar:

-¡Ese plan no es suyo! ¡El ha intentado convencerme para que no te lo propusiera! Eres un estúpido. Estás tan anclado en el pasado, tan sediento de venganza, que ni siquiera eres capaz de darte cuenta de que te estás destruyendo a ti mismo. ¡Si eras así hace catorce años, no me extraña que tuvieras que huir de la ciudad!

Cord había alargado la mano y estaba sujetándola por la cintura. La agarraba con tanta fuerza que casi le costaba respirar. Susan echó la cabeza hacia atrás y jadeó. Cord aprovechó aquel momento para atacar su boca, forzándola a entreabrir los labios para que se amoldaran a los suyos. Casi inmediatamente, Susan se estrechó contra él olvidando su enfado, olvidando las razones por las que estaba allí. Sentir su calor y su fuerza era lo único que deseaba en aquel momento, la fuente de todo el consuelo que podía imaginar. Los besos de Cord eran más profundos cada vez, más largos y dulces, al tiempo que la pasión iba transformando sus cuerpos en puro fuego. Cord hundió las manos bajo la chaqueta y las acercó a sus senos con una seguridad que no le habría permitido a Susan negarle el derecho a acariciarla. Le desató la blusa tan bruscamente que a Susan le sorprendió que los botones no salieran volando, después hundió las manos entre los senos y el sujetador, buscando el contacto del pezón erguido con la palma de su mano.

Susan gimió contra su boca a la vez que él continuaba convirtiendo su cuerpo en puro deseo. Sus senos eran muy sensibles y, con sus caricias de experto, Cord convirtió el pezón de terciopelo en una punta tensa y anhelante. Susan palpitaba, su cuerpo entero latía mientras deslizaba las manos por su espalda hasta encontrar la cintura, de los pantalones y deslizar las manos bajo él, buscando los músculos duros y empapados en sudor de Cord. Este se estremeció con su caricia, diciéndole sin necesidad de palabras que estaba tan excitado como ella. Cord desprendía una fragancia salvaje de almizcle y sudor mezclada con su propia masculinidad. Susan deseaba pasar el resto de su vida encerrada en aquellos brazos, respirando aquella fragancia. Era una locura... pero era tan dulce...

Cuando Cord la liberó, Susan retrocedió. Estaba tan estupefacta como si acabaran de tirarle un cubo de agua fría a la cara. Desorientada, perdida sin el calor que el cuerpo de Cord le proporcionaba, se quedó mirándolo fijamente con tal expresión de incredulidad que sus ojos azules parecían dominar todo su rostro.

Cord no había sido tampoco inmune a su abrazo; respiraba de forma agitada y tenía las mejillas sonrojadas. Cuando miró la blusa desabrochada de Susan, sus pupilas se dilataron. La joven se meció sobre sus pies, pensando por un instante que Cord iba a volver con ella. Pero entonces él se pasó la mano por el pelo y dijo con desdén:

-¿Este es el segundo plan con el que pretendes convencerme?

Susan retrocedió, completamente pálida.

-¿De verdad piensas lo que estás diciendo? - preguntó atragantada.

- Me parece posible. No tienes valor para admitir que me deseas; estás demasiado aferrada a tu reputación sin mácula. Pero serías capaz de sacrificarte a ti misma para salvar a tu familia porque entonces serías una noble mártir y podrías disfrutar del pecado sin pecar. Admito que parece una novela victoriana, pero es eso precisamente lo que me has recordado.

- Eres un cobarde - susurró con dolor.

- Exactamente.

Susan permanecía muy quieta, sin saber si debería marcharse o intentar convencerlo otra vez de que no denunciara a su familia. En realidad, estaba desesperada por marcharse; tenía miedo de que una nueva acusación de Cord pudiera acabar con su dignidad y su capacidad de autocontrol; no quería derrumbarse delante de él. Tragó saliva para dominar su voz y dijo quedamente:

- Por favor, piensa en ello. ¿Cómo puedes renunciar a una fortuna? Ya sabes el valor que tienen esas tierras, si es que los geólogos no se equivocan, y lo que te costaría arrendarlas en condiciones normales.

- Le estás ofreciendo a mi empresa ahorrarse una fortuna - señaló fríamente -. Yo no recibiría ni una sola moneda. Así que, dime, ¿qué me quedaría a mí?

Susan lo miró confundida. ¡Qué estúpida había sido! Su magnífico plan había sido ofrecerle una ganancia personalmente a él, y él la había hecho quedar como una auténtica estúpida al recordarle que, al darle en arriendo aquellos terrenos, sería la compañía para la que trabajaba la que saldría beneficiada y no él. Avergonzada, se volvió y caminó lentamente hacia la puerta. Una risa profunda la siguió y, mientras abría la puerta y salía al porche, Cord gritó:

-¡Pero ha sido un buen intento!

Susan caminó con paso firme hasta el coche, intentando no correr, a pesar de que estaba deseando alejarse de allí a toda la velocidad que sus pies se lo permitieran. Había cometido un error colosal. ¡Cómo debía estar riéndose Cord de ella!

Cuando llegó al camino que conducía a su casa, vio un Cadillac aparcado frente a ella y gimió en voz alta. Lo último que le apetecía en ese momento era tener que enfrentarse a un interrogatorio de Imogene. Lo que en ese momento le apetecía era darse un buen baño que la ayudara a destensar los nervios. Sabía que Preston habría llamado a Imogene y habría hablado con ella de sus intenciones y que Imogene no tardaría en descubrir adónde había ido. ¿Por qué no podría haberse esperado algunas horas más?

No iba a ser fácil destrozar las esperanzas que sin duda Imogene albergaba. Cuando entró en casa, la tensión del rostro de Susan era más que evidente. Se dirigió directamente al salón, donde estaba esperándola su suegra. Imogene se levantó al verla entrar y examinó cada detalle de su rostro.

- Lo ha rechazado, ¿verdad? - no era propio de Imogene rendirse a la frustración, pero el desánimo se reflejaba en su rostro y apagaba notablemente su voz.

Sí, la había rechazado en más de un sentido, pensó Susan con pesar. El cansancio físico y mental amortiguó su voz mientras se sentaba y contestaba:

- Sí.

- Sabía que lo haría - Imogene suspiró y volvió a sentarse -. Habría sido demasiado fácil dejar que pagaras tú; es a Preston y a mí a quien quiere.

Al recordar el frío desprecio de sus ojos cuando la miraba, Susan no podía estar de acuerdo con su suegra. Sintió un intenso dolor en el pecho. ¿Por qué tendría que haber terminado así todo? Cuando recordaba la intensa magia de sus primeros encuentros, deseaba borrar todas las duras palabras que habían intercambiado desde entonces. Se sentía como si hubiera perdido algo precioso sin ni siquiera haberlo tenido entre las manos. Cord era un hombre duro, difícil, pero Susan deseaba acercarse a él. Quería conocerlo, conocer sus cambios de humor, sus risas, sus enfados. Penetrar el caparazón con el que se protegía hasta encontrar el corazón de su ternura. Cuando la había besado por primera vez, lo había hecho con una delicada consideración. Pero aquel día... Susan levantó la mano y se la llevó a los labios, todavía ligeramente henchidos por sus besos. No, aquel día no había sido en absoluto delicado. Estaba enfadado y había querido castigarla por intentar proteger a Preston.

De pronto se dio cuenta de que Imogene había seguido el explícito gesto de su mano con ojos conocedores y se sonrojó violentamente.

Imogene se enderezó en su asiento.

-¡Susan! Cord está interesado en ti, ¿no es cierto? ¡Es perfecto! Gracias, a Dios - dijo con fervor.

Susan esperaba encontrarse con una pequeña regañina, no con un ataque de júbilo.

-¿Qué es lo que te parece perfecto? - preguntó confundida.

-¿No te das cuenta? Estás en la mejor posición para averiguar lo que se propone y mantenernos informados. De ese modo podremos contraatacarlo antes de que actúe: ¡Incluso podrías intentar convencerlo para que no se quede aquí !

Susan miró a Imogene estupefacta, incapaz de creer que le estuviera pidiendo una cosa así y que, además, asumiera que estaba dispuesta a hacerla sin protestar siquiera.

Se esforzó por mantener un tono sereno de voz.

- Cord no está interesado en mí. Me ha tratado de la misma manera que os habría tratado a Preston o a ti.

Imogene descartó sus palabras con un rápido movimiento de mano.

- Tonterías - examinó a Susan críticamente -. Eres una mujer encantadora, aunque, por supuesto, no eres el tipo de mujer al que está acostumbrado. Sin embargo, no te resultaría difícil engatusarlo.

-¡Pero yo no quiero engatusarlo!

- Querida, tienes que hacerlo. ¿No te das cuenta de que esa será la única manera de protegernos y de saber lo que está planeando?

Susan se levantó con las piernas temblorosas, era incapaz ya de mantenerse quieta..

- Es imposible – barbotó -. Yo no soy... una mujerzuela. No puedo acostarme con él solo para espiarlo.

Imogene pareció sentirse ofendida.

- Por supuesto que no, pero no te estoy pidiendo que lo hagas. Lo único

que te estoy pidiendo es que intentes hablar con él, que intentes averiguar lo que está planeando. Soy consciente de que eso podría suponerte algunos besos, pero seguramente estarás dispuesta. a dar eso a cambio de nuestra seguridad.

¡Unos cuantos besos! ¿De verdad conocería Imogene tan poco a su sobrino? Susan sacudió la cabeza lentamente.

- No son unos cuantos besos lo que él quiere - dijo con la voz apagada. Y aunque se acostara con él, jamás le confesaría sus secretos. Lo único que quería de ella era pasar un buen rato en la cama, disfrutar de un momentáneo placer.

Imogene no renunciaba fácilmente; tenía un carácter de acero. Permanecía muy tiesa en la silla, con la barbilla alzada con orgullo.

- Entonces te corresponderá a ti mantenerlo bajo control. Ya no eres una adolescente que pueda ser seducida en el asiento trasero de un coche. Puedes intentar engañarlo.

Si Susan hubiera estado menos impresionada, podría haber estallado en carcajadas, pero todavía estaba demasiado asombrada. Miraba a su suegra como si fuera una desconocida. Su suegra le estaba diciendo que se comportara poco menos que como una prostituta y le había dejado completamente helada descubrir que Imogene se preocupaba tan poco por sus sentimientos, por su moralidad. Se suponía que tenía que estar dispuesta a hacer cualquier cosa que ella le pidiera.

- No - negó en voz baja -. No puedo... No quiero hacerlo.

Un fuego helado resplandeció en los ojos de Imogene.

-¿De verdad? ¿Tan poco te importamos Preston y yo que eres capaz de permanecer impasible viendo cómo nos destrozan? No sufriremos nosotros solos, ¿sabes? Tú también padecerás las consecuencias. Si Cord decide denunciarnos, la compañía quedará en bancarrota y tendrás que olvidarte del nivel de vida al que estás acostumbrada. La gente hablará de ti de la misma forma que hablará de nosotros. Todo el mundo pensará que sabías lo del dinero desde el principio.

Susan había visto a Imogene en acción en otras ocasiones y sabía que poca gente podía enfrentarse a ella cuando utilizaba su lengua lacerante y clavaba sobre alguien aquellos duros ojos. La mayor parte de la gente renunciaba sin mostrar la menor intención de resistirse. Vance había tenido el valor de enfrentarse a ella y de hacer las cosas a su modo. Preston era diferente, puesto que rara vez disentía de las opiniones de su madre, aunque era más cariñoso, más humano que ella. Como Imogene no estaba acostumbrada a que nadie la desafiara, tampoco esperaba que nadie la desobedeciera abiertamente. La serena determinación que Susan había mostrado al convertirse en esposa de Vance y posteriormente al hacerse cargo de sus negocios, debería haberle enseñado que su nuera no era como los demás; pero, al parecer, Imogene todavía no estaba preparada para una negativa.

-A pesar de lo que todo el mundo pueda decir, sabré que no he hecho nada malo y para mí eso es lo más importante. Estoy dispuesta a vender todo lo que tengo, pero no fingiré ser una prostituta por ti, y eso es lo que me estás pidiendo que haga. Además, sabes tan bien como yo que Cord no es un hombre que pueda ser controlado por una mujer.

Imogene se levantó, con los labios apretados.

- Esperaba más lealtad por tu parte. Si quieres darnos la espalda en un momento en el que nos encontramos con serios problemas, hazlo, no puedo impedirlo, pero piensa muy seriamente en lo que puedes llegar a perder.

- Sí, el respeto que tengo por mí misma - respondió Susan secamente.

Imogene no salió bruscamente de la casa, sino con una contenida furia. Susan permaneció en la ventana, viéndola marcharse con el pecho lleno de dolor y tristeza. Ella no pretendía dañar la relación que tenía con Imogene. Desde que había conocido a la madre de Vance, había tenido cuidado de cultivar la cercanía con ella, sabiendo lo importantes que eran los lazos de familia en un matrimonio y lo mucho que Vance quería a su madre, a pesar de las reservas de esta. Imogene no era una mujer mala, por muy autoritaria que fuera. Cuando amaba, amaba profundamente y habría luchado hasta la muerte por las cosas que le importaban. Su familia lo era todo para ella; cualquier cosa le habría parecido aceptable para protegerla. Hasta ese momento, Susan había estado arropada por el manto de su protección, pero en ese instante sentía que había sido arrojada de la familia de la misma forma que Cord había sido expulsado años atrás.

¿Se habría sentido él como se sentía ella en ese momento?, se preguntó Susan pasándose las manos por los brazos helados. ¿Se habría sentido perdido, traicionado? ¿Se habría asustado al saber que no contaba con el único apoyo que había tenido desde la infancia? No, no se habría asustado; él no; seguramente habría pensado con frío deleite en su futura venganza.

Cord. De una u otra manera, durante aquellos días todos sus pensamientos volvían siempre a él, como si fuera el centro del mundo. Desde el momento en el que había aparecido en su vida, había invadido sus pensamientos, sus sueños, incluso sus recuerdos. Se había apoderado del sabor de su boca, de su lengua, había dejado grabada la sensación de sus manos sobre su piel. ¡Podría enamorarse de él! Aquel pensamiento tan repentino como salvaje la hizo estremecerse de miedo y emoción. Amar a Cord sería lo más peligroso que había hecho en su vida, pero se sentía incapaz de negar el efecto que aquel hombre tenía sobre ella. Si todavía no era amor, era algo que iba más allá del deseo y la mantenía al borde del caos emocional.

La tensión á la que estaba siendo sometida se reflejaba al día siguiente en su rostro cuando llegó a la oficina, más tarde de lo normal porque no se había quedado dormida hasta el amanecer.

Le dio los buenos días a Beryl, se dirigió directamente a su despacho y cerró la puerta, esperando sumergirse en los informes que no había terminado el día anterior por culpa de las prisas por ir a ver a Cord. Un esfuerzo inútil, pensó con dolor. Apartó decidida aquellos pensamientos de su mente y tomó el primer informe, que tuvo que dejar nuevamente en su lugar cuando alguien llamó bruscamente a la puerta.

Sin esperar respuesta, Preston entró, se sentó frente a ella y la miró con abierta curiosidad.

-¿Qué le dijiste a mi madre? - le preguntó con cierto placer -. No la había visto tan enfadada desde hacía años.

Susan advirtió la sonrisa que bailaba en sus labios y, contra su propia voluntad, se descubrió a sí misma sonriendo. Preston tenía un travieso sentido del humor que rara vez se permitía sacar a la superficie. Pero cuando lo hacía, sus ojos brillaban de una manera que a Susan le

recordaba extraordinariamente a Vance.

Susan no estaba muy segura de lo que tenía que contarle, si es que realmente tenía algo que decirle. Al final, decidió empezar con un rodeo.

-¿Te ha contado Imogene que Cord rechazó la oferta de mis tierras?

Vance asintió.

- Y me alegro de que lo haya hecho. Sé que habría sido lo más fácil, pero no quiero que pagues unas deudas de las que no eres culpable. Ya lo sabes - se encogió de hombros -. Mi madre no está de acuerdo; ella cree que merecería la pena si de esa forma pudiéramos evitarnos problemas.

Sí, huir del escándalo a cualquier precio. Decidiendo que al decirle la verdad quizá pudiera contar con su apoyo, Susan tomó aire y se abrazó a sí misma.

- Quería que viera a Cord... Que coqueteara con él e intentara averiguar lo que se propone para que pudierais contraatacar. Pero me he negado.

Preston abrió los ojos de par en par para después entrecerrarlos, al comprender el alcance de lo que acababan de decirle. Maldijo suavemente.

- Menos mal. No quiero que tengas ningún trato con él. Mi madre no debería haberte sugerido una cosa así.

- Tu madre haría cualquier cosa para proteger a su familia - repuso Susan para defender a Imogene.

- Decirte que coquetees con Cord es como arrojar un cordero a una jauría de lobos – replicó -. No tendrías una sola oportunidad. ¿Cómo demonios se le habrá ocurrido esa idea?

Un débil rubor tiñó las mejillas de Susan. Desvió la mirada.

- Sabe que me besó...

Preston saltó en la silla.

-¿Que el qué?

- Me besó - repitió con firmeza. ¿Creería Preston que eso era algo de lo que debería avergonzarse?

Se puso pálido y se levantó repentinamente, pasándose nervioso la mano por el pelo.

- Yo pensaba, la noche que apareció, que estaba coqueteando contigo para molestarme. ¿Pero no fue así?

Susan se mordió el labio. Sinceramente, no lo sabía. Su cuerpo 1e decía que el interés de Cord Blackstone no tenía solo que ver con su

apellido, pero a su mente le preocupaba esa cuestión. Los instintos sexuales de un hombre podían despertarse incluso aunque este tuviera otros motivos para seducir a una mujer, así que no podía dejarse confundir por su respuesta física. Sin embargo, Cord había respondido a su mirada desde el principio... Justo cuando en su corazón comenzaba a renacer la esperanza, se vio a sí misma tendiéndole la mano y presentándose como Susan Blackstone. No, Cord sabía desde el primer momento que era una Blackslone, que era la mujer de Vance o de Preston. Miró a Preston con tristeza.

- No lo sé - musitó desolada.

Preston comenzó a pasear nervioso por la habitación.

- Susan, por favor, no quiero que tengas nada más que ver con él. No

vuelvas a verlo, a menos que te veas obligada a hacerlo. No tienes idea del tipo de hombre que es.

- Sí, lo sé - lo interrumpió -. Es un hombre duro y solitario -¿pero cómo podía no serlo? Había construido una dura fachada emocional para protegerse, pero tras ella estaba completamente solo.

Preston la miró con burlona incredulidad.

- Dios mío, ¿cómo puedes ser tan ingenua? ¡Tienes que dejar de ser tan buena con todo el mundo! Hay personas que son malas. Prométeme que no volverás a verlo otra vez y que te protegerás para que no tenga ninguna posibilidad de hacerte daño.

Había muchas posibilidades de que Cord no quisiera verla otra vez, pero, de pronto, Susan comprendió que, si ocurría el milagro de que le diera otra oportunidad, ella la tomaría a manos llenas. Quería estar con él. Quería besarlo, intentar descubrir si lo que sentía por él era, solo la magia del sexo o si habían empezado a germinar las semillas de un amor verdadero. Durante cinco años había estado sufriendo por Vance y, aunque su amor por él jamás desaparecería, nada podía tampoco hacerlo crecer. Vance había quedado para siempre en un lugar de su corazón, pero no lo ocupaba todo. ¡Todavía le quedaba mucho amor que dar! Ella quería amar otra vez, quería casarse otra vez, tener hijos. Quizá Cord no fuera el hombre capaz de conmover su corazón, pero ya sabía que tenía que aceptar aquella oportunidad. Si la dejaba pasar, siempre se preguntaría por lo que podría haber sido.

Miró a Preston a los ojos.

- Eso no puedo prometértelo.

Preston maldijo suavemente. Parecía repentinamente derrotado.

- Durante todos estos años – susurró -, primero fuiste la mujer de Vance y después su viuda. He esperado, sabiendo que continuabas recordando a Vance y que no estabas preparada para salir con nadie más. Maldita sea, ¿por qué tiene que ser Cord? -la última frase fue un duro grito, su pecho estaba lleno de rencor hacia Cord. Le dirigió a Susan una mirada tan dolorosa que a esta se le llenaron los ojos de lágrimas.

Se levantó, incapaz de permanecer sentada mientras Preston le revelaba su más profundo secreto.

- Preston... no lo sabía - susurró.

A Preston también le brillaban los ojos.

- Lo sé. Me he asegurado durante todo este tiempo de que no te enteraras. ¿Qué otra cosa, podía hacer? ¿Intentar robarle la mujer a mi hermano?

- Lo siento... ¡Lo siento! - no podía decir otra cosa. El pasado no podía ser alterado. Quizá, si sus vidas hubieran transcurrido como hasta entonces, algún día podría haber llegado a amar a Preston tal como él deseaba. Pero el rutinario ritmo de su vida había sido alterado desde que había cruzado la pista de baile en los brazos de Cord.

- Lo sé - Preston volvió la cabeza, intentando ocultar la profundidad de su dolor.

Él era un hombre orgulloso y paciente, pero la paciencia no le había servido para nada. Ya solo le quedaba aferrarse al orgullo. Caminó hacia la puerta con los hombros erguidos, pero Susan sabía lo que le estaba

costando y los ojos se le llenaron de lágrimas mientras lo veía. alejarse.

¿Se alegraría Cord de lo ocurrido? ¿De haber herido involuntariamente a Preston? Susan hizo una mueca ante aquel pensamiento. Se aseguraría de no decirle jamás que Preston esperaba algo más de su relación. Nunca le diría a nadie lo que Preston le había confesado aquel día.

## Cinco

Para el viernes, el torbellino emocional en el que estaba envuelta ya había empezado a tener efectos; el precio que había tenido que pagar era evidente en su delgadez y en la fragilidad que había adquirido su rostro. Ella e Imogene habían vuelto a hablar por teléfono, pero su conversación había sido fría y breve. Imogene se había limitado a preguntarle si quería asistir a la cena que celebraba Atldrey Gregg el viernes, con fines benéficos. Ella tenía otro compromiso anterior y quería que asistiera Susan, puesto que Audrey era una buena amiga. Susan se había mostrado de acuerdo, a pesar de las pocas ganas que tenía de acudir a una fiesta. Afortunadamente, no sería un acontecimiento demasiado formal. A Audrey Gregg le gustaba mantener entretenidos a sus invitados; de modo que bailarían, habría un generoso bufé en vez de mesas, y probablemente actuaría alguna orquesta de Nueva Orleans.

La primavera volvía a tentarlos con un tiempo maravilloso, aunque el día anterior todavía había hecho frío. La temperatura había alcanzado ya los veinte grados y aquella prometía ser una agradable noche. Con aquella perspectiva en mente, Susan se puso una falda ligera en tonos lavanda y azul y un corpiño que marcaba la línea de sus senos. Estaba demasiado cansada y deprimida para preocuparse por su pelo, de modo que se limitó á peinárselo hacia atrás y a sujetárselo con dos horquillas. El sol estaba ofreciendo un crepúsculo maravilloso, plagado de tonos, cuando conducía hacia la casa de Audrey y la belleza de la naturaleza consiguió levantarle el ánimo. ¿Cómo podía continuar frunciendo el ceño ante un espectáculo tan maravilloso?

Pero su buen humor solo duró hasta que miró hacia la multitud que se agrupaba en casa de Audrey y distinguió a Cord bailando con Cheryl Warren. ¡ Cheryl otra vez! Aunque Cheryl era una persona amable, Susan sintió el desagradable aguijón de los celos. Era solo que Cheryl era tan... tan sexy. Era alta, delgada y se movía con la gracia de una bailarina. El maquillaje era quizá un poco exagerado, pero tenía que reconocer que la favorecía.

Comparada con Cheryl, Susan se sintió insignificante. Su peinado le pareció infantil, su maquillaje aburrido y su vestimenta demasiado vulgar. Se enfadó consigo misma por sentirse así, sabía que aquella ropa le sentaba bien. El problema era Cord, que la hacía sentirse terriblemente insegura de sí misma y de lo que deseaba. Aunque, en realidad, sabía perfectamente lo que quena: quería a Cord. Pero no podía tenerlo. El no era el hombre adecuado para ella y, además, no la quería.

De pronto, apareció Preston a su lado. La tomó del codo y la guió hasta el bufé. Con un intenso dolor, Susan se dio cuenta de que en circunstancias normales habría acudido a la fiesta con él. En aquella ocasión, no le había pedido que fueran juntos. Cord había conseguido echar por tierra una

amistad de la que Susan había dependido durante mucho tiempo.

Preston la miró preocupado.

- Relájate un poco - le aconsejó -. Estás muy nerviosa.

- Lo sé - suspiró mientras observaba a Preston llenando los platos de comida. Cuando tuvo los dos platos llenos en la mano, señaló un grupo de sillas vacías y hacia allí se dirigieron, después de que Susan llenara dos copas de ponche.

Preston la miró mientras ella mordisqueaba un camarón.

- Estás muy guapa esta noche - le dijo con la honestidad de un amigo- Pero parece que estés a punto de romperte en mil pedazos, algo que no es propio de ti.

- Lo sé. Y no sabes cuánto me gustaría poder relajarme. Pero, bueno, por lo menos Imogene ha vuelto a hablarme.

Preston sonrió.

- Sabía que lo haría. Cariño, si estás tan tensa, ¿por qué no te tomas unas vacaciones? Olvídate de todo y aléjate una temporada de todos nosotros.

- No puedo hacer eso. No puedo dejarte sin saber si...

- Lo sé - Preston cubrió su mano con la suya y- se la apretó suavemente antes de retirarla -. Pero yo me estoy ocupando de todo, así que no te preocupes tanto. Dentro de una semana o dos, habré conseguido el dinero para reponer lo que le debemos a Cord.

Susan se mordió el labio. Sabía que tendría que vender muchas de sus propiedades para poder conseguir tan rápidamente ese dinero y se sentía culpable al no poder ayudar.

Haciendo uso de toda su fuerza de voluntad, consiguió mantener la mirada lejos de Cord durante un buen rato, pero, de alguna manera, sabía que estaba allí. Había dejado ya de bailar y Susan estaba sorprendida por la cantidad de personas que hablaban con él, a pesar de los recelos que continuaba despertando. ¿Por qué estaría allí? Susan no podía imaginar los. motivos por los que Audrey Gregg podría haberlo invitado, de modo que seguramente habría ido como acompañante de Cheryl. ¿Estaría viéndola a menudo?

Durante un rato, Cord se quedó solo en una esquina, bebiendo lentamente una copa, con una expresión indescifrable. Siempre estaba solo, pensó Susan. Incluso cuando había alguien hablando con él, había algo en Cord que le hacía parecer aislado, como si estuviera rodeado por una barrera invisible.

Pero observarlo la ponía nerviosa, de modo que, para distraerse, comenzó a hablar otra vez con Preston, decidida a mantener la mirada apartada de Cord. Eran tan amigos que la conversación fluía sin dificultad, pero de pronto Preston desvió la mirada y adoptó una expresión fría y alerta.

- Ahora sí que se va a montar. Grant Keller está acercándose a Cord.

Susan se volvió y se quedó boquiabierta ante la hostilidad de la escena. Grant Keller era la viva imagen de la agresividad. Se dirigió a Cord con los puños apretados mientras decía algo ininteligible. Su atractivo y aristocrático rostro era una mezcla de furia y odio. Cord, por su parte, lo miraba con expresión fría y aburrida, pero había en sus ojos un fuego que

advirtió a Susan de que estaba a punto de perder la paciencia.

Susan contuvo la respiración. Jamás Cord le había parecido tan terriblemente solo, acompañado únicamente de su natural orgullo y arrogancia. El corazón se le desgarraba y se sentía a punto de ahogarse. Cord era un guerrero que moriría antes de salir huyendo: Oh, Dios, ¿es que nadie se daba cuenta de que solo el dolor podía llevar a un hombre a aquella soledad? ¡ Cord ya había sido suficientemente herido! Por el rabillo del ojo, vio a Mary Keller mirando a su marido con tristeza y dolor.

De pronto, Susan sintió una cólera incontenible. La fuerza de aquel sentimiento ahogó la depresión y el cansancio. Aquel escándalo ya había provocado suficiente dolor y, en ese momento, otra mujer iba a sufrir también por el pasado. Tener que ver a su marido intentando iniciar una pelea por una mujer que no era ella no debía de ser nada agradable. Y Cord... ¿qué podía estar sintiendo Cord? Aquella aventura de juventud lo había obligado a alejarse de su familia y desde entonces la vida le había enseñado que solo contaba consigo mismo para salir adelante. Grant Keller era el marido engañado, eso era cierto, pero no había sido el único que había sufrido. Ya había llegado el momento de que todo aquello terminara y ella iba a contribuir a ponerle fin.

La gente que no había visto nunca a Susan Blackstone enfadada la miraba estupefacta mientras ella cruzaba con paso decidido la habitación. Sus ojos habían adquirido la violencia de un cielo de tormenta y tenía las mejillas sonrojadas mientras caminaba hacia aquellos dos hombres y se interponía entre ellos.

- Grant -dijo con una dulzura desmentida por el fuego de sus ojos -, me gustaría hablar contigo. A solas.

Grant la miró sorprendido.

-¿Qué?

Cord había colocado las manos en la cintura de Susan y estaba apartándola hacia un lado. Susan alzó la mirada y le sonrió por encima del hombro.

- No te atrevas... - dijo, con voz igualmente dulce. Miró de nuevo a Grant -. Grant, vamos al jardín - y sin más, lo agarró del brazo y lo sacó de la habitación.

-¿Estás loco? - le preguntó con un fiero susurro en cuanto ya no podían oírlos -. ¡Ya ha sufrido demasiada gente por culpa de ese escándalo! Aquello terminó. Ya pasó todo y todos los involucrados pagaron por ello. ¡Olvídalo !

- No puedo - respondió Grant con idéntica fiereza -. Me arde en la cabeza. Entré en mi propia casa y descubrí a mi esposa en la cama con él. ¿No crees que debería haberse sentido avergonzado? Pues no, me fulminó con la mirada como si ella fuera su esposa y yo no tuviera ningún derecho a estar allí.

Sí, sonaba muy propio de Cord, capaz de retar con la mirada al mismísimo diablo.

- Quizá tengas malos recuerdos, pero supongo que tendrás que aprender a manejarlos. ¿Todavía estás enamorado de tu primera esposa? ¿Es eso? ¿Quieres que vuelva contigo? ¡Estás casado con Mary! ¿Has pensado en algún momento en ella? ¿Has pensado en cómo debe de haberse sentido al verte pelearte por culpa de otra mujer? ¿Por qué no vuelves con

ella y le das una bofetada? Estoy segura de que no le causaría más dolor del que ya ha tenido que sufrir.

Grant palideció. Clavó la mirada en Susan y se secó la frente con un gesto nervioso.

- Dios mío. No había pensado en ella farfulló.

Susan le clavó el dedo índice en el pecho.

- Ese asunto pertenece al pasado. No quiero volver a oír hablar de ello. Si alguien... cualquiera, quiere pelearse con Cord por algo que sucedió hace catorce años, tendrá que vérselas conmigo. Y ahora, vuelve con tu esposa e intenta arreglar lo que has hecho.

- Susan -Grant se interrumpió y miró su rostro furioso como si no la hubiera visto en toda su vida -. Yo no pretendía...

- Lo sé - respondió ella -. Y ahora ve - lo empujó suavemente y él tomó aire, preparándose para enfrentarse a una esposa que tenía todo el derecho del mundo a sentirse herida, humillada y enfadada.

Susan permaneció donde estaba, tomando aire para recuperar la calma e intentando eliminar la adrenalina que aquel amago de pelea había liberado en su cuerpo.

- Esa es una mala costumbre - al oír aquella voz grave tras ella, se volvió lentamente y descubrió a Cord entre las sombras.

Se estremeció bruscamente, abandonada ya de la protección que le proporcionaba el enfado. Rápidamente, dirigió una mirada hacia la gente que se veía por, las puertas del jardín. La pista dé baile estaba otra vez llena. Afortunadamente, Susan había intervenido antes de que ocurriera nada grave, de modo que no habría demasiados rumores.

- Todos saben que estamos aquí, pero nadie va a venir - dijo con cinismo -. Ni siquiera Preston, que todavía no ha salido de su asombro - le acarició la mejilla con un dedo que deslizó después hasta el cuello -. ¿Tu madre no te enseñó que es peligroso interponerse entre dos animales a punto de pelear?

Susan se estremeció otra vez y, cuando intentó hablar, descubrió que la voz no le respondía. Estaba ronca, y muy tensa.

- Sabía que no me harías daño.

Cord volvió a acariciarla con aquella enervante lentitud. Susan lo miraba fijamente, viendo sus labios moverse mientras hablaba, pero su atención estaba tan absorta en sus caricias que las palabras habían perdido todo el sentido. Tragó saliva, se humedeció los labios- y susurró:

- Lo siento, lo que...

Cord curvó los labios en algo similar a una sonrisa.

- Creo que estarías mucho más a salvo si no confiaras en mí. No sé qué hacer contigo, cariño.

-¿Qué quieres decir? -¿por qué no sonaría más fuerte su voz? ¿Por qué no era capaz de emitir nada más que un ronco susurro?

Cord deslizó el dedo por su. hombro, acariciándola de una forma que hizo latir su corazón de forma desbocada.

- No soy capaz de decidir de qué lado estás - murmuró Cord, mirando la forma en la que los senos de Susan subían y bajaban en su intento por controlar la respiración -. O eres la mejor actriz del mundo, o eres tan

inocente que deberías estar encerrada para mantenerte a salvo - de pronto, la miró con una intensidad que la sorprendió -. No vuelvas a interponerte en una pelea delante de mí. Si Grant te hubiera hecho algún daño, lo habría matado.

Susan abrió la boca para decir algo, pero cualquier cosa que tuviera en mente murió en el momento en el que Cord hundió la mano bajo el corpiño para acariciarle un pezón. Con una caricia lenta y decidida, Cord colocó la, mano sobre su seno. Miró el rostro suave y apasionado de Susan y, de pronto, se descubrió preguntándose si tendría el mismo aspecto cuando Preston la tocaba. Porque, o era la mujer más sensual que había conocido en toda su vida, o era una impostora. Al pensar en Preston, apartó la mano, dejándola totalmente desconcertada.

- Será mejor que entres - susurró. Se volvió y desapareció engullido por las sombras del jardín. Susan no se había sentido más sola y abandonada desde la muerte de Vance.

Su cuerpo ardía después de aquellas caricias, pero estaba temblando como si estuviera helada. Era como tener fiebre, pensó, sentía frío y calor al mismo tiempo. Cord era una fiebre que la consumía y comprendió, completamente horrorizada, que no tenía ningún tipo de control sobre lo que sentía hacia él. Pese a su voluntad, aquel hombre le importaba, lo deseaba. Estaba jugando a la ruleta rusa con sus sentimientos, pero ya era demasiado tarde para detenerse.

Cuando volvió a unirse a la fiesta. Preston se acercó corriendo hacia ella y la tomó delicadamente del brazo.

-¿Estás bien? - le preguntó con tierna preocupación. Y en sus ojos Susan vio el amor que su cuñado no era capaz de esconder.

- Sí, estoy bien.

- Grant y Mary se han ido a casa. ¿Qué le has dicho a Grant? Parecía muy afectado cuando ha entrado y se ha dirigido directamente a Mary.

Susan sacudió la cabeza, sonriendo.

- Realmente nada, solo he intentado tranquilizarlo.

La mirada de Preston indicaba que no la creía, pero le besó la frente a modo de tributo. Cuando Susan miró a su alrededor, vio a Cord en el otro extremo de la habitación, mirándola con una expresión tan fría como indescifrable y un intenso dolor invadió su corazón. Cord jamás confiaría en ella, pensó desolada.

Audrey Gregg encontró la oportunidad de agradecerle que hubiera evitado una escena. Susan aprovechó el momento para despedirse y dirigirse a su casa, donde se dejó caer agotada en la cama. Diez minutos después, al ver que era incapaz de dormirse, se levantó y estuvo paseando nerviosa por la casa. Al final, encendió la televisión y estuvo viendo una antigua comedia de Jerry Lewis y Dean Martin. Estaba ya concentrada en la película y empezando a reírse de sí misma cuando sonó el timbre. Frunció el ceño y miró el reloj. Eran casi las doce.

-¿Quién es? - preguntó a través de la puerta.

-Cord.

Susan abrió la puerta rápidamente. Cord se enderezó, pues estaba apoyado en el marco, y entró. Susan clavó la mirada en la botella de whisky que llevaba en, la mano. Estaba medio vacía.

-¿Estás borracho? - le preguntó con recelo.

- Más o menos - sonrió y se llevó la botella a la boca -. Es difícil emborracharme, pero el champán a veces lo consigue. Ahora estaba intentando rematarlo con esto.

-¿Y para qué quieres emborracharte? - Cord caminaba hacia el salón y Susan lo siguió automáticamente. Si realmente estaba borracho, no lo parecía. Caminaba con paso firme y hablaba claramente. Se sentó en el sofá y estiró las piernas con un largo suspiro. Susan se acercó al televisor y lo apagó en medio de un batacazo de Jerry Lewis.

Susan repitió entonces la pregunta.

-¿Para qué quieres emborracharte?

- Creo que es lo mejor que puedo hacer. Es una especie de tributo al pasado - volvió a beber y dejó la botella en la mesa -. ¿Por qué has tenido que interponerte entre nosotros? Quería pegarle. Dios mío, ¡qué ganas tenía de pegarle!

-¿Otro tributo al pasado?

-A Judith - la corrigió con una ligera sonrisa -. ¿Sabes lo que él dijo? Se acercó a mí y me dijo: «así que esa pequeña prostituta tampoco se quedó contigo». Debería haberle roto el cuello allí mismo.

Susan no había oído hasta entonces el nombre, pero comprendió que Judith era la primera esposa de Grant, la mujer que había sido descubierta en la cama con Cord. Se sentó a su lado, cubriéndose las piernas con la bata y esperó. A menudo, la gente le contaba cosas que nunca había contado a nadie, sin comprender realmente qué era lo que en ella inspiraba tanta confianza. Susan tampoco terminaba de comprenderlo, lo único que sabía era que realmente le gustaba escuchar a los demás.

Cord echó la cabeza hacia atrás y dejó caer suavemente los párpados.

- Ella era puro fuego - dijo suavemente -. La pareja menos adecuada para Grant Keller. Era pelirroja, con los ojos verdes como los de un gato. Resplandecía. Le gustaba reír, bailar y divertirse, hacer todas las cosas de las que Grant era incapaz de disfrutar. Grant no era un tipo capaz de pasarse toda una noche nadando desnudo o bailando por las calles. Pero, por lo que yo sé, le era completamente fiel - se quedó en completo silencio, pensando en el pasado.

Algunos. segundos después, Susan comentó:

- Hasta que apareciste tú.

Cord le dirigió una mirada cargada de dolor y culpabilidad.

- Hasta que me conoció a mí, sí - contestó precipitadamente. Con un hábil movimiento, tomó la botella y se la llevó a la boca. Susan miró fascinada los lentos movimientos de su garganta. Cuando Cord dejó la botella en la mesa, estaba ya prácticamente vacía y él tenía un aspecto casi salvaje.

- No había suficiente.

Susan lo miró con recelo, preguntándose si sería capaz de decir lo mismo cuando su cuerpo comenzara a absorber la cantidad de alcohol que había consumido.

- Teníamos una aventura desde un año antes de ser descubiertos - dijo con voz tensa -. Yo le pedía una y otra vez que se divorciara de Grant, pero

por debajo de su apariencia, Judith era terriblemente convencional. Su reputación significaba mucho para ella y adoraba a sus hijos. No quería romper aquellos vínculos. Pero cuando Grant nos descubrió juntos, no le quedó otro remedio. Entonces la crucificaron - se levantó del sofá y comenzó a caminar nervioso por la habitación. Lo que Susan vio en su rostro la aterró -. No le quedó un solo amigo. Sus propios hijos dejaron de hablarle cuando Grant la echó de casa. Mi queridísima tía Imogene fue la encargada de promover su aislamiento. Preston no sabe que sé lo que hizo, porque se aseguró de no estar en el grupo, pero él organizó una escena repugnante. Un grupo de adolescentes rodeó a Judith una tarde en el aparcamiento de los grandes almacenes y la insultaban llamándola «la prostituta de Blackstone». Parece casi victoriano, ¿verdad? Yo atrapé a uno de esos chicos una noche y conseguí que me dijera cómo había ocurrido todo. Después fui por Preston, pero había desaparecido y fui incapaz de encontrarlo.

¡Aquella era la razón por la que odiaba tanto a Preston! Susan podía comprender su amargura, pero aun así lo miró preocupada. ¿No se daba cuenta de que a menudo la venganza era tan cruel con el vengador como con sus víctimas?

Cord apretaba los puños con fuerza y sus labios se habían endurecido. Asustada, Susan se levantó, se acercó a él y le tomó las manos. Cord se había desatado la corbata y desabrochado el primer botón de la camisa, revelando el vello que cubría su pecho. Los ojos de Susan estaban al mismo nivel que aquellos aterciopelados rizos y, por un instante, permaneció absorta, con la mirada clavada en ellos. Pero, casi inmediatamente, interrumpió el peligroso curso que estaban tomando sus pensamientos y alzó la mirada.

-¿Dónde está ahora Judith? - preguntó, imaginándola perdida en algún bar, bebiendo desesperada.

- Está muerta - su voz se suavizó, era casi delicada, como si hubiera puesto cierta distancia entre él y sus recuerdos -. Mi esposa está muerta y ese bastardo la ha llamado prostituta.

Susan tomó aire; impresionada por lo que acababa de decirle. ¡Su esposa!

-¿Qué ocurrió?

- Consiguieron destrozarla entrelazaba los dedos con los de Susan con tanta fuerza que casi le dolía -. Nos casamos en cuanto consiguió el divorcio, pero jamás volvió a ser la Judith de antes, nunca reía, ni bailaba como la mujer a la que yo tanto quería. Yo no era suficiente para reemplazar a sus hijos, a sus amigos, y poco a poco se fue consumiendo.

- Ella te amaba, arriesgó por ti todo lo que tenía - dijo Susan con dolor.

- Sí, me amaba. Pero no era capaz de vivir sin arrepentimientos, el dolor la devoraba. Sufrió una neumonía y no quiso luchar contra ella. Renunció, dejó que se la llevara. ¿Y quieres saber algo? - casi gruñó -. Yo no la amaba. No podía amarla. Había cambiado y ya no era como la mujer de la que yo me había enamorado, pero me quedé a su lado porque había renunciado a todo por mí. Maldita sea, ¡ se merecía mucho más que eso! Dios mío, Susan, yo también soy culpable de lo que le ocurrió a Judith.

En sus ojos brillaba un fuego salvaje y Susan comprendió que, aunque todavía no había sido capaz de llorar por la muerte de su esposa, estaba a punto de derrumbarse ante ella. Consiguió desprenderse de sus manos, que

la sujetaban con fuerza, y le enmarcó el rostro. Sus manos frías, suaves, fueron como una bendición para el acalorado semblante de Cord. Maldijo en un susurro y ella lo acarició suavemente. Cord cerró los ojos ante aquel contacto.

- Era una mujer adulta y tomó una decisión en el momento de iniciar una aventura contigo – señaló Susan suavemente -. La tensión fue excesiva para ella, pero no creo que seas más culpable que ella, de lo ocurrido - quería aliviar su pena, hacer cualquier cosa para que desapareciera el dolor de su rostro.. Dios santo, ¡no era más que un niño cuando había ocurrido todo aquello !

Cord posó las manos sobre las suyas e inclinó la cabeza para besarle la mano. Después suspiró y abrió los ojos..

- Eres una mujer peligrosa - susurró con voz somnolienta -. No pretendía contarte todo esto.

Al mirarlo, Susan vio que el efecto del whisky estaba en pleno apogeo. Con mucho cuidado, le hizo sentarse en el sofá. Por un momento, permaneció indecisa, pero inmediatamente se le ocurrió algo: Cord no estaba en condiciones de conducir, así que tendría que pasar allí la noche. Se agachó y comenzó a desatarle los zapatos.

-¿Qué estás haciendo? - farfulló Cord, con los ojos cada vez más cerrados.

- Quitarte los zapatos. Creo que será mejor que te quedes aquí esta noche, no quiero que te arriesgues a ir a casa en coche.

Una débil sonrisa asomó a sus labios.

-¿Y qué dirá la gente? - se burló. Cerró los ojos y volvió a suspirar, con sorprendente placidez.

Susan se encogió de hombros. No era capaz de imaginar lo que la gente podía llegar a decir, pero sabía que no tenía otra opción. Cord estaba emocional y físicamente agotado, además de borracho, y no iba a poner en riesgo su vida por culpa de los rumores. Terminó de quitarle los zapatos y le colocó las piernas en el sofá.

Cord gruñó mientras se colocaba en el sillón, dejando caer una pierna a un lado. Casi inmediatamente, se quedó dormido como un niño.

Susan sacudió la cabeza, incapaz de reprimir una sonrisa. Subió al piso de arriba, buscó una almohada y una- manta y bajó a ponérselas. Cord no se despertó ni siquiera cuando le colocó la almohada debajo de la cabeza.

Una vez sola en su cama, Susan fue consciente del sentimiento de satisfacción que le causaba saber que dormían bajo el mismo techo. El calor que se extendía por su cuerpo le decía que quería de él algo más que su presencia; quería la plenitud de su amor. Quería todo de él, cada uno de sus sueños, cada uno de sus deseos. Quería acercarse a él para consolarlo y ayudarlo a olvidar el pasado. Y saber que Cord estaba demasiado solo para permitir que alguien se acercara a él, avivaba todavía más sus sentimientos. Qué extraño era todo. Cuando por fin volvía a enamorarse de alguien, lo hacía de una persona completamente distinta que ella.

Pero Vance también era diferente. Vance parecía un hombre conformista, pero ella siempre había sabido que podría haber llegado a ser un hombre duro y peligroso si cualquiera hubiera amenazado lo que amaba. Con Vance se sentía protegida y amada porque sabía que Vance se habría

interpuesto entre ella y cualquier cosa que pudiera hacerle daño sin importarle el precio que él mismo tuviera que pagar.

Y ella amaba a Cord de la misma forma, pensó, abriendo los ojos de par en par en medio de la habitación. Supo entonces con una certeza absoluta que habría hecho cualquier cosa para evitar que Grant Keller golpeara a Cord. Ella no tenía miedo por Cord, era perfectamente capaz de cuidar de sí mismo. Sencillamente, no soportaba la idea de que tuviera que sufrir. Preferiría que le dieran a ella un puñetazo a que alguien le pusiera la mano encima a Cord.

Se quedó dormida rápidamente y, antes de que sonara el despertador, se despertó. El sol entraba ya por la ventana, anunciando un magnífico día de primavera. Canturreando, se duchó y se puso un vestido veraniego de brillantes colores, que reflejaba su propio humor. Sin dejar de cantar, se asomó al salón, donde Cord continuaba durmiendo. Estaba boca abajo y de espaldas a ella, de modo que solo podía ver su pelo. Cerró la puerta lentamente y fue a la cocina.

Emily ya estaba allí, haciendo el desayuno. Cuando Susan entró, alzó la mirada hacia ella con una sonrisa.

-¿Quién es tu invitado?

- Cord Blackstone - contestó Susan, devolviéndole la sonrisa y sirviéndose una taza de café recién hecho. Mientras el café se enfriaba, llevó los platos y los cubiertos a la mesa.

- Cord Blackstone - musitó Emily con la mirada enternecida -. Dios mío, hace mucho tiempo que no veo a ese chico. Pasó muchas noches en mi casa cuando era más joven.

- Anoche se emborrachó - le explicó Susan mientras terminaba de poner la mesa.

- No recuerdo que bebiera mucho aunque por supuesto, desde entonces ha pasado mucho tiempo. No voy a decir que no tocara el alcohol, pero no parecía afectarlo. Mi hijo estaba ya mareado y Cord podía continuar sin inmutarse.

Después de servir otra taza de café, Susan la llevó al salón, la dejó en la mesa y se arrodilló al lado del sofá. Colocó la mano sobre el hombro de Cord, sintiendo el calor de sus músculos bajo la manta.

- Cord, despierta.

No tuvo que volver a tocarlo. Al sentir su mano y su voz, Cord dio media vuelta y abrió los ojos. Sonrió, bostezó y estiró los brazos.

- Buenos días.

- Buenos días - contestó ella -. ¿Te apetece una taza de café?

- Umm - respondió él. Se sentó y se pasó las manos por el pelo. Bostezó otra vez, tomó la taza y se la llevó lentamente a los labios. Cerró entonces los ojos mientras la cafeína le llegaba al estómago -. ¡Mmm, qué delicia! ¿Es a beicon a lo que huele?

- Si crees que puedes comer…

Cord sonrió de oreja a oreja.

- Ya te lo dije, yo nunca tengo resaca.

Susan no pudo evitar una carcajada.

- Sí, pero también me dijiste que nunca te emborrachabas y te quedaste

aquí dormido como un gatito.

Cord alargó la mano y tomó la suya.

- Eso depende de la compañía - terminó el café y dejó la taza en la mesa. Después volvió a tumbarse y cerró los ojos sin soltarle la mano. Susan lo sacudió por el hombro;

- No vuelvas a dormirte. ¡Es la hora de desayunar!

Sin abrir los ojos, Cord tiró de ella y Susan se encontró a sí misma tumbada a su lado en el sofá. Abrió los ojos de par en par e intentó bajarse la falda, pero sus esfuerzos fueron inútiles, porque sus pies se habían enredado con la manta y ni siquiera era capaz de estirar las piernas.

Cord tomó aire y le pasó la mano por el pelo.

- Preferiría desayunarte a ti - murmuró con voz ronca, mientras le alzaba la cabeza lentamente para encontrar sus labios.

Susan se estremeció, entreabrió los labios y su boca se llenó del sabor a café de Cord. Cord deslizó perezosamente la lengua por su boca y exploró los bordes de sus dientes, la suavidad de sus labios y la aterciopelada textura de su lengua. Hundió la mano en su pelo y bajó después por su espalda, lenta e inexorablemente.

Susan se olvidó del desayuno. Le rodeó el cuello con los brazos y hundió las manos en su pelo, perdida por completo en aquel beso. Era tan dulce, tan bueno... Era todo lo que podía pedirle a la vida: estar entre sus brazos. Sentía las manos de Cord en su cuerpo, aquellas manos .experimentadas y serenas que dibujaban en aquel momento su cintura y se encaminaban ya hacia las caderas. Cord se apoderó de su trasero, posando ambas manos sobre las suaves y redondeadas montañas. La cruda sexualidad de su gesto envolvió a Susan en una nube de intenso placer. A esas alturas, ya era incapaz de controlar las chispas de deseo que encendían su cuerpo. Era una mujer, y Cord sabía exactamente qué hacer con el cuerpo de una mujer. Con un rápido movimiento, le levantó la falda y ascendió poco a poco hasta sus bragas, para hundir en ellas las manos.

Susan gimió en voz alta y el sonido se ahogó en los labios de Cord. Este comenzó a mordisquearle delicadamente el labio, la barbilla y el sensible lóbulo de la oreja. Susan sentía que le faltaba aire en los pulmones y el corazón había escapado a su control. Sentir a Cord tan cerca de ella la estaba volviendo loca, quería fundirse con él, aliviar para siempre su deseo. Quería darle todo, cada parte de ella,. mezclar la suavidad de su cuerpo con su dureza.

-¡Dos minutos ! - gritó Emily desde la cocina.

Susan oyó las palabras, pero no tenían ningún sentido para ella. Cord gimió, la estrechó con fuerza contra él y apartó las manos de sus excitantes curvas.

- Pensaba que esos anuncios solo los hacían en el fútbol - gruñó.

Susan se sentó, aturdida y frustrada, preguntándose por qué sus caricias tenían que tener un efecto tan intenso sobre ella. Cord miró su rostro, tan vulnerable y lleno de pasión, y tuvo que hacer un esfuerzo casi sobrehumano para no besarla otra vez.

Susan intentó recobrar la calma, se levantó y consiguió mantener la voz firme mientras decía:

- Supongo que querrás asearte antes de desayunar - le indicó dónde

estaba el baño -. Cuando termines, ven directamente a la cocina.

Pero a pesar de su aparente serenidad, minutos después de estar en la cocina todavía estaba intentando ordenar sus pensamientos. Tras cinco años de soledad, iba a desayunar con un hombre. ¡Y no solo un hombre! Iba a compartir la primera comida del día con un hombre que no admitía comparación con todos los que hasta entonces había conocido. Un estremecimiento de deseo atravesó su cuerpo y se sonrojó al pensar en lo que habría sido capaz de dejarle hacer a minutos antes. Murmurando como excusa que iba a buscar la taza de café que se había dejado en el salón, aprovechó aquellos momentos de soledad para recuperarse.

Había vuelto ya con la taza y estaba llenándola nuevamente de café para dejarla en la mesa, cuando Cord apareció en el marco de la puerta. Desprendía tal fuerza y vitalidad que, por un instante, Susan no fue capaz de hacer otra cosa que mirarlo indefensa.

Emily se volvió para recibirlo con las mejillas sonrosadas de pura alegría.

- Cord Blackstone, ¡estás más guapo que nunca!

Cord escrutó su rostro durante unas décimas de segundo y, casi al instante, una sonrisa iluminó su rostro.

-¡Señora Ferris ! - sin pausa alguna, entró en la cocina, la abrazó con fuerza y le plantó un sonoro beso en la mejilla.

Emily rió y le palmeó las mejillas.

-¡Menuda barba! Pareces un delincuente cualquiera. Siéntate. Espero que todavía te gusten los huevos revueltos.

- Sí, señora - contestó.

Su educación sureña no le permitía dirigirse a ella de otra manera. Esperó a que Susan y Emily se sentaran antes de tomar asiento. Sus largas piernas apenas cabían debajo de la mesa, pero a Susan no le importaba en absoluto que sus rodillas se rozaran. Su presencia en la mesa del desayuno le parecía tan natural como si estuviera allí todos los días. Y el sol brillaba para ella después de haber dejado de hacerlo durante cinco años. Advertía que Emily la miraba de reojo, pero era incapaz de contener su radiante sonrisa.

Además, no era ella la única que sonreía. Emily cloqueaba alrededor de Cord, hablaba, lo agasajaba... Y él comía con una expresión de placer que le decía a Susan que había pasado mucho tiempo desde la última vez que había conocido el delicado placer de ser mimado con aquellos pequeños detalles. Susan no habló mucho, se limitó a disfrutar de la conversación. Se enteró así de que Cord y el hijo mayor de Emily habían sido amigos inseparables en la adolescencia y de que Cord había comido muchas veces en casa de Emily. Emily le puso a Cord al corriente de la vida de Jacke, pero Susan advirtió que Cord no quería contar demasiadas cosas de sí mismo. Su pasado era un libro cerrado.

Odió que el desayuno terminara, pero en pocos minutos la mesa estaba limpia, la cocina ordenada y ya habían dado cuenta de la última taza de café. Susan lo acompañó a la puerta. El corazón le latía de forma lenta y pesada. Aquello era como pasar del sol más brillante hasta la más oscura sombra, pensó. Con Cord no había término medio. Se detuvo en medio del vestíbulo y lo miró con el corazón en los ojos.

Seis

Los ojos de Cord eran dos pozos insondables mientras Susan lo miraba. Sin decir nada, posó la mano en su hombro, como si no pudiera evitar tocarla. Deslizó los dedos por aquella piel satinada antes de ascender hasta su cuello y tomarle la barbilla con la mano. No había dicho una sola palabra, pero tampoco era necesario; el ardiente calor de sus labios le dijo todo lo que Susan necesitaba saber. Con un jadeo silencioso, se fundió contra él, posando las manos sobre su barba.

Cord se limitó a abrazarla y permanecer así, completamente quieto. Susan continuaba acariciando su rostro y emborrachándose del placer de estar acurrucada contra él. Se puso de puntillas para darle un beso en la garganta.

-¿Qué aspecto tienes sin barba? - le preguntó en tono soñador, por ninguna otra razón que por que estaba acariciándole la barba y fue esa la primera frase que se le ocurrió.

Cord se echó a reír.

- Supongo que estoy tal como soy. ¿Por qué? ¿Sientes curiosidad?

- Mmm. ¿Desde cuándo llevas barba?

- Solo desde el verano pasado, aunque el bigote lo llevo ya desde hace unos cuantos años. Estuve una semana sin afeitarme después de haberme hecho un rasguño en la cara con un cuchillo y, cuando volví a afeitarme, me di cuenta del tiempo que perdía haciéndolo, así que decidí conservar la barba.

-¿Y tienes un hoyuelo en la barbilla? ¿La tienes dividida en dos partes? ¿Cómo es?

De pronto, Cord soltó una carcajada y la soltó.

- Compruébalo por ti misma - bromeó, la tomó de la mano y tiró de ella mientras volvía a entrar en la casa y se dirigía a grandes zancadas hacia las escaleras -. ¿Dónde está el baño?

Susan también se echó a reír e intentó detenerlo.

-¿Qué estás haciendo? ¡Vas demasiado rápido! ¡Me voy a caer!

Cord se volvió, la levantó en brazos y la besó con tanta fuerza que casi le hizo daño en los labios. Sujetándola con fuerza contra su pecho, fue abriendo puertas hasta llegar a su dormitorio, una vez allí, la dejó en el suelo y miró la habitación. Era completamente femenina; cortinas de encaje, una colcha de satén de color marfil y el papel de las paredes cubierto de flores diminutas.

-Vance no dormía aquí – comentó -. Esta parece la habitación de una mujer.

Susan tragó saliva, ligeramente sorprendida por su capacidad de percepción.

- Esta era nuestra habitación – admitió -. Pero lo cambié todo cuando él murió. No podía seguir durmiendo aquí si todo continuaba como cuando él estaba vivo, así que cambié los muebles y transformé completamente la habitación. Ni siquiera la alfombra es la misma.

-¿La cama también es diferente? - preguntó, mirándola con los ojos entrecerrados.

Susan se estremeció.

- Sí – susurró -. Todo... El colchón, las sábanas... Todo.

- Bien - aquella palabra fue como un gruñido de satisfacción. Su mirada era tan ardiente que Susan se frotó nerviosa los brazos desnudos. Cord miró a su alrededor y señaló una puerta -. ¿Ese es el baño?

- Sí, pero ¿por qué?

- Porque sí- contestó, agarrándola de la mano y corriendo con ella hacia el baño. Una vez allí, se desabrocho la camisa, se la quitó y se la tendió a Susan. Esta la tomó y, automáticamente, se la colocó en el brazo.

- No irás a hacer una cosa así - comentó incrédula, al darse cuenta de lo que Cord pretendía.

-¿Por qué no? ¿Tienes un recambio para la cuchilla? Y necesitaré también un par de tijeras para empezar.

- Hay un par de tijelitas en ese cajón le señaló -. Cord, espera. Yo no estaba insinuando que tuvieras que afeitarte la barba.

- Volverá a crecer si no te gusta - contestó mientras abría el cajón y sacaba las tijeras-. ¿Por qué no te sientas y disfrutas del espectáculo?

Como no tenía otra cosa que hacer, Susan cerró la tapa del retrete y se sentó, observando fascinada cómo recortaba Cord la barba con las tijeras. Le pidió la cuchilla de afeitar y Susan le indicó dónde estaba. Cord sacó la cuchilla, cambió la hoja, se humedeció la cara con agua caliente y cubrió su rostro de espuma hasta parecer una réplica del mismísimo Santa Claus. Susan hizo una mueca al ver la cuchilla deslizándose por su barba, dejando un suave sendero a su paso.

Cord hacía todo tipo de contorsiones propias de los hombres cuando se afeitaban: estiraba el cuello, inclinaba la cabeza... y Susan continuaba mirándolo hechizada. Sabía ya que era fuerte, pero en ese momento estaba viendo directamente sus músculos. Sus hombros, tan anchos como musculosos, resplandecían bajo la luz del baño y su piel era morena y tan flexible como la de un joven. Con cada uno de sus movimientos, sus músculos se contraían y se extendían en un ballet interminable.

Susan se dio cuenta de que empezaba a cambiar el ritmo de su respiración e hizo un gran esfuerzo por apartar la mirada de su espalda. Con gesto decidido, miró el reflejo del rostro de Cord en el espejo y al verlo tan concentrado sintió un profundo anhelo en su interior. Aquel ceño era tan completamente masculino, y había pasado tanto tiempo desde la última vez que había visto algo parecido... Vance fruncía el ceño de forma idéntica. Durante cinco años de su vida, Susan había vivido perdiéndose algo tan simple como sentarse en el baño a ver cómo se afeitaba su marido; un placer sencillo y cotidiano.

Lentamente, fue bajando la mirada por aquella imagen que le ofrecía el espejo. El pecho de Cord estaba cubierto de rizos negros, con un aspecto tan maravillosamente suave como el que tenía su barba; apretó los puños para combatir la tentación de comprobar por sí misma su textura. Sus pezones eran planos y circulares, pequeños y oscuros, y deseó posar su boca sobre ellos... Los pequeños rizos de su pecho descendían en una sedosa línea por su estómago y desaparecían en la cintura de los pantalones. Cord alzó los brazos y estiró el torso, brindándole una vista perfecta de su ombligo y también de la cicatriz que se iniciaba en su costado izquierdo y que a partir

de allí desaparecía de su vista.

Susan, casi sofocada, no pudo controlar sus manos en aquella ocasión. Estas volaron hacia la cicatriz. Posó su mirada febril sobre él y descubrió las marcas de otras batallas. Había una pequeña cicatriz en su hombro derecho que solo podía proceder de un disparo y Susan tembló de miedo al verla. Otra línea descendía desde el pecho izquierdo hasta el brazo y terminaba debajo del omóplato. Era evidente que Cord no siempre había sabido retirarse a tiempo.

De pronto, advirtió que se había quedado muy quieto. Dejó caer las manos y desvió rápidamente la mirada. Era consciente de la lentitud de sus movimientos mientras se secaba la cara, pero no se atrevía a mirarlo otra vez.

- No me importa que me toques - dijo Cord -. ¿Por qué te has detenido?

Susan tragó saliva.

- Tenía miedo de que pensaras que estaba curioseando. ¡Dios mío! - exclamó sin poder contenerse -. ¿Qué te ha pasado? Todas esas cicatrices...

Cord soltó una risa carente por completo de humor.

- Solo son el recuerdo de una vida dura - respondió crípticamente -. Hace mucho tiempo que fui arrojado del regazo del lujo.

Susan alzó la mirada al advertir la dureza de su tono y, por primera vez desde que había terminado de afeitarse, reparó en su rostro. Y la boca se le volvió a secar.

Jamás había visto a nadie con un aspecto tan duro y frío: Su mandíbula era limpia, perfectamente recortada, y su barbilla reflejaba una firme determinación. El labio inferior era un labio lleno, en el que Susan no se había fijado hasta entonces, y le confería a su rostro una nueva sensualidad. No era el suyo un rostro de un atractivo clásico, pero tenía el semblante de un guerrero, de un hombre dispuesto a luchar por lo que quería, un hombre que se reía del peligro. Hasta entonces, Susan pensaba que era su barba la que lo hacía parecer más siniestro de lo que realmente era, pero en ese momento se daba cuenta de que era todo lo contrario. La barba disimulaba la crudeza de su rostro.

En aquel momento la miraba con expresión burlona, como si fuera consciente de que la barba le había servido de camuflaje. Los años y los kilómetros recorridos se reflejaban en aquel trabajado rostro, pero lejos de sentirse repelida por él, Susan se sentía tan atraída como un animal en medio de la noche por el resplandor de una hoguera. En un momento de desesperación, sabiendo que estaba perdida, se dio cuenta de que era más la tentación cuando mayor era el riesgo. Y ella estaba dispuesta a arriesgar su vida entera para aliarse con él. A cambio de su corazón, estaba dispuesta a dejar de pensar en el pasado y en el futuro. Con un murmullo inarticulado, elevó los brazos hacia él.

Una extraña mirada tensó el rostro de Cord; la levantó en brazos y la llevó al dormitorio. Sin apartarla de sus brazos, la dejó en la cama y se tumbó sobre ella. Su mano derecha estaba justo encima de su pelo, inmovilizándola, y, casi inmediatamente, tomó posesión de su boca. Susan entreabrió los labios dispuesta a responder a las demandas de su lengua. Suspiró suavemente acurrucándose contra él y deslizó las manos por su cuello y sus hombros, presionando al mismo tiempo sus senos contra su duro pecho. Lo besó con pasión y ternura, ofreciéndose a él con una

delicada sencillez. Cord alzó la boca y dijo jadeante:

- Creo que... voy a perder la cabeza por ti – murmuró -. ¿Por qué no puedes ser como esperaba?

Antes de que Susan pudiera preguntarle a qué se refería, antes siquiera de que se le hubiera ocurrido preguntárselo, la boca de Cord estaba nuevamente sobre sus labios y la abrazaba con tanta fuerza que le habría hecho daño si no hubiera estado anestesiada por el deseo. Todo parecía haberse combinado para abrumar sus sentidos. Era consciente, con cada poro de su cuerpo, de la fragancia del nuevo día, de la brisa que entraba por la ventana y del dulce canto de los pájaros que descansaban entre las ramas de los árboles. Y de pronto todo aquello dejó de existir para dar paso a una nueva realidad en la que sólo estaban presentes las caricias de Cord.

Este le desabrochó el vestido, desnudó sus senos y los tomó hambriento, primero con las manos y después con su ardiente boca. Susan gritó mientras sentía vibrar un placer primitivo en cada una de sus células.

Sonó el teléfono de la mesilla de noche. Cord alzó la cabeza y soltó un violento juramento, pero casi al instante continuó besándola, al tiempo que la instaba a abrir las piernas para él. Susan se retorcía contra él, deseando más, mucho más...

-¡Susan, al teléfono!

La voz de Emily llegó amortiguada hasta ellos, sobresaltándolos tanto como lo habría hecho un cubo de agua fría. Susan contuvo un sollozo, incapaz de contestar. ¡No! ¿por qué tenían que llamarla en ese momento?

-¿Susan? - la llamó Emily, elevando la voz.

Susan se mordió el labio y consiguió contestar:

- Sí, ahora me pongo, gracias, Emily - su voz no tenía el timbre de siempre, pero por lo menos Susan quedó satisfecha.

Cord se separó de ella con un suspiro resignado.

- Adelante, contesta - dijo gruñón -. Si no contestas Emily es capaz de subir a ver lo que pasa - levantó el auricular y se lo tendió, dejando el cable sobre su pecho.

Susan se humedeció los labios, tomó aire y dijo:

-¿Diga?

- Hola, querida - era la voz de Imogene-. Quería felicitarle por la rapidez con la que pensaste anoche. Sabía que no nos abandonarías.

Susan frunció el ceño asombrada. Su mente todavía estaba cubierta por la niebla del deseo y le costaba comprender lo que Imogene estaba diciendo. ¿Cómo iba a pensar cuando llegaba hasta ella el aroma de Cord, convertido en el más potente de los afrodisíacos?

- Lo siento, pero no te comprendo. ¿A qué te refieres?

-A tu coqueteo con Cord - respondió ,Imogene con impaciencia -. Recuerda que en esto tienes tanto que perder como nosotros. Engáñalo hasta que averigües todo lo que puedas. El movimiento de anoche fue brillante.

Susan le dirigió una agonizante mirada a Cord, y la sangre se le heló en las venas al ver la gelidez de sus ojos. Era evidente que había oído cada una de las palabras de Imogene. ¿Cómo no iba a oírla, cuando estaba prácticamente encima de él? Una sonrisa fría y cruel curvaba sus labios

mientras le arrebataba delicadamente el auricular.

- Te has precipitado a la hora de las felicitaciones, tía Imogene - ronroneó en tono amenazador -. Esta ha sido una táctica errónea. Deberías haber llamado a Susan cuando la costa estuviera despejada - y con un movimiento deliberadamente lento, dejó el auricular en su lugar y se volvió hacia ella.

La sonrisa de su rostro era mortífera y Susan no pudo hacer nada más que esperar, con la respiración contenida y el corazón al borde del infarto.

- Dios mío, eres adorable - murmuró Cord,sin dejar de sonreír, y deslizó los ojos por sus senos desnudos -. Y estás dispuesta a darme todo lo que quiera, ¿verdad? No me extraña que me dejaras hablar tanto anoche; ¿creías que iba a terminar contándote todo lo que había planeado?

Un suave temblor invadió los miembros de Susan.

- No – susurró -. Necesitabas hablar y yo estaba dispuesta a escucharte.

-¿Estabas dispuesta? - preguntó Cord arrastrando las palabras. Cubrió su seno con una mano -. ¿Tan dispuesta como lo estás para Preston?

Susan intentó apartarse, pero Cord la agarró con fuerza del brazo.

-¡Yo no estoy dispuesta para Preston... salvo como amiga! No estoy disponible sexualmente para nadie - sentía sus mejillas ardiendo de vergüenza e intentó apartarse nuevamente. Un esfuerzo inútil dada la fuerza de Cord.

- Claro que no – ronroneó -. Por eso estás ahora en la cama conmigo. Te has ofrecido a mí, querida, para que disfrutara un poco. Pero la querida tía Imogene lo ha estropeado todo. ¿Y ahora qué vas a hacer?

-¡Yo no soy así! - gritó desesperada, suplicándole con la mirada que la entendiera -. Imogene quería que me acostara contigo para intentar averiguar lo que pretendías hacer, pero yo me negué.

Cord soltó una risa, una carcajada dura e incrédula.

- Sí, realmente parece que te has negado. Pero por una vez en su vida, a Imogene se le ha ocurrido algo que realmente me gustaba. No deberíamos dejar que una simple llamada de teléfono...

-¡No! - colocó los brazos sobre su pecho y lo empujó. Le estaba costando un esfuerzo sobrehumano no echarse a llorar, pero se negaba a dar más muestras de debilidad ante Cord. Pestañeó con fuerza.

-¿Por qué no? Parecía que te estaba gustando estar...

- ¿Siendo utilizada? -lo interrumpió con amargura.

- Cariño, no hace falta ser tan crudo. Iba a decir estar con un hombre otra vez, porque Preston no cuenta como hombre. ¿Qué me dices? Te prometo que, cuando te utilice, no quedarás insatisfecha.

-¡Basta ya! - casi gritó, horrorizada -. Jamás me he acostado con Preston. Y ahora, déjame marcharme.

Cord soltó una carcajada y cuando Susan se creía ya a punto de liberarse, posó la mano sobre su trasero y la estrechó contra él.

- Tranquilízate - le aconsejó, sin dejar de reír -. No voy a hacerte daño. Aunque, caramba, si no dejas de retorcerte contra mí de esta manera voy a cambiar de opinión.

Susan se quedó muy quieta y, tras un largo momento de silencio, dijo

crudamente:

- Por favor, déjame levantarme.

Con un gesto burlón, Cord abrió los brazos y la soltó. Susan se sentó a una prudente distancia de él y se puso el vestido, intentando cubrir rápidamente sus senos. Cord se levantó de la cama, se dirigió al baño y se puso la camisa. Se la abrochó y se subió la cremallera de los pantalones sin inmutarse. Susan permanecía sentada en la cama, demasiado destrozada para hacer algo que no fuera mirarlo completamente aturdida.

- No te pongas tan triste, cariño - le aconsejó Cord burlón -. Probablemente no te habría contado nada. Se acercó a Susan, se inclinó sobre ella y le dio un beso rápido, firme y ligeramente brusco -. Es una pena que Imogene no haya sido capaz de esperar otra media hora antes de llamar - comentó, acariciándole la mejilla con el dedo -. Nos veremos - y tras esta imperturbable despedida, se marchó.

Mucho tiempo después, Susan consiguió levantarse de la cama, pero eso fue todo lo que pudo hacer. Se apoyó contra la pared con los ojos cerrados, mientras intentaba comprender lo que había sucedido. Casi sentía odio hacia Imogene por haberse interpuesto entre ella y Cord, aunque no lo hubiera hecho intencionadamente. No, Imogene no sabía que Cord estaba allí, pues en caso contrario no habría puesto en riesgo su propia estrategia. Simplemente, no podía creer que Susan fuera capaz de negarse a prostituirse por el buen nombre de la familia. Para ella, si Susan tenía algo que hacer con Cord, tenía que ser por motivos ulteriores.

Y le resultaba particularmente doloroso porque Cord por fin parecía haber bajado sus formidables defensas. Sus besos habían ido construyendo un frágil puente de comprensión entre ellos, hasta que Imogene lo había hecho añicos. Durante unas pocas horas, Susan había estado al borde de un éxtasis tan profundo y poderoso, que le costaba creer que algo tan maravilloso hubiera escapado de sus manos.

Una fiera desesperación la envolvía: era una depresión tan intensa que solo podía compararse con lo que había sentido con la muerte de Vance.

Su cerebro tardó casi una hora en volver a funcionar. Con la muerte de Vance, había aprendido que incluso lo más hermoso de la vida podía llegar a desaparecer y también que la muerte era el final. Pero ella estaba viva, y también Cord. ¡Y no podía permitir que se alejara de aquella forma de su lado! Si verdaderamente se amaba a alguien, había que ser capaz de luchar por ese amor y ella estaba dispuesta a enfrentarse al mundo entero si era necesario. Afortunadamente, no hacía falta que se enfrentara al mundo, sino solo a un hombre cabezota y peligroso. Si no hubiera sido tan fundamental para ella que la escuchara, jamás habría reunido suficiente valor; era capaz de enfrentarse a cualquiera, sí, pero Cord podía intimidar al mismísimo diablo.

Sin darse tiempo para pensar, por miedo a cambiar de opinión, le dijo a Emily que estaría fuera el resto del día, agarró su bolso y se dirigió a su coche. Condujo hasta la cabaña saltándose todos los límites de velocidad, sin atreverse a ensayar lo que iba a decir, pero sabiendo que tendría que conseguir que la escuchara.

Pasó el viejo puente que cruzaba el río y el coche casi derrapó cuando tomó la curva que terminaba en la cabaña. Un reluciente todoterreno estaba

aparcado frente al porche. Susan dejó su coche tras él y, antes de que las ruedas hubieran dejado de girar, ya había abierto la puerta del coche y estaba subiendo los escalones de la entrada. Llamó dos veces a la puerta y de pronto llegó hasta sus oídos un penetrante silbido. Se volvió; Cord estaba trabajando en el río, a unos cien metros de distancia. Alzó el brazo, indicándole que se acercara a él. Susan tenía tanta prisa por estar a su lado que saltó los escalones y corrió hacia él tan rápido como pudo.

Cord continuó trabajando; sus fuertes brazos se movían rítmicamente, enviando paladas de hierba hacia el aire mientras se adentraba en una zona de espesa vegetación. Susan aminoró el paso mientras se acercaba y, cuando llegó a su lado, se apartó, alejándose del trayecto de su azada. Cord se interrumpió un instante, le dirigió una mirada indescifrable y sonrío.

- La madreselva crece por todas partes - comentó, al tiempo que se secaba el sudor de la frente -. Si alguna vez decidimos conquistar el mundo, lo único que tendremos que hacer será sembrar unas semillas de madreselva y esperar un año. Después, todo el mundo estará tan cansado de haber luchado contra ellas que nadie se nos resistirá.

Susan sonrió ante aquel comentario, pero era consciente de que para los granjeros sureños aquello no era ninguna exageración. De pronto, al verse ante Cord, ya no sabía qué decir. Pero de momento ya era suficiente con estar allí, mirándolo y absorbiendo la imagen de su magnífica masculinidad. Cord resplandecía con el cuerpo empapado en sudor. Tenía el pelo húmedo. Llevaba un pañuelo atado a la frente paró evitar que el sudor le cayera a los ojos. Su camisa descansaba en el suelo y tenía sucios los vaqueros. Pero nada de eso importaba. Susan lo encontraba tan atractivo como si hubiera ido vestido de esmoquin. Como ella no decía nada, Cord inclinó la cabeza y la miró con un brillo casi maligno en la mirada.

-¿Has venido aquí por alguna razón en particular?

- Sí. He venido para que me escuches.

- Te estoy escuchando, cariño, pero no dices nada.

Susan intentó buscar el tono más adecuado para sus palabras. Aquel que pudiera hacer que la creyera, pero, en el fondo de su corazón, sabía que no había ninguno. Cord la miraba divertido, consciente de su vergüenza y, de pronto, la situación comenzó a hacerse insoportable. Susan estalló entonces:

- Cuando Imogene me pidió que te espiara, yo me negué. Y ella, no está acostumbrada a que nadie le diga que no. Alguien debió contarle lo que ocurrió anoche y asumió que había cambiado de opinión. Pero no he cambiado.

Cord soltó una carcajada y sacudió la cabeza asombrado.

-¿Entonces has venido aquí para acostarte conmigo? Mi ego no es tan grande como, para que puedas engañarme diciéndome que estás loca por mí. Conozco tu reputación, señora, y sé que eres una mujer muy recatada. Tengo algunas dudas sobre Preston, pero...

-¡Cállate! - gritó, apretando los puños -. Ya te he dicho una y otra vez...

- Lo sé - la interrumpió con cansancio -. No te has acostado con Preston.

-¡Es la verdad!

- Pero él está enamorado de ti.

Sorprendida por su capacidad de observación, Susan admitió:

- Sí. Pero no lo he sabido hasta hace unos cuantos días. Aun así, eso no cambia nada. Quiero mucho a Preston, pero no estoy enamorada de él. Nunca ha habido nada sexual entre nosotros.

- Bueno, mejor di que no lo ha habido por tu parte - atacó Cord, desafiante -. Eso significa que no ha habido nadie en tu vida, románticamente hablando, desde que Vance murió, lo que hace todavía más improbable que de pronto quieras acostarte conmigo. Tiene que haber una buena razón para ello.

Susan palideció.

- Y la hay. Cuando te conocí, me di cuenta de que no estaba muerta. Durante cinco años, he estado llorando la muerte de Vance, pero él no va a regresar y yo estoy viva. Tú me has hecho volver a sentir otra vez. No soy como tú, nunca he sido una mujer valiente ni aventurera, no he corrido riesgos, pero, cuando estoy contigo, me siento un poco más valiente, un poco más libre. Quiero estar contigo porque lo deseo yo, no por Imogene ni Preston, ni por ninguna cantidad de dinero.

Los ojos de Cord se habían oscurecido mientras la escuchaba. Se quedó mirándola durante un largo y tenso rato, concentrado en la tensión de su esbelta figura y en la casi desesperada sinceridad de sus ojos. Unos ojos tan azules y oscuros que parecían las mismísimas profundidades del Pacífico. Al final, Cord se desató el pañuelo de la frente y comenzó a secarse las gotas de sudor que cubrían su rostro y sus brazos. Llevaba ya tanto tiempo callado que Susan, incapaz de soportarlo, lo agarró del brazo.

- Es muy fácil - dijo, desesperadamente -. Lo único que tienes que hacer es no decirme nada. Ahora que estás prevenido, ¿cómo voy a poder averiguar nada? Es imposible que pueda utilizarte.

Cord suspiró y sacudió la cabeza.

- Susan - dijo por fin, con la voz tan delicada que Susan se estremeció al oírlo -. Tú misma lo has dicho, somos muy distintos. Yo he habitado el lado más duro de la vida y tú has estado siempre del lado de la ley. Tienes aspecto de haber vivido siempre entre algodones. Si lo que quieres son palabras bonitas, flores y paseos a la luz de la luna, será mejor que busques a otro. Yo no me conformo con paseos románticos,

Susan volvió a estremecerse otra vez; bajó los párpados, velando sus ojos con un gesto voluptuoso y apasionado.

- Lo sé - susurró.

-¿Lo sabes? - Cord se acercó a ella. Estaba tan cerca que llegaba hasta Susan el olor de su cuerpo sudado, embriagando sus sentidos -. ¿Eres consciente de lo que me estás pidiendo? - posó las manos en su cintura, hundiendo los dedos en su carne fresca -. Yo no soy un tipo que se ande con rodeos, ni que se conforme con hacer el amor los sábados por la noche. Quiero desnudarte y besar todo tu cuerpo - le espetó, acercándose tanto a ella que sus cuerpos se tocaban. Susan se dejó caer suavemente contra él -. Quiero tomar tus pezones con mis labios y succionarlos hasta endurecerlos. Quiero sentir tus piernas en mi espalda y quiero hundirme tan profundamente en ti que no pueda diferenciar dónde empiezo yo y dónde comienzas tú. Eso es lo que deseo en este preciso instante y lo que he deseado cada vez que he estado a tu lado. Y si no es eso lo que quieres, será mejor que te vayas ahora mismo de aquí.

Susan suspiró, al borde del delirio. Su cuerpo estaba vivo, deseoso, palpitante, ansiando disfrutar de todas aquellas experiencias que Cord describía. Quería entregarle su corazón y, con él, el suave y ardiente calor de su cuerpo. No podía decirle lo que sentía; tenía la sensación de que Cord no quería amor, de que se sentiría encerrado si Susan admitía que lo amaba, de modo que reprimió aquellas palabras y se conformó con ofrecerle su cuerpo.

- No me voy a ir.

- Quizá deberías hacerlo - respondió Cord bruscamente y se separó de ella -. Pero ya es demasiado tarde. Ya has tenido tu oportunidad, cariño. Y mi sentido del honor no da para tanto - se inclinó hacia delante y la levantó en brazos con una facilidad pasmosa.

Comenzó a caminar hacia la cabaña a grandes zancadas. Cuando Susan alzó la mirada, se estremeció al advertir la furia de su expresión. Pensar en el riesgo que estaba a punto de correr le hizo sentir una ligera aprensión y se volvió para esconder el rostro en el hombro de Cord. Solo había hecho el amor con un hombre en toda su vida, y lo había hecho siempre con amor y ternura. Cord no confiaba en ella; a él le interesaba el sexo, no el amor, y Susan no sabía si era suficientemente fuerte como para soportarlo. Por otra parte, sabía que tenía que intentar llegar a él. Que tenía que intentar demostrarle que no era una persona traicionera y mercenaria. Tenía que demostrarle lo que era el amor, porque Cord nunca lo había conocido.

Desde la muerte de Vance, Susan había mantenido una pequeña parte de sí misma a refugio del mundo; ni siquiera se había dado por entero a las personas que quería. Aquella parcela de su vida había permanecido intacta hasta que había conocido a Cord. Cord la había despertado a un conocimiento más profundo de sí misma; le había hecho descubrir que ella no era la criatura convencional que siempre había pensado. Ella era tan libre como él. Y si tenía alguna oportunidad de que Cord llegara a quererla, iba a aprovecharla.

Había amado a Vance, sí, lo había querido profundamente, pero incluso aquel sentimiento le parecía tibio comparado con lo que sentía con Cord; era como comparar una lluvia de primavera con el trueno y la furia de una tormenta eléctrica. Estaría dispuesta a seguir a aquel hombre a cualquier rincón de la tierra, porque sabía que no habría dolor físico que pudiera rivalizar con el infierno de soportar la vida sin su presencia.

Cord devoró la distancia que los separaba de la casa sin mostrar ninguna señal de cansancio por llevarla en brazos. Abrió la puerta de la cabaña de un empujón y después se volvió para entrar con ella. Una vez dentro, cerró la puerta de una patada. La llevó directamente al dormitorio y la dejó de pie, clavando la mirada en su pálido rostro. Una fría y cínica sonrisa cubría su semblante mientras se dejaba caer en la cama y se colocaba un almohadón en la cabeza.

- Muy bien – dijo -. Desnúdate.

Susan extendió la mano. La habitación le daba vueltas y sentía el rugido de la sangre en las orejas, lo que le hizo pensar que a lo mejor no había oído correctamente.

-¿Qué? preguntó, casi sin voz.

Con un gesto insultantemente natural, Cord clavó la mirada en su

pecho y repitió:

- Desnúdate. Quítate la ropa. Te estoy dando tu oportunidad. Aunque es posible que tú estuvieras planeando algo rápido que no implicara ni siquiera desnudarte, pero yo tengo en mente otra cosa.

Así que no creía que fuera a desnudarse. Probablemente pensaba que todo lo que tenía que hacer era presionarla un poco para que regresara corriendo al regazo de Preston. ¿Pero qué lo había convertido en un hombre tan receloso, incapaz de confiar en nadie?

Lentamente, con dedos temblorosos, intentó localizar la cremallera del vestido. Encontró la presilla diminuta, pero no conseguía retenerla entre sus dedos. Después de intentarlo por tercera vez, tomó aire y dejó caer los brazos. Se colocó de espaldas a Cord, se sentó en el borde de la cama y dijo:

- No puedo bajarme la cremallera. ¿Te importaría bajármela tú, por favor? - durante un largo momento de silencio, Cord no se movió. Susan sentía sus ojos taladrándole la espalda. De pronto, notó que el colchón se movía y Cord tomó la cremallera. Le abrió la cremallera muy lentamente. Cuando terminó, Susan se levantó y se volvió hacia él.

El semblante de Cord estaba completamente inexpresivo; bajaba los párpados de tal manera que a Susan le resultaba imposible averiguar lo que sus ojos decían. Un insidioso temblor comenzó a aflojarle las piernas. Se quitó las sandalias, tomó los tirantes del vestido y los dejó caer lentamente por sus brazos. El vestido cayó hasta la cintura, dejando al descubierto sus senos desnudos. Una brisa fresca entraba por la ventana y, cuando rozó sus pequeños pezones, estos se tensaron, convirtiéndose en suculentos brotes ante la atenta mirada de Cord.

Aunque él no se había movido, Susan percibía la tensión de cada uno de los músculos de su cuerpo. Continuaba sin ver sus ojos, pero los sentía sobre ella, acariciando las cremosas vertientes que le ofrecía. Los senos de Susan eran altos y firmes, deliciosamente redondeados, y ella se alegraba de una forma salvaje de que su cuerpo pudiera excitarlo.

En lo más profundo de ella, nacida de la más recóndita de sus reservas de amor, sentía la necesidad de pertenecerle. Ella era una mujer y él era un hombre. Ella era su mujer en el pleno sentido de la palabra y tenían que hacer el amor. Quería aprovechar cada uno de los segundos que pasara a su lado. Las circunstancias podrían separarlos después de aquella tarde, o quizá Cord se marchara sin decir nada a nadie, siguiendo el dictado de su espíritu inquieto. Pero fuera cual fuera el tiempo que iba a pasar a su lado, lo disfrutaría totalmente, viviría plenamente el presente. No pondría límite a su entrega. Le entregaría hasta la última gota de su amor.

Con movimientos graciosos y precisos, se empujó el vestido hasta la caderas y lo dejó caer a sus pies. Salió de la tela completamente desnuda, salvo por las bragas de encaje, y permaneció sin moverse ante él.

Si el tiempo continuaba existiendo, Susan ya no era consciente de él. Podría haber sido de segundos o minutos el lapso de tiempo que permaneció allí, esperando, oyendo solamente el alegre canto de los pájaros y el zumbido de los insectos. Cord no se movía. Susan deslizó los dedos por la banda elástica de su ropa interior y comenzó a deslizarla por sus caderas, dejando al descubierto el último secreto de su feminidad. El corazón le latía con tanta fuerza que tenía la sensación de que le rozaba las costillas. ¿Qué pasaría si Cord no hacía nada? ¿Si decidía permanecer allí, mirándola un

buen rato, y después se levantaba y se iba? Moriría allí mismo si aquello sucediera. Tomó aire, bajó las bragas hasta los muslos y desde allí cayeron al suelo.

Quizá Cord no quería que se diera cuenta de su reacción, pero Susan le oyó contener la respiración y eso le dio ánimo para permanecer ante él, sintiéndose infinitamente vulnerable. Al ofrecerse a sí misma de aquella manera, estaba demostrando una enorme confianza en Cord como ser humano, estaba confiando en que sabría tratarla con la ternura y el amor que ambos se merecían. Susan permanecía impávida, iluminada por el sol de la mañana; era una estatua llena de vida. Sus ojos eran dos enormes pozos del color de la media noche y lo atraían y lo invitaban a un mundo de sensualidad y amor que Cord estaba ya ansiando.

Él continuaba tumbado en la cama, pero cada uno de los músculos estaba completamente tenso y la tela de los vaqueros no era capaz de disimular su excitación. Sus mejillas, perfectamente cinceladas, ardían. Al cabo de unos minutos, se irguió lentamente, sin apartar la mirada de su cuerpo. Sus ojos centelleaban de placer mientras iba devorando con ellos cada centímetro de su piel. Se agachó para quitarse las botas y los calcetines y los echó a un lado. Después se levantó, cerniéndose de forma casi amenazadora sobre ella. Susan se quedó sin saliva. Sin zapatos, era de pronto consciente de la diferencia de altura, de la fuerza y la complexión de su cuerpo.

Cord bajó las manos, se desató el cinturón y lo sacó de las trabillas de los pantalones con un rápido tirón. Cuando comenzó a quitarse los vaqueros, Susan volvió a la vida y cubrió sus manos con las suyas.

- Déjame a mí - le pidió susurrante. Cord dejó caer los brazos a ambos lados y contuvo nuevamente la respiración.

Lentamente, alargando sensualmente el momento, Susan le desabrochó el botón del vaquero y le bajó la cremallera. A continuación, tomo el pantalón por la cintura y comenzó a explorar la pequeña cavidad de su ombligo y a acariciar la firme redondez de su trasero. Lentamente, fue deslizando la mano por sus muslos, llevándose los pantalones con ella y descubriendo encantada que Cord no llevaba ropa interior. Cuando los pantalones estuvieron a la altura de las rodillas, Cord se movió de pronto, como si hubiera perdido la paciencia. Se desprendió del pantalón, le dio una patada y cayó sobre la cama con Susan en brazos, acurrucada contra su pecho.

Susan le rodeó el cuello con los brazos y buscó sus labios al tiempo que retorcía su cuerpo contra el suyo en una delicada danza. Cord cerró la boca sobre sus labios con un beso fiero y posesivo y la estrechó con más fuerza todavía contra él. El deseo era como un vino añejo en los labios de Cord y ella bebía de ellos con ansiedad. Estaba viva y toda su existencia estaba centrada en él y en el júbilo de estar viviendo. Temblaba entre sus brazos y todo su cuerpo gemía.

Cord se desprendió de su boca para deslizar los labios por la curva de su barbilla y descender por la estilizada columna de su cuello. Como si hubiera descubierto un raro tesoro, hundió el rostro en su hombro. La lamía lentamente con la lengua y Susan se estremecía, ciega de placer, hundiendo los dedos en su pelo y presionándose contra él.

- -¡Dios mío! - murmuró Cord -. Me estás volviendo loco. A veces mataría

por tenerte, incluso sabiendo que ya has estado con Preston.

Por un momento, el dolor fue tan intenso que casi la cegaba. Susan tomó aire precipitadamente. Consiguió alejar el dolor, aceptar que tendría que demostrarle que podía confiar en ella en todos los sentidos. Se movió contra él de tal manera que hizo escapar un gemido de sus labios. Con un movimiento rápido y flexible, Cord se colocó sobre ella y dibujo sus pezones, observando tensarse aquella piel aterciopelada bajo su dedo.

- Dulce Susan - musitó y bajo lentamente la cabeza para rendir homenaje a aquellos suculentos capullos. Como si su lengua fuera un ascua recién sacada de la hoguera, Cord encendió un fuego sobre los suaves montículos de sus senos. Susan gemía, pero eran sus gemidos sonidos casi imperceptibles, excepto para el hombre que estaba inclinado sobre ella. Sentía sus entrañas derretidas, su cuerpo convertido en el fuego líquido del deseo que la urgía a continuar. Cord succionó con fuerza sus senos y los gemidos se transformaron en susurros de placer.

Se colocó nuevamente sobre ella, como si estuviera decidido a disfrutarlo todo. La exploraba con manos y labios, descubriendo las diferentes texturas y sabores de su cuerpo, buscando las zonas más sensibles con dedos atrevidos. Susan se retorcía ante su contacto y se arqueaba cada vez más hacia él, embebida del perfume de la pasión. De su garganta escapó un grito ronco cuando Cord deslizó la mano sobre su sexo para descubrir si estaba ya dispuesta para él y dijo en un susurro:

- Ahora - la instó a abrir las piernas con la mano y Susan obedeció inmediatamente a su demanda.

Cord se movió sobre ella con los ojos febriles de deseo; su cuerpo temblaba mientras se cernía sobre ella. Deslizó las manos bajo su cuerpo para agarrarla por el trasero y elevarla para facilitar la penetración. Susan gimió suavemente, lo deseaba tanto que le dolía y se arqueaba invitadora hacia él. Cord se hundió en ella como una ola poderosa, dejando que el húmedo interior de Susan lo envolviera por completo. Los gemidos de Susan vibraban en aquel cuerpo que no había conocido la pasión desde hacía cinco años. Un grito se deslizó de sus labios y clavó los dedos en los músculos de Cord, sintiéndolos hincharse mientras él luchaba desesperadamente por recuperar el control.

Cord la abrazó y clavó en ella su mirada de asombro.

- Dios mío - musitó con voz ronca.

Susan entreabrió los labios mientras su cuerpo iba acostumbrándose a él.

-¿Cord? - jadeó.

Cord se quedó muy quieto.

-¿Quieres que me detenga? - le preguntó -. No quiero hacerte daño.

-¡No, no! No te detengas, por favor, no te detengas.

Susan se sentía como si fuera a morirse en ese mismo instante. Cord no se movió; permaneció sin moverse sobre ella hasta que sintió que Susan se relajaba y comenzaba a mecerse bajo él con un sinuoso e instintivo movimiento. Le rodeó el cuello con los brazos y por fin Cord comenzó a responder. - Lo hacía muy lentamente, con un cuidado increíble al tiempo que atizaba el fuego que estaba abrasando las entrañas de su amante, haciéndola olvidarse de cualquier apariencia de serenidad y decoro. En

brazos de Cord, ya no era la callada y recatada Susan Blackstone; era una mujer apasionada que vivía solamente para aquella resaca de placer que la arrastraba hasta el fondo del océano.

- No tengo bastante de ti - gimió Cord con los dientes apretados.

Era un grito que surgía sin un pensamiento consciente; Cord lo oyó, pero apenas era consciente de lo que él mismo había dicho. Sin embargo, era completamente cierto. Jamás podría hundirse lo suficiente en ella como para satisfacer el deseo que lo estaba torturando. Quería fundir su sangre con la suya hasta que las líneas que los separaban hubieran desaparecido. Quería enterrarse tan profundamente en ella que no pudiera salir nunca.

Susan intentaba mostrarle con las manos, con la boca, con los movimientos ondulantes de su cuerpo, lo mucho que lo amaba. Le declaraba su amor con cada uno de sus movimientos, fundiéndose con él en un acto de amor que trascendía todos los niveles físicos,

Allí, en aquel lecho bañado por el sol, Susan le entregó su corazón a un forajido y descubrió un cielo que ni siquiera sabía que existía.

En el silencio que siguió a la pasión por ambos compartida, fueron recuperando poco a poco el ritmo de la respiración y sus cuerpos fueron enfriándose lentamente. El tiempo pasaba y continuaban juntos; ninguno de los dos se movía, como si tuvieran miedo de romper el hechizo, retrasando el momento en el que sus cuerpos tendrían que separarse. Susan deslizó la mano por su sedosa mata de pelo y él se estiró sobre ella con un suspiro de satisfacción. Susan clavó entonces la mirada en el techo; era tan feliz que tenía la sensación de que podría disolverse en miríadas de partículas de alegría. De pronto, le temblaron los labios y los ojos se le llenaron de lágrimas. Se mordió el labio con fuerza, intentando contener un sollozo, pero no pudo evitar que una lágrima comenzara a deslizarse por su mejilla. Cord parecía dormitar y Susan no quería molestarlo; era absurdo llorar porque acababa de disfrutar de una de las experiencias más maravillosas de su vida.

Pero Cord levantó la cabeza bruscamente y observó los ojos de Susan con atención. Se incorporó apoyándose sobre un codo y secó las lágrimas de Susan con el pulgar. Fruncía el ceño mientras buscaba en las facciones perfectas de Susan algún rasgo que le permitiera identificar lo que estaba pensando.

-¿Te he hecho daño?

Susan sacudió rápidamente la cabeza e intentó dirigirle una sonrisa, pero los labios volvieron a temblarle.

- No. No me has hecho daño, solo un poco al principio... No me lo esperaba - no era capaz de hablar de modo que se obligó a tragar saliv a-: Ha sido tan... especial - una nueva lágrima escapó de sus ojos.

Cord secó aquella lágrima con los labios.

-Susan - musitó en un susurro casi inaudible -. Te deseo.

El sol bañaba de luz la habitación, impidiendo que ninguna sombra ocultara su pasión. Y borrando también las sombras del corazón de Susan. Le tendió los brazos para darle el más tierno de los abrazos.

- Sí - contestó; no podía negarle eso a su corazón.

## Siete

Hubo algunos momentos aislados, durante las horas que siguieron, en los que Susan fue capaz de pensar, pero durante la mayor parte del tiempo estuvo completamente absorbida por aquel incontenible deseo. Cord sabía exactamente dónde tocarla, cómo acariciarla, cómo hacerle llegar una y otra vez a las más altas cumbres del placer. Sus manos recorrían cada centímetro de su cuerpo como si estuviera intentando acomodarse a sus deseos y ella se entregaba sin reservas. Susan lo amaba con todas sus fuerzas. Cord había sufrido demasiado dolor, había recibido demasiada frialdad y ella quería sanar sus heridas. Cord era salvaje, ansioso, a veces casi violento, pero ella absorbía toda su amargura, suavizaba su soledad y su aislamiento. Una combinación de muchas cosas lo había convertido en un solitario, en un hombre sin raíces, sin hogar, que vivía al borde del peligro y continuaba vivo gracias a su habilidad y a su ingenio. Sin palabras, Susan había intentado demostrarle que estaba a salvo con ella.

El sol descendía por el horizonte cuando Cord se relajó por completo y se quedó dormido. Susan permaneció tumbada a su lado y estuvo a punto de llorar otra vez, pero en aquella ocasión de agradecimiento. Cord confiaba en ella, por lo menos un poco, puesto que, en caso contrario, no se habría quedado dormido en su presencia. Susan se hizo una imagen mental de las innumerables mujeres que se habrían acostado con él; mujeres sin nombre y sin rostro. Probablemente, cuando se habían quedado dormidas entre sus brazos, Cord habría regresado a su cama solitaria. Susan lo observó mientras dormía. Tenía unas pestañas muy largas, como, las de un niño. Sonrió intentando imaginárselo como un bebé de mejillas regordetas.

Pero aquel niño inocente había crecido para convertirse en un adulto duro y receloso con el cuerpo cubierto de cicatrices, recuerdos de las batallas a las que había tenido que enfrentarse para continuar vivo. Cord le había hablado de Judith, pero el resto de su pasado continuaba manteniéndolo oculto. Cualquier otro hombre le habría hecho un relato completo de sus aventuras, o al menos le habría mencionado las diferentes culturas y tierras que había conocido, pero no Cord. Cord era un guerrero silencioso al que no le gustaba recordar batallas pasadas y, cuándo alguien lo hería, se aislaba para curarse el solo las heridas.

Se inclinó hacia él con ciega desesperación y posó los labios sobre la cicatriz que surcaba su hombro izquierdo, intentando borrar el recuerdo de aquellas heridas. Buscó cada una de las cicatrices de su cuerpo y fue lamiéndolas y besándolas. Se acurrucaba sobre él protegiéndolo con su esbelto y delicado cuerpo de mujer, intentando sanarlo. Lo sintió temblar bajo sus labios y supo que se había despertado, pero aun así continuó acariciándolo. Cord empezó a temblar y, a los pocos segundos, estaba nuevamente dispuesto para el amor.

- Será mejor que te detengas - le advirtió con voz ronca. Pero Susan no se detuvo, al contrario, se acercó lentamente a la cicatriz que tenía en el interior del muslo y, tras besarla, buscó la marca que serpenteaba en su abdomen. Cord gimió en voz alta y se aferró con fuerza a las sábanas. Susan insistía con más intensidad todavía al sentir la tensión de su cuerpo; quería hacerle retorcerse de placer, al igual que había hecho él con ella.

Cord soportó aquel delicioso tormento hasta terminar tenso y arqueado

sobre la cama. Entonces la abrazó y se colocó sobre ella para deslizarse en el dulce refugio de su cuerpo. Sus movimientos eran rápidos, impacientes; se aferraba a sus caderas con tanta fuerza que las huellas de sus dedos permanecerían allí por lo menos durante toda una semana. La tenía completamente paralizada al tiempo que movía las caderas de una forma que arrastró a Susan aun agudo y rápido orgasmo en el que él también se precipitó.

Después, la estrechó contra él y ella se acurrucó a su lado con un suspiro que reflejaba su intenso agotamiento. Cord le acarició el pelo, apartándolo de su rostro sudoroso.

- Siento haberte hecho daño la primera vez - murmuró; sus pensamientos volaban perezosamente hasta las primeras horas de la mañana y recordaba la fuerte impresión que le había causado sentirla casi virginal -. Pero me alegro de que no hayas hecho nunca el amor con Preston.

Así que se había dado cuenta de que su inicial dificultad para hundirse en ella tenía una causa. A Susan le habría gustado que hubiera confiado lo suficiente en ella como para haber aceptado su palabra, pero era consciente de que Cord había aprendido a no confiar en nadie y le iba a llevar tiempo enseñarle que no siempre debía resguardarse las espaldas. Pasó la mano por los rizos oscuros de su pecho con gesto ausente.

-Desde Vance... - se interrumpió y continuó tan tenuemente que Cord tuvo que esforzarse para oírla -, tú has sido el único.

Cord posó la mano sobre su vientre, con un gesto delicado y elocuente.

- No quiero que vayas a ninguna parte con él - la informó con una voz tan sombríamente amenazadora que Susan alzó instantáneamente la mirada.

Vaciló, preguntándose si debería presumir que aquel día de pasión había establecido alguna suerte de vínculo entre ellos.

-¿Te estás ofreciendo a ser mi acompañante cuando lo necesite?

Cord se puso inmediatamente en guardia y acarició su barbilla con gesto inquieto.

- Siempre y cuando esté disponible.

Susan se separó de sus brazos y se sentó.

-¿Y cuándo no estarás disponible? ¿Cuando estés con Cheryl?

Cord arqueó las cejas con gesto de sorpresa, pero Susan no sabía si lo que lo sorprendía era que lo hubiera asociado con Cheryl o que se creyera con derecho a hacerle aquella pregunta. Después la miró con expresión divertida. Deslizó la mirada lentamente por su rostro, deteniéndola sobre su melena despeinada y su sonrojada piel. Tenía los labios henchidos, fiel recuerdo de los besos que habían compartido. Sus senos, redondeados y erguidos, más llenos de lo que él en principio esperaba, estaban sonrosados por sus caricias. Los miró fijamente y advirtió que los pezones se endurecían, como si anhelaran un beso. Rápidamente, Cord alzó la mirada hacia su rostro y advirtió que Susan se estaba sonrojando. ¿Cómo podía sonrojarse a aquellas alturas? Durante horas, había permanecido desnuda entre sus. brazos, totalmente entregada, permitiéndole disfrutar del privilegio de su cuerpo y, sin embargo, le bastaba contemplar abiertamente su desnudez para que se sonrojara como una virgen.

Una nueva sorpresa lo esperaba al sentir que volvía a excitarse. ¿Cómo

podía pensar siquiera en volver a hacer el amor? Cinco minutos antes, había estado pensando que aquel había sido un día maravilloso, pero que probablemente no volvería a poder hacer el amor en una semana por lo menos. Y, en ese momento, su cuerpo estaba demostrándole que era un mentiroso. La deseaba una y otra vez. El placer sensual que sentía a su lado era asombroso. Desde que la había visto, había deseado sumergirse en la inmensidad de su ternura. No había sentido celos por una mujer hasta que había conocido a Susan. Y lo hería hasta hacerle perder la razón imaginársela bailando con Preston, besándolo o dejando que la abrazara.

Sabía ya que Susan era una mujer casta, pero aun así, era posible que continuara siendo leal a Preston. Las mujeres eran difíciles de comprender y también podían llegar a ser muy traicioneras. Si él fuera inteligente, intentaría mantenerla a distancia, al menos hasta que todo se hubiera solucionado y no tuviera que preocuparse por cada una de las palabras que le dijera. Aun así, no podía obligarse a decir algo que podría alejarla para siempre de su lado.

Susan lo miraba, esperando una respuesta. Pero los ojos de Cord habían adquirido un brillo opaco y su rostro una expresión indescifrable. Susan era consciente de que estaba excitándose otra vez, de modo que, ¿qué sentido tenía que se mantuviera tan reservado? ¿Sería porque pensaba que no tenía ningún derecho a preguntarle nada relacionado con otras mujeres? Pues bien, si pensaba que iba a quedarse tranquilamente sentada en su casa mientras él se pasaba la noche bailando con Cheryl Warren, estaba completamente equivocado. Apretó el puño y le golpeó suavemente en el pecho.

-¡Contéstame! - le exigió, con los ojos oscurecidos por la furia -. ¿Vas a salir con Cheryl, o con cualquier otra mujer?

Cord se sentó entonces en la cama.

- No - contestó brevemente. Se levantó y fue a buscar sus vaqueros -. No voy a estar con ninguna otra mujer.

¿Lo habría molestado tener que darle esa respuesta? De pronto Susan se sintió vergonzosamente desnuda y se aferró a la sábana para cubrir sus senos. Cord había vuelto a convertirse en un desconocido y ella se sentía terriblemente vulnerable en su desnudez.

Cord le dirigió una mirada burlona.

- Ya es un poco tarde para que intentes defender tu pudor.

Susan se mordió el labio, preguntándose si lo mejor sería marcharse o si debería intentar hablar con él para aplacar su repentino mal humor. ¿Se habría acercado excesivamente a él?, se preguntaba. Quizá Cord estaba intentando castigarla con su hostilidad. Lo miró preocupada y pensó que parecía incómodo, como si le pareciera una pesada y no supiera cómo deshacerse de ella.

- Lo siento - se oyó decir con una rápida disculpa. Salió de la cama, abandonando la protección que le brindaba la sábana, y comenzó a vestirse -. No pretendía molestarte. Soy consciente de que acostarse con alguien no significa nada...

-¡Eh, un momento! -Cord dejó caer los pantalones al suelo y la agarró del brazo, obligándola a incorporarse cuando Susan se estaba agachando para tomar su vestido. La estrechó contra él, aplastando sus senos contra su pecho y Susan se estremeció de júbilo, olvidándose inmediatamente de

sus preocupaciones.

Cord la miró con el ceño fruncido.

- No intentes convencerme de esa tontería de que el sexo no significa nada porque sé que no piensas así. Me siento incómodo, Susan, las cosas se han complicado de una manera que no esperaba - se interrumpió, sin darle más explicaciones y le enmarcó el rostro con las manos -. ¿Te arrepientes de lo que ha ocurrido?

- No, no me arrepiento. ¿Cómo voy a arrepentirme? Yo... también te deseo - había empezado a decir «yo te amo», pero en el último momento había sustituido aquellas palabras por otras que también eran ciertas, aunque carecían de la profundidad de lo que realmente sentía. Cord no quería compromisos, no quería sentir la carga de sus sentimientos y Susan lo sabía.

- No quiero hacerte daño - musitó Cord.

Susan se inclinó contra él y lo abrazó. Cord la estaba advirtiendo, le estaba haciendo saber que no debería esperar nada permanente. A pesar del dolor que le causaba pensar que algún día tendría que ver cómo la abandonaba para siempre, le agradecía su honestidad. Cord no iba a herirla con la mentira. Y quizá, solo quizá, podría hacerle cambiar de opinión. Cord no estaba acostumbrado a ser amado y era evidente

que sentía por ella algo más de lo que le habría gustado. Susan tenía una oportunidad y estaba dispuesta a arriesgarlo todo por ella.

- Todo el mundo sufre alguna vez - musitó contra su piel -. No voy a preocuparme por lo que pueda o no pasar en el futuro.

Algún día tendría que acostumbrarse a su ausencia, sí, pero de momento estaba entre sus brazos y con eso tenía suficiente.

Más tarde, ya de noche, mientras se enfrentaba a Imogene en la cocina, intentaba aferrarse a los recuerdos de lo que había compartido con Cord. Las primeras palabras de, Imogene hacia ella habían sido de preocupación, pero en cuanto Susan había dejado muy claro que no estaba haciendo de espía su tono cambió.

- Le he contado cuál era tu plan - confesó con aire distante -. Y después le he dicho que no me dijera absolutamente nada, que de esa forma tendría la seguridad de que no estaba con él para conseguir información.

Imogene palideció de ira. Se levantó furiosa, pero Susan permaneció donde estaba, con la boca convertida en una dura línea, sosteniéndole con firmeza la mirada.

-Susan, por Dios, ¿es que eres tonta? -gritó-. ¿No te das cuenta de que estamos a punto de perderlo todo?

-¡No, claro que no! Cord no ha hecho ningún, movimiento todavía, salvo el de amenazarnos para que le alquilemos unos terrenos en los que está interesado. Yo me he mostrado de acuerdo con alquilárselo y él está esperando los informes geológicos. ¡Así que deja de hablar de él como si fuera el mismísimo demonio!

-¡Tú no lo conoces como yo! - de pronto, imogene se dio cuenta de que estaba gritando, tomó aire y se obligó a recuperar el control -. Estás cometiendo un terrible error al fiarte de él. Cord está planeando algo, lo sé. Y aunque solo tuviera una sospecha, intentaría protegerte. Podrías haber averiguado lo que trama - dijo con amargura -. Pero has preferido perder la

cabeza y olvidarte de a quién le debes lealtad.

- Lo quiero - dijo Susan quedamente.

Imogene jadeó y abrió los ojos como platos.

-¿Que tú qué?... Pero yo pensaba... ¿Qué va a pasar con Preston?

- También quiero a Preston, pero como amigo. Es el hermano de Vance - Susan buscó las palabras que podrían ayudarla a explicarse - Pero Cord... me ha hecho volver a sentirme viva. Me da una razón para vivir.

- Espero que no estés hablando en serio, Susan. ¿Es que has perdido el sentido común? Cord está encantado de tenerte en su cama, pero si esperas algo más, es que eres una estúpida. En cuanto se canse de ti, te dejará sin pensárselo dos veces y tú serás para siempre la ex amante de Cord.

- Si hubiera seguido tu plan, también lo sería - señaló Susan -. No voy a apuñalarlo por la espalda, aunque eso signifique perder todo lo que tengo. Además, no creo que él pretenda hacer nada.

- Tú no eres la única que está involucrada en esto. No eres la única que tiene que correr riesgos. Preston y yo también lo perderemos todo. ¿Es que eso no significa nada para ti?

- Significa mucho. Pero no creo que estéis realmente amenazados.

Imogene sacudió la cabeza y cerró los ojos.

- No puedo creer que estés tan ciega. ¿Lo amas? Estupendo, ámalo todo lo que quieras. Pero no seas tan estúpida como para confiar en él.

Susan palideció.

- Tengo que confiar en él. Lo amo demasiado como para no hacerlo. Le confiaría mi vida.

- Esa es una decisión que solo tú puedes tomar - replicó Imogene con sarcasmo -. ¡Pero estás confiándole también las nuestras y eso no me gusta nada! Supongo que Cord es realmente grandioso en la cama para que estés tan dispuesta a dar la espalda a la gente que te quiere, sabiendo que lo único que él puede ofrecerte es sexo.

Susan se sentía como si estuviera viendo a Imogene desde una larga distancia. Sintió un ligero zumbido en los oídos que la advirtió de un posible desmayo. Aturdida, se acercó a una de las sillas de la cocina y prácticamente se derrumbó sobre ella.

Imogene vaciló al ver el rostro de Susan completamente pálido y empapado en sudor; después, su rostro se transformó y, por un breve instante, sus ojos grises se llenaron de lágrimas. Pestañeó con fuerza para apartarlas, porque Imogene Blackstone jamás lloraba, y se acercó rápidamente al fregadero. Mojó una toallita de papel y se acercó con ella a Susan para empaparle la cara con el agua fría.

- Susan, lo siento - dijo con voz peligrosamente temblorosa. Imogene jamás se disculpaba -. Cord está haciendo que nos peleemos entre nosotros.

El agua fría mitigó el mareo de Susan, pero no conseguía aplacar el dolor que se había apoderado de su corazón. Quería escapar al lado de Cord, arrojarse a sus brazos y dejar que la besara hasta hacerla olvidarse del mundo. Pero a pesar de las horas que había pasado en su cama, todavía no se sentía con derecho a desahogar sus preocupaciones en su hombro.

- Yo no os he dado la espalda a ti y a Preston -dijo,- intentando mantener la voz firme -. Simplemente no puedo hacer algo que va en contra

de mis principios. Por favor, no me hagas tomar partido porque no puedo. Os quiero a todos y no puedo traicionaros.

Imogene acarició la cabeza de su nuera y después dejó caer la mano.

- Solo espero que Cord tenga los mismos escrúpulos que tú a la hora de hacerte daño, pero me cuesta creerlo. No quiero que te veas en medio de todo esto, pero parece que no podrá ser de otra manera, puesto que no quieres tomar partido. Y puedes estar segura de que Cord hará añicos cualquier cosa que se encuentre en su camino.

- Si hay alguna oportunidad de que no sea así, quiero aprovecharla - susurró. Ya había asumido el riesgo al que tenía que enfrentarse al amar a Cord; ¿qué otra cosa podía hacer?

A la mañana siguiente, fue a la iglesia como todos los domingos, pero no fue capaz de concentrarse en el sermón. Imogene estaba sentada a su lado, serena y distante. No había iniciado ningún tipo de conversación con ella antes de que comenzara el servicio y, aunque mantenía la mirada fija en el sacerdote, Susan sabía que tampoco ella lo estaba escuchando. Preston tenía unas marcadas ojeras y parecía haber adelgazado. Estaba muy tenso, pero, aun así, le sonrió y la saludó como hacía siempre. Susan se preguntaba si Imogene le habría contado su conversación de la noche anterior, pero decidió que probablemente no le había dicho una sola palabra. Imogene era demasiado reservada para llorar en el hombro de nadie, ni siquiera de su hijo.

Susan declinó la invitación de Imogene a comer y se fue a su casa, donde se preparó una ensalada y una sopa. Hacía un día demasiado bonito para quedarse en casa, de modo que tomó el cesto de las labores y estuvo tejiendo en el jardín durante un par de horas. A pesar de su aparente serenidad, era consciente de la tensión que bullía en su interior y, cada vez que oía acercarse un coche, se erguía en el asiento y aguzaba el oído. ¿Iría Cord a verla? Le bastaba pensar en ello para quedarse sin aliento. Lo imaginaba llevándola en brazos al dormitorio y tumbándola en aquella cama en la que nunca se había acostado ningún hombre.

Cerró los ojos sintiendo cómo crecía el deseo en su interior. Seguro que Cord iba a verla, seguro que sentía su llamada silenciosa.

Al cabo de un tiempo, comenzó a oírse el retumbar de truenos hacia el oeste y se levantó un viento frío, pero Susan permaneció en el jardín hasta que empezaron a caer las primeras gotas en el patio. Guardó el punto, corrió hacia el interior de la casa y entró en el momento en el que la lluvia comenzaba a caer con fuerza. El sonido de un trueno la sobresaltó y cerró precipitadamente la puerta. Después se volvió para encender la luz y disipar aquella repentina oscuridad.

Eran poco más de las ocho cuando Susan admitió que Cord ya no iba a llegar, de modo que cerró la puerta de la casa y se preparó para irse a la cama. La tormenta había cesado, pero continuaba lloviendo y permaneció despierta durante muchas horas, pendiente de aquel hipnótico tamborileo, deseando que Cord estuviera a su lado.

Al día siguiente, amaneció un día lluvioso y gris y, cuando Susan se despertó, estaba tan deprimida por no haber visto a Cord que tuvo que hacer un serio esfuerzo para animarse. Se puso un vestido rojo oscuro para ir al trabajo y estrenó un cinturón de cuero negro. Una chaqueta blanca completaba su atuendo. Susan arqueó una ceja mientras observaba su

reflejo en el espejo. Aquella sofisticada mujer no correspondía a la imagen conservadora y recatada a la que estaba acostumbrada. Pero la Susan Blackstone que la había mirado desde ese mismo espejo el viernes anterior no había pasado un día entero haciendo el amor con Cord Blackstone.

Consiguió mantener el ánimo durante todo el día, pero después de regresar a casa y comer lo que Emily le había preparado, continuó esperando que Cord apareciera en cualquier momento. Pero llegó la noche y todavía no sabía nada de él. Un frío glacial tensaba sus músculos. Si el día que habían pasado juntos había significado algo para él, ¿por qué no hacía ningún esfuerzo para verla otra vez?

Pensó en conducir hasta la cabaña, pero la hora y la lluvia la disuadieron. Seguramente, al día siguiente sabría algo de él.

Pero tampoco tuvo noticia alguna y las horas continuaban pasando lentamente. Llamó a información, para saber si tenía teléfono, pero su nombre no aparecía en la guía. Ya no podía continuar fingiendo alegría y la preocupación que reflejaba su rostro se multiplicaba en el semblante de Preston. Susan sabía que estaba trabajando hasta el límite, liquidando propiedades y acciones para poder devolverle el dinero a Cord y quería preguntarle si necesitaba ayuda, pero el íntimo conocimiento que tenía del orgullo de los Blackstone le impedía hacerlo.

El jueves por la tarde, condujo hasta la cabaña, pero no había señales de Cord por ninguna parte. Miró por las ventanas. Las luces estaban apagadas y no había platos sucios ni ropa a la vista. Intentó abrir sin éxito las puertas. La idea de que Cord podía haberse ido para siempre la hizo derrumbarse contra la puerta. De sus ojos, rodaban lágrimas de arrepentimiento sin que pudiera hacer nada para contenerlas. No se arrepentía de lo que había pasado, se arrepentía de haber pasado un solo día entre sus brazos. ¡Deberían haber sido muchos más! No era justo que alguien le permitiera ver el cielo y después le cerrara para siempre las puertas. Lo quería todo de Cord: quería sus sonrisas, sus besos, su compañía. Quería estar a su lado para aplacar sus enfados e incitarlo a la pasión. Quería despertar a su lado cada mañana y dormir cada noche abrazada a aquel cuerpo fuerte y musculoso.

Por supuesto, quizá estuviera dejándose arrastrar por la tristeza antes de tiempo. La cabaña no estaba vacía, de modo que quizá Cord regresara. Era solo que... ¿por qué no le había dicho dónde iba a estar o cuándo regresaría? ¿Tanto le habría costado llamarla por teléfono?

Pero aquellas eran las condiciones que ella misma había establecido. Abrió los ojos como platos al darse cuenta. ¿Y si la ausencia de Cord tenía algo que ver con Imogene y con Preston? Ellos estaban convencidos de que estaba urdiendo algún plan para atacarlos y, aunque Susan había intentado defenderlo, en el fondo no estaba segura de que no fuera así. Además, ¿qué sabía sobre él, aparte de que el corazón se le desbocaba cada vez que lo veía? Quizá había sido una estúpida al confiar en él. De pronto, comprendió con una claridad meridiana que Cord era perfectamente capaz de la venganza; de hecho, había convertido la venganza en un arte.

Al día siguiente, Preston llegó a su despacho y se dejó caer agotado en una silla.

- Bueno, ya lo he hecho - dijo con voz cansada -. Me he esforzado hasta el límite, pero he podido reponer todo el dinero de Cord.

Susan miró compadecida las ojeras que surcaban su rostro.

- Me gustaría haber podido ayudar...

- No, gracias - contestó Preston con una sonrisa -. Tú no eras culpable de nada, así que no tenías por qué pagar. Y ahora que la deuda está saldada, si no quieres alquilarle tus tierras no tendrás por qué hacerlo. He bloqueado cualquier posible movimiento en las cuentas para que no pueda causamos ningún problema.

- Me gustaría que hablaras con él y arreglarais vuestras diferencias - comentó Susan con tristeza -. No es bueno que una familia esté dividida de esta forma. Ya ha pasado mucho tiempo desde que os peleasteis, ¿por qué no podéis olvidarlo todo?

- Hay demasiado resentimiento por ambas partes - replicó Preston -. Por una u otra razón, nunca nos hemos llevado bien. Para Cord, lo ocurrido con Judith Keller fue la gota que colmó el vaso, y en cuanto a mí - la miró a los ojos -. Mientras sigas interesada en él, continuaré odiándolo.

Susan se sonrojó. La destrozaba causarle tanto dolor a Preston.

- Por favor, Preston, no multipliques los problemas. No puedo soportar la idea de estar siendo fuente de conflicto entre vosotros.

- Siempre tan bondadosa - bromeó. Por un instante, sus ojos se iluminaron, pero no tardó en cambiar de expresión -. ¿Lo ves a menudo? - preguntó por fin, ocultando sus sentimientos tras un velo de mal humor.

- No, no lo veo muy a menudo - contestó con dolor.

A esas alturas, empezaba a asombrarse de la facilidad con la que se había entregado a un hombre al que no conocía, al que prácticamente no había visto y que había amenazado toda su forma de vida. Pero el recuerdo del calor de sus besos disipaba todas sus dudas. Cord no era un hombre que inspirara un amor sereno; él evocaba las pasiones más profundas y salvajes que podía anhelar el corazón de una mujer.

Preston continuaba mirándola con el ceño ligeramente fruncido. Al cabo de un momento, dijo:

- Me gustaría que supiera que ya hemos repuesto su dinero. ¿Te importaría decírselo tú?

- Si lo veo se lo diré – contestó -. Pero no sé dónde está.

Preston se enderezó en su asiento.

-¿Ha abandonado la ciudad?

- No lo sé, pero hace una semana que no lo veo y no está en la cabaña.

- Entonces es que se ha ido otra vez, o que está planeando algún movimiento en contra mía - musitó Preston con aire ausente, tamborileando con los dedos -. Cuando sepas algo de él, avísame - se levantó y salió del despacho, todavía preocupado por la información que Susan acababa de darle.

## Ocho

Justo cuando tomaba el camino que conducía hacia su casa, se oyó el retumbar de un trueno y se desató una lluvia que consiguió empaparla en el corto trayecto del jardín hasta su casa. Emily salió a recibirla a la puerta con una enorme toalla. Y en cuanto Susan se estaba quitando los zapatos y envolviéndose el pelo en la toalla, la lluvia cesó. Un segundo después, las

nubes habían desaparecido y el sol brillaba alegremente sobre los campos.

- Si me hubiera esperado un minuto en el coche, no me habría empapado.

Emily no pudo contener una risa.

- Si quieres un tiempo más predecible, tendrás que irte a vivir a Arizona. Sube arriba a secarte mientras termino de prepararte la cena.

Quince minutos después, Susan estaba de nuevo en el piso de abajo, ayudando a Emily a dar los toques finales al guiso de carne que había preparado. Emily observó su plato solitario en la mesa e inmediatamente se desataron todos sus instintos protectores. Dejó el cucharón en la cazuela y puso los brazos en jarras.

- Me gustaría saber qué haces cenando sola todas las noches, en vez de salir por ahí a cenar con Cord Blackstone.

Susan se sonrojó violentamente, sin estar muy segura de cómo contestar. Al final intentó explicarle:

- Que durmiera una noche en el sofá no quiere decir que esté interesado...

- Disparates - la interrumpió Emily exasperada -. Tengo ojos en la cara y vi cómo te miraba a la mañana siguiente. Y tú lo mirabas de la misma forma, así que no intentes negarlo. Después subió al piso de arriba contigo y tardó un buen rato en bajar.

- No sé dónde está - admitió Susan impotente -. No está en la cabaña, no me ha llamado; ni siquiera me dijo que se iba. Por lo que yo sé, es posible que no vuelva.

- Volverá, hazme caso - le aseguró Emily-. Si hubiera decidido marcharse, te lo habría dicho.

- Tú lo conociste cuando era niño - dijo Susan, mirando a Emily con ansia de saber muchas más cosas sobre él -. ¿Cómo era?

Las facciones de Emily se suavizaron al mirar el rostro suplicante de Susan.

- Siéntate - la urgió -, te lo contaré mientras cenas.

Susan obedeció y comenzó a comer automáticamente. Emily se sentó a la mesa frente ella.

- Yo lo adoraba cuando era niño - comentó, mientras su mente retrocedía veinte años atrás -.Siempre estaba dispuesto a reír y a hacer travesuras, y parecía disfrutar más en mi casa que en la suya. Nunca encajó con la gente con la que sus padres pretendían que hiciera amistad. No, nunca se adaptó a esos ambientes y eso lo convirtió en un chico más rebelde de lo que por naturaleza era. Siempre iba él el primero, era el más fuerte, el más rápido, el que sacaba mejores notas y el que salía con más chicas. Hasta las chicas mayores que él querían salir con Cord cuando estaba en el instituto. Todo le resultaba fácil, o quizá él hiciera que le resultara fácil. Nunca he visto a nadie más decidido o cabezota que él. Cuando pienso en el pasado, creo que tenía que estar aburrido. Nada lo desafiaba, todo fluía en su vida como la. seda. Jamás he conocido a nadie con tanta suerte.

Susan contuvo la respiración ante la imagen que Emily le ofrecía de aquel niño creciendo demasiado rápido, sin nadie que pudiera ponerle

límites. Cord jamás podría aceptar ningún límite, comprendió. Había sido impulsado por una extraordinaria combinación que debería haberlo convertido en una especie de hombre perfecto, con todos los privilegios que su físico y su clase podían proporcionarle. Pero su mente inquieta buscaba algo más, algo que lo impulsaba a arriesgar hasta el límite... Hasta que había traspasado esos límites y se había visto obligado a abandonar su casa.

- Todo el mundo lo trata como si fuera un animal salvaje - comentó con dolor -. ¿Por qué le tienen tanto miedo?

Porque no lo comprenden, porque no es como ellos. Hay gente que tiene miedo a los relámpagos; a otra le gustan. Pero todo el mundo los contempla con cierto recelo.

Sí, Cord era tan primitivo, tan salvaje y peligroso como un relámpago. Miró fijamente a Emily y los ojos se le llenaron de lágrimas.

- Lo amo.

Emily asintió con tristeza.

- Lo sé, cariño, lo sé. ¿Y qué vas a hacer?

- No hay nada que pueda hacer, ¿verdad? Solo... amarlo y esperar a que todo se solucione.

Una esperanza estúpida, condenada a la muerte desde el principio. ¿Cómo iba a arreglarse todo? Era imposible intentar dominar a un rayo.

Cord se había ido, y cada minuto que pasaba sin él le destrozaba los nervios. Una hora era una vida; un día una eternidad. Ni leer, ni tejer; ni pasear, nada podía aliviar aquella sensación de añoranza. En lo único en lo que podía pensar era en Cord y en el impacto y la fuerza de su sensualidad.

¡Si al menos estuviera con ella! En su presencia, Preston no le importaría, y tampoco Imogene, ni nada de lo que pudiera ocurrir. En brazos de Cord, nada le importaba. Podía perderse completamente en él y saber que había merecido la pena tanto dolor. Lo amaba, simple y llanamente, y tenía que seguir los dictados de sus sentimientos.

Se durmió nerviosa aquella noche y algo la arrancó violentamente del sueño en medio de la noche; un trueno que había hecho temblar las contraventanas. Susan permaneció acurrucada en la cama, escuchando los violentos sonidos de la tormenta. De pronto, la lluvia golpeó los cristales y se desató un viento infernal. Decidiendo que lo mejor que podía hacer era escuchar un informe del tiempo, encendió la lámpara de la mesilla de noche y se sentó en la cama. Pero justo en ese momento oyó otro golpe y se detuvo, con el ceño fruncido. El golpe se repitió, haciéndola saltar de la cama. Alguien iba a tirar la puerta abajo.

Agarró la bata y bajó rápidamente las escaleras.

-¿Quién es? ¿Qué ocurre? - preguntó, mientras se acercaba a la puerta..

La respuesta fue una sonora carcajada.

- Lo único que ocurre es que tú estás en ese lado de la puerta y yo en este.

-¡Cord ! - el corazón le dio un vuelco y abrió la puerta a toda velocidad. Cord entró en la casa, con un aspecto tan salvaje y peligroso como la noche. El viento había revuelto su pelo y sus ojos claros resplandecían. Llevaba impregnada en la piel la fresca fragancia de la lluvia.

Sin pensarlo dos veces, lo agarró del brazo.

-¿Dónde has estado? ¿Por qué no has llamado? Estaba tan preocupada... - se interrumpió, siendo consciente de pronto de lo que estaba diciendo. Lo miró con expresión de intensa vulnerabilidad.

- Ah, ah - ronroneó Cord suavemente Nada de preguntas, ¿recuerdas? No voy a decirte nada, ni dónde estaba ni cuándo tendré que irme otra vez - una alegría salvaje iluminó su rostro al tiempo que un trueno hacía temblar otra vez la casa -. Me gustan las tormentas - dijo, pasándole el brazo por la cintura -. Me gusta hacer el amor cuando llueve.

Susan no era capaz de respirar. Lo miró aturdida y se aferró a las solapas de su chaqueta buscando apoyo.

- Ahora mismo iba a poner la radio para escuchar el informe del tiempo - farfulló.

Cord sonrió de oreja a oreja.

- Hay peligro de tormentas con posibles vendavales - la estrechó con fuerza contra él -. ¿Pero eso a quién puede importarle?

-¿Cuándo... cuándo has vuelto? - le preguntó Susan, aferrándose todavía a su brazo -. ¿O esa es otra pregunta que no tengo derecho a hacerte?

- Esta noche – contestó -. Iba conduciendo hacia casa, pensando en lo cansado que estaba y en las ganas que tenía de meterme en la cama. Pero entonces he pensado que me gustaría mucho más acostarme contigo, así que, aquí estoy.

- No pareces cansado - Susan lo miró con recelo.

- Acabo de recuperar las energías - contestó él y la besó. Su aproximación fue directa y sin vacilaciones y la besó durante largos segundos. Susan se aferró a él, primero a las solapas de su chaqueta, después a sus hombros y finalmente a su cuello. Cord la levantó en brazos y comenzó a subir con ella las escaleras.

La dejó de pie en el dormitorio y la observó mientras se quitaba la corbata y la dejaba sobre el respaldo de una silla. A la corbata le siguió la chaqueta y a esta la camisa. Cuando se quitó los zapatos, Susan tragó saliva, impresionada por la visión de su torso desnudo; ella se quitó la bata y la dejó doblada sobre la silla. Podía sentir la mirada de Cord taladrándola, fija en aquel camisón rosa que apenas ocultaba su cuerpo.

Cord se quitó los pantalones y los dejó en el suelo. La única prenda que cubría su cuerpo eran unos calzoncillos de color azul que no conseguían ocultar de ninguna manera su excitación. Un intenso deseo atravesó el cuerpo de Susan mientras Cord se quitaba los calzoncillos y se acercaba caminando hacia ella, tan desnudo y hermoso como un dios de la antigüedad.

Rápidamente, Susan se quitó el camisón. La mirada de Cord era casi fiera cuando se acercó a ella. Cuando Susan estiró el brazo, dispuesta a apagar la luz de la mesilla, Cord la agarró de la muñeca para impedírselo.

- Déjalo - le dijo con voz grave -. Mientras he estado fuera, he pensado en esto todo el tiempo; y ahora no quiero perderme nada.

Susan fue incapaz de dominar una oleada de rubor que Cord encontró fascinante. Sin decir una sola palabra, la estrechó en sus brazos.

Sus juegos amorosos se prolongaron durante largo rato. Cord exploraba su cuerpo tan detalladamente como si nunca hubiera hecho el amor con ella, como si no hubiera pasado un día entero en la cama a su lado. Cuando Susan se estaba ya retorciendo contra él, torturada por, el deseo, él se detuvo un momento y fue a buscar algo a sus pantalones. Susan comprendió inmediatamente lo que estaba haciendo, sin decir una sola palabra, había asumido él la responsabilidad de evitar cualquier consecuencia no planificada. Cuando Cord regresó a su lado, se colocó inmediatamente entre sus piernas y se deslizó en su interior, desatando una cadena de gemidos de placer por parte de ambos. Su paciencia había llegado al final y se hundía en ella con movimientos rápidos e intensos. Susan le rodeaba con las piernas, absorbiendo el poder de sus embestidas con un cuerpo más que deseoso de recibirlo. Era tal el placer que sentía estando nuevamente en sus brazos, besándolo y entregándose de la forma más íntima, que le parecía casi imposible que nadie pudiera gozar como estaba gozando ella en aquel momento. La tensión se desató de repente y el cuerpo entero de Susan vibró; desde las puntas de los pies a la cabeza fue sacudida por una oleada de intenso calor. Oía gritos salvajes que escapaban de entre los labios de Cord y lo sentía arquearse en su interior; de pronto, todo quedó en silencio. La tormenta había cesado y Cord se derrumbaba sobre ella exhausto y satisfecho.

Al cabo de unos segundos, Cord suspiró y salió de su interior. Susan lo acarició con delicadeza.

-No hacía falta el preservativo... -susurró-. No estoy segura de que pueda quedarme embarazada. Vance y yo nunca usamos ningún tipo de protección y nunca me quedé embarazada. Yo.,.— tengo las reglas muy irregulares.

Cord cerró los ojos y asomó a sus labios unal igera sonrisa.

- En cualquier caso, eso no es del todo seguro. Y tengo la sensación de que si hay algún hombre en esta tierra que pueda dejarte embarazada, ese soy yo. Corrimos un gran riesgo el otro día, pero a partir de ahora vamos a tener cuidado - la miró de reojo -. Avísame cuando te enteres de si ya es demasiado tarde para tomar precauciones o si hemos tenido suerte.

- Sí - contestó Susan, hundiendo la cabeza en la almohada y suspirando, satisfecha. Le resultaba natural estar en la cama con él, hablando de cosas íntimas, sintiendo el calor en su cuerpo tan cerca del suyo. Se acurrucó contra él y frotó su rostro contra el vello que cubría su pecho.

Cord se quedó dormido con ella a su lado, pero se despertó cuando la tormenta se reinició y cayó un rayo a tan poca distancia de la casa

que el trueno sonó de forma casi simultánea. Susan se sentó en la cama al oír el inconfundible crujido de una rama. Antes de que hubiera tenido tiempo siquiera de dar la voz de alarma,

Cord la había obligado a tumbarse nuevamente.

¿Adónde crees que vas? -gruñó burlón.

- Los árboles... - empezó a decir, y justo en ese momento se fue la luz.

- Oh, maldita sea - se lamentó Cord en aquella repentina oscuridad. Un nuevo relámpago iluminó la habitación y Cord también se sentó en la cama -..¿Dónde tienes la linterna y la radio?

- Hay una linterna en el cajón de la mesilla de noche - respondió ella La radio está en el salón.

-¿Tiene pilas?

- Sí - lo oyó palpar torpemente la mesilla de noche hasta que localizó la linterna y la encendió.

- Voy a buscar la radio. Espérame aquí.

¿Y qué otra cosa podía hacer? Susan dobló las rodillas y apoyó en ellas la barbilla, mientras fijaba la mirada en la tormenta. Era aquella una tormenta magnífica, llena de furia y pasión, pero temía el daño que pudiera hacerle, a los árboles centenarios que rodeaban la casa. Si alguno de aquellos árboles se caía, destrozaría el tejado.

Cord regresó a la habitación con la radio en la mano. Buscó una emisora local, colocó el transistor en la mesilla de noche, apagó la linterna y se metió en la cama, estrechando a Susan entre sus brazos. A los pocos segundos, la voz del locutor llenaba la habitación.

- La alarma de tormenta para la zona de Biloxi ha sido cancelada. Supongo que esos tipos no han mirado últimamente por la ventana de su despacho. Porque, desde luego, esto es lo que yo llamo llover. No nos han llegado informes de problemas serios y parece que la tormenta se aleja. Nada grave amigos, estaremos en contacto con la estación meteorológica, y si ocurre algo...

Cord alargó el brazo y apagó la radio, silenciando al locutor en medio de una frase.

- Ya ha pasado todo – musitó - Susan advirtió que los relámpagos eran menos intensos y frecuentes y los truenos se escuchaban en la distancia. De pronto, volvió la luz, cegándolos a los dos con su inesperado brillo.

Cord soltó una carcajada y se sentó en la cama.

- Iba a quedarme contigo si no volvía la luz - comentó, se levantó de la cama y buscó su ropa.

Susan se sentó y se quedó mirándolo fijamente. Cuando Cord ya se había puesto los pantalones y la camisa, le preguntó perpleja:

-¿No te vas a quedar?

- No - le dirigió una mirada fría y distante.

- Pero, es muy tarde. ¿Por qué vas a conducir a estas horas hasta la cabaña?

-Por tres razones. - contestó Cord cero una nota de dureza en la voz - La primera es que me gusta dormir solo. La- segunda, que realmente necesito dormir, algo que me costaría bastante hacer si me quedara contigo. Y la tercera, que a Emily no le importó encontrarme durmiendo en el sillón, pero supongo que, si me descubre en tu cama, las cosas serían diferentes.

Un duro y frío dolor se aferraba al pecho de Susan, pero lo miró y consiguió reunir fuerzas para esbozar una sonrisa apenas vacilante.

-¿Te preocupa tu reputación? – bromeó -. Te prometo que diré que fui yo la que te sedujo.

Su intento de relajar la situación funcionó; Cord sonrió, se sentó a su lado en la cama y le acarició suavemente la mejilla.

- No protestes - murmuró. Pero al acercarse a ella, pudo ver el dolor en sus ojos y frunció el ceño. El no estaba acostumbrado a tener que dar

explicaciones, ni a hablar de su pasado, y se encontraba de pronto intentando explicar cada uno de sus actos. La urgencia de borrar el dolor de aquellos ojos azules era casi sobrecogedora -. Susan, no me siento cómodo durmiendo con otra persona, lo siento. He pasado demasiados años protegiéndome las espaldas. Es posible que me quede adormilado después de hacer el amor, pero no consigo dormir profundamente. Una parte de mí está siempre alerta, dispuesta a moverse. De esa forma no descanso, y estoy realmente cansado esta noche, necesito dormir. Mañana iremos a cenar, bueno... mejor dicho, esta noche, por que ya casi es por la mañana. ¿Te parece bien que venga a buscarte a las siete y media?

- Sí, estaré lista a esa hora.

Mientras Cord terminaba de vestirse, Susan lo observaba, acurrucada bajo las sábanas. Tenía la sensación de que a Cord le resultaba difícil relajarse estando con alguien y comprendió que la imagen que se había hecho de él, huyendo de las camas de sus amantes, había sido bastante acertada. Sus amantes. Ella era también una de ellas, una más de esa larga lista de mujeres que habían conocido el cielo de tenerlo entre sus brazos y la frialdad de la cama por él abandonada. Pero no habría desperdiciado aquellos momentos de gloria por nada del mundo. Y si pudiera dar marcha atrás en el tiempo, volvería a la primera noche en la que se habían conocido y no perdería ni un solo segundo para estar con él.

Cord terminó de vestirse, se puso la chaqueta y se agachó para darle un rápido beso. Susan apartó la sábana, se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos mientras buscaba su boca. Cord se detuvo y miró aquellos labios dispuestos para el beso; los ojos de Susan eran dos lagos serenos rodeados de largas pestañas que ella abanicaba de manera inconscientemente sexy. Aquella mujer era como una Venus desnuda entre sus brazos, cálida, femenina... A pesar de sus recelos, el, deseo encendió nueva mente su cuerpo.

- Vas a ser mortal para mí - musitó, apartándose de ella y dirigiéndole una mirada que Susan no fue capaz de interpretar.

Susan permaneció de rodillas en la cama hasta que oyó cerrarse la puerta principal. Después, se dejó caer e intentó contener las lágrimas que luchaban por escapar de sus ojos. Por un momento, había pensado que Cord iba a quedarse, pero solo para aliviar las urgencias de su virilidad, no porque confiara en ella o quisiera quedarse dormido en sus brazos. Susan sabía que podría haber conseguido que Cord volviera a la cama sin vacilar, pero no era eso lo que ella quería. Aquella gloriosa locura que se encendía en cuanto se rozaban era maravillosa, pero ella quería algo más. Quería su amor, su confianza.

Susan dio un puñetazo al colchón con muda frustración. ¿Por qué no podía haberse enamorado de un hombre al que le gustara dormir abrazado, un hombre que no se hubiera pasado años vagando alrededor del mundo, en busca de lugares perdidos, y que hiciera cosas normales como ir a trabajar por las mañanas y arreglar el jardín los fines de semana? Porque, se respondió ella misma con fiereza, un hombre así jamás habría sido Cord. Cord era hermoso, indomable y peligroso.

Permaneció en la cama despierta hasta que llegó el amanecer. Parte de ella se sentía herida y humillada: Cord había ido a su casa en busca de sexo y se había marchado en cuanto se había sentido satisfecho, pero otra parte de ella se alegraba de que hubiera ido a verla, por la razón que fuera. Desde

luego, si Cord quería hacer el amor con alguien, prefería ser ella con quien lo hiciera. Mientras pudiera continuar viendo a Cord, siempre habría alguna esperanza.

Al día siguiente, recibió la sorpresa de que el día de amor inagotable que había pasado con Cord en la cabaña no había tenido frutos; había estado sintiéndose apática durante todo el día, pero lo había atribuido a la falta de sueño de la noche anterior. Para su más absoluto asombro, advirtió que se le llenaban los ojos de lágrimas y hasta ese momento no se dio cuenta de que, inconscientemente, había estado esperando que la semilla de Cord hubiera caído en suelo fértil. Casi odiaba a su propio cuerpo por ser tan impredecible, tan inhóspito. Ella quería tener un hijo de Cord, quería que una parte de él estuviera para siempre con ella. No utilizaría un embarazo para encadenarlo, por supuesto. Si él quería marcharse, que se fuera, ¡pero cuánto amaría a un hijo suyo!

Cuando Cord llegó a buscarla a las siete y media, Susan estaba pálida y tenía profundas ojeras. Inmediatamente le explicó a Cord que no tenía por qué preocuparse por un posible embarazo y Cord estuvo a punto de soltar una carcajada ante un alivio que no se molestó en disimular. A pesar de ello, disfrutaron de una agradable cena y, después de cenar, fueron a bailar. Cord era consciente de que su acompañante no tenía demasiadas fuerzas aquella noche y a Susan le encantó su forma de mimarla. Bebió algo más de vino de lo que acostumbraba y se sentía flotar mientras Cord la llevaba a casa en el lujoso Jaguar en el que había ido a buscarla. Aquel hombre tenía estilo, pensó Susan con aire soñador, acariciando el asiento de cuero. Bajo la tenue luz de las farolas, su rostro parecía duro y excitante. El bigote remarcaba la perfección de su boca. Susan alargó el brazo y dibujó suavemente su boca, haciendo que Cord arqueara las cejas con expresión interrogante.

- Eres tan atractivo - musitó -Susan con voz ronca.

- Puede admirarme todo el tiempo que quiera, señora - la invitó Cord con formalidad, pero acompañó sus palabras con un guiño sensual.

Susan jamás se había sentido mejor. Sus ojos rebosaban de sueños y deseos y Cord era consciente de que, si paraba el coche en la cuneta, estaría más que dispuesta a hacer el amor con él. Se tensó en su asiento, incómodo al sentir cómo reaccionaba su cuerpo ante aquellos pensamientos. La deseaba, claro, pero sabía que Susan no se encontraba bien y él quería que disfrutara de sus encuentros tanto como él. Imaginó el rostro de Susan en el trance de la pasión y el deseo lo golpeó con tal fuerza que casi saltó en el asiento. Cuando aquello terminara, cuando por fin hubiera hecho todo lo que pretendía, se prometió unas largas vacaciones con Susan. Un crucero, quizá, en el que pudiera hacer el amor todo lo que quisiera. Así saciaría su deseo de una vez por todas, se hartaría de aquel cuerpo esbelto, aterciopelado y sorprendentemente sensual. La sensualidad de Susan era tan inconsciente, tan natural, que Cord tenía la sensación de que ni siquiera. era consciente de ella. Era una dama perfecta, pensó, hasta que la tenía entre sus brazo. Entonces se transformaba en una mujer ardiente, dulce y sensual.

Él no tenía otro plan de futuro que ese; había aprendido hacía tiempo a no hacer planes a largo plazo, porque ellos anulaban su capacidad para reaccionar en función de las circunstancias. Cord jamás se trazaba un único curso de acción; él siempre se daba la posibilidad de poder desviarse a

derecha o a izquierda e incluso de regresar sobre sus pasos. Aquella flexibilidad lo había mantenido vivo. Y por ello se había convertido en un ser que vivía siempre en el presente, a pesar de que nunca faltaba un objetivo en su mente. Un cambio de circunstancias solo implicaba que tenía que buscar un camino diferente para alcanzar su meta. Cord normalmente siempre estaba preparado para todo. Pero cuando había regresado a Biloxi, no estaba preparado para sentir aquel intenso y primitivo deseo por una mujer que tenía un pie en campo enemigo y que parecía completamente decidida a mantenerlo allí. Pero la victoria sería suya, se prometió y miró a Susan con fiera determinación. Cuando hubiera ganado, ella sería suya y la obligaría a olvidarse para siempre de su familia política.

Susan fue consciente del control al que Cord se estaba sometiendo cuando, al llegar a su casa, la besó en la puerta y la cerró rápidamente tras ella. Estaba demasiado cansada, demasiado somnolienta para intentar comprender por qué se había marchado tan bruscamente. Lo único que sabía era que se sentía desilusionada; podría haberle ofrecido una taza de café y podían haberse sentado a ver juntos las noticias, como tantas veces había hecho con Vance.

Pero Cord no era Vance.

Susan permaneció en la oscuridad del vestíbulo y miró a su alrededor, contemplando la hermosa casa que Vance había construido para ella. Era una casa cálida y acogedora porque había conocido el amor. Sin embargo, en ese momento, permanecía allí, en la oscuridad, rodeada de las cosas que Vance le había dado y en lo único en lo que podía pensar era en otro hombre. Cord llenaba sus días, sus noches, sus pensamientos y sus sueños. Sus ojos claros la dominaban como la luz silenciosa de la luna controlaba el curso de las mareas. Intentó visualizar el rostro de Vance, pero las facciones se negaban a aparecer en su mente. Cord le había enseñado todo sobre el amor; sus tiernos cuidados la habían convertido en una mujer cálida y cariñosa, pero Vance se había ido y para ella ya no era más que un recuerdo. Vance había muerto y Cord estaba vibrantemente vivo.

En vez de subir a su dormitorio, se acercó al salón y encendió la luz. Después, buscó en las estanterías un pequeño álbum de fotos que no había vuelto a mirar desde hacía por lo menos cuatro años. Lo abrió lentamente y miró con atención las fotografías de Vance.

¡Qué joven estaba! Susan observó el brillo travieso de sus ojos, su sonrisa y las fuertes facciones de los Blackstone.

- Te quiero - le susurró al rostro sonriente de Vance-. Y si té hubieras quedado a mi lado, siempre te habría amado.

Pero Vance se había marchado y Cord se había apropiado de su amor.

## Nueve

Una semana después, Susan continuaba convencida de que no sabía absolutamente nada de Cord. Era el hombre más misterioso que había conocido en su vida. Justo cuando decidía que solo la estaba utilizando para satisfacer sus necesidades sexuales, la confundía invitándola a cenar cada noche y yendo después a bailar con ella hasta altas horas de la madrugada. Bailar con él era algo muy especial. Cord era el hombre más grácil que había conocido nunca y además le encantaba bailar. Entre ellos, el ritual del baile se convertía en una danza previa al amor. Susan sentía su cuerpo poderoso

moviéndose contra el suyo, y todo su cuerpo se transformaba en un torbellino de deseo. Allí, entre sus brazos, se sentía segura, protegida, encerrada en un mundo privado. Susan podría haberse pasado la vida abrazada a él.

Cord era un caballero en el pleno sentido de la palabra, tierno, solícito... La cortejaba de una forma tan anticuada que la habría sorprendido si no hubiera estado disfrutando al máximo de cada segundo que pasaba a su lado. Cord le había concedido la gracia de unos días de privacidad y después había puesto fin a su abstinencia con impaciencia salvaje; así que, en vez de darle un beso de despedida cuando la acompañaba a casa, la subía en brazos hasta el dormitorio. Cuando la dejaba horas después, Susan se .quedaba en la cama, enredada entre las sábanas, demasiado cansada para levantarse a buscar el camisón o para taparse siquiera. Se quedaba dormida con una sonrisa en aquellos labios henchidos por la pasión.

Las noches que siguieron a aquella semana fueron igualmente apasionadas, pero aunque Susan debería haber languidecido por la falta de sueño, estaba radiante y llena de energía. Pasaba las horas de trabajo tan inmersa en su propia felicidad que apenas prestaba atención a la creciente depresión de Preston, lo único que le importaba era saber que por la noche volvería a estar en los brazos de Cord.

Pero la felicidad acabó, y cuando lo hizo, la caída fue mucho más cruel de lo que Susan habría podido anticipar. Se disponía a ir a buscar un informe cuando Preston apareció en la puerta de su despacho. Susan lo miró con una sonrisa, pero la sonrisa murió en sus labios al ver la expresión que había convertido el rostro de Preston en una máscara gris. Asustada y preocupada, lo agarró del brazo y lo hizo entrar en el despacho.

-¿Qué ha pasado?

Sin decir una sola palabra, Preston le tendió el documento que llevaba en la mano. Susan lo tomó y lo miró con el ceño fruncido.

-¿Qué es esto?

- Léelo -Preston se acercó a una silla y se sentó con movimientos lentos y extrañamente torpes.

Susan leyó lentamente aquel documento. Con los ojos abiertos como platos, volvió a leerlo, esperando no haberlo comprendido correctamente, pero no había ningún posible malentendido. El significado dé cada una de las palabras que en él aparecían estaba perfectamente claro. Cord había comprado un préstamo pendiente de Blackstone Corporation y les daba treinta días para pagarlo.

Casi sofocada por una desagradable sensación de traición, dejó caer los papeles y alzó su mirada estupefacta hacia Preston. No era capaz de pronunciar palabra.

- Bueno, ahora ya sabes adónde había ido en ese misterioso viaje - dijo Preston con amargura, señalando los papeles con la cabeza -. A Dallas.

Susan se aferró con una mano al escritorio, intentando dominar las náuseas que la asaltaban. Consiguió superar aquel momento de angustia, pero no el dolor que amenazaba con partirla en dos. ¿Por qué habría hecho Cord una cosa así? ¿No se daba cuenta de que aquello le hacía tanto daño a ella como a Preston? Aquello no solo perjudicaba a Preston; de aquella manera, Cord estaba amenazando a toda la empresa. Amenazaba su forma de vida y la vida de los miles de trabajadores que dependían de sus trabajos

para poder llevar comida a la mesa. Cord tenía que saberlo, así que, lo único que podía suponer era que no le importaba. Después de la semana que había pasado con él, de la pasión que habían compartido, comprender de pronto que aquello no había significado nada para él era como recibir una bofetada en pleno rostro.

- Yo pensaba que estábamos protegidos contra este tipo de cosas - Preston clavaba su apagada mirada en el suelo -. Pero él ha encontrado una forma de hacerse con el préstamo y ahora nos lo está reclamando. Solo Dios sabe de dónde habrá sacado el dinero, o cómo se habrá enterado de... - se interrumpió bruscamente y miró a Susan con expresión acusadora.

-¿Cómo puedes creer una cosa así? - le preguntó ella con voz atragantada -. No le he dicho absolutamente nada.

- ¿Entonces cómo se enteró?

- ¡No lo sé! - gritó, se interrumpió bruscamente y se llevó la mano a la boca, horrorizada por aquella manera de perder el control -. Lo siento. Yo no se lo dije, Preston. Te juro que no le dije nada.

Preston cambió repentinamente de expresión y tomó aire.

- Dios mío, está consiguiendo que nos peleemos - dijo con tristeza. Se levantó y se acercó a Susan. La abrazó y la sostuvo con fuerza contra él, meciéndola como si quisiera darle consuelo. Sé que no se lo dijiste, tú eres incapaz de engañar a nadie. Y siento haber sido tan estúpido. Pero estoy destrozado, Susan, Cord va a arruinarnos.

La prueba estaba encima de su escritorio, de modo que Susan no podía negarlo. Presionó el rostro contra el hombro de Preston, vagamente consciente de que estaba temblando. Lo más terrible de todo era que aun sabiendo que Cord era capaz de ser tan despiadado y cruel, el amor que sentía por él no disminuía.

Susan jamás sabría el tiempo que pasaron allí abrazados, pero, poco a poco, fue tranquilizándose y al final se separó de su abrazo.

Tenían cosas que hacer, planes que diseñar.

-¿En qué situación estamos exactamente? - preguntó, intentando mantener la voz firme, arrastrar una silla y poder sentarse al lado de Susan en el escritorio.

- En una situación muy peligrosa. Cord no podía haber escogido un momento mejor. Ahora mismo, nuestra liquidez es la mínima porque hemos invertido casi todo en inversiones que no darán beneficios hasta dentro de un año o dos.

-¿Y qué me dices hasta las propiedades personales? Si las liquidáramos, tendríamos dinero suficiente para cubrir el préstamo...

Preston sacudió lentamente la, cabeza y sonrío con pesar.

-¿De dónde crees que saqué el dinero para pagar todo lo que le debíamos?

Susan se reclinó en su asiento sin saber que pensar. ¡ Cord había conseguido acorralarlos! Debía haber estado planeando aquel movimiento desde hacía mucho tiempo.

-Imogene y yo podemos hacernos cargo del préstamo. Tenemos acciones y propiedades en lugares...

-Susan, déjalo - le dijo Preston con amabilidad -. Mi madre y yo

decidimos utilizar el dinero de Cord y ambos hemos tenido que sacrificarnos para reponerlo. Mi madre está en una situación tan precaria como la mía y tú tampoco puedes hacerte cargo de esto. Si lo hicieras, te quedarías sin nada.

Susan se encogió de hombros. La posibilidad de quedarse sin un solo penique no la preocupaba.

- Si conseguimos mantenernos durante un año, durante dos años como mucho, podremos salvar la corporación y ahora eso es lo único que importa.

- ¿De verdad crees que te permitiría vender todo lo que Vance te dejó? Desde el momento que se casó contigo, estuvo trabajando para asegurarse de que no te faltara nada, pasara lo que pasara.

- Pero si conseguimos superar la bancarrota, podremos recuperarlo todo.

- Cubrir un préstamo no es garantía de nada. ¿Qué ocurriría si Cord decide comprar otro? Es evidente que tiene mucho dinero detrás, por lo menos el suficiente para destrozarnos si eso es lo que busca. Si comprara otro préstamo, terminaríamos en bancarrota aunque tu vendieras todo lo que tienes.

La lógica de Preston era irrefutable. Susan sentía un frío que le helaba los huesos.

- Entonces, ¿no podemos hacer nada?

- No lo sé. Tenemos que considerarlo todo. Lo peor es que Cord tiene una parte de la corporación y aun así es capaz de asumir todas esas pérdidas para poder dejarme sin nada. No puedo creer que haya llegado tan lejos. Sé que me odia, pero esto es... ¡esto es una locura!

Era enervante pensar que había alguien tan decidido y cruel que era capaz de atentar contra sus propios intereses para poder llevar a cabo una venganza. Cord estaba apretando las tuercas, disfrutaba atormentando a Preston. Posiblemente tenía razones que justificaran sus sentimientos; a pesar de las marcas que había visto en su cuerpo, ella solo podía imaginar los infiernos en los que había estado tras haberse alejado de su familia. Pero hubiera pasado lo que hubiera pasado, ya era hora de terminar con el desgarro de aquella familia, de dejar de alimentar el odio entre enemigos de la misma sangre. Le habría encantado agarrar a Cord del cuello y sacudirlo hasta hacerle recuperar la razón.

Estaba agotada cuando llegó a casa aquel día. Habían pasado horas estudiando minuciosamente documentos bancarios y reuniendo fuerzas para hacer frente a aquel desafío. Preston era un gran estratega, pero hasta entonces Susan no se había dado cuenta de la extensión y la sutilidad de su experiencia. Sabía exactamente lo que podían sacrificar sin dar un salto mortal y había llevado las riendas en toda la operación de liquidación de propiedades que la corporación podía asumir.

Llegó a casa más tarde que de costumbre, pero Emily la estaba esperando con la cena preparada. De alguna manera, Emily siempre adivinaba cuando Susan estaba cansada o deprimida, de modo que dispuso de una ración extra de mimo. Pero ni siquiera su ternura fue capaz de alejar la preocupación del rostro de Susan aquella noche.

-¿También vas a salir con Cord esta noche? - le preguntó Emily.

Susan se quedó mirándola fijamente al oír aquel nombre que no había

abandonado en ningún momento sus pensamientos.

- Oh, no lo sé. Ayer dijo que llegaría tarde. Tenía que ir a Nueva Orleans a hacerse cargo de un negocio.

- Bueno, creo que necesitas dormir un poco más de lo que has dormido durante toda esta semana - Emily frunció el ceño -. Tienes mala cara, así que, si viene, mándalo pronto a casa.

Susan consiguió esbozar una sonrisa, con la que agradecer a Emily su preocupación.

- Sí, lo haré - continuaba adorando a Cord, pero en aquel momento no podía estar con él. Tenía la sensación de que si miraba por encima de su propio hombro cuando la abrazaba, podría ver el cuchillo que pretendía clavarle en la espalda.

Quizá no fuera por allí aquella noche. De hecho, Susan esperaba que no lo hiciera. Estaba demasiado cansada, se sentía demasiado herida por su traición. ¿Pero por qué engañarse? Cord no lo consideraría una traición porque nunca le había prometido nada.

Susan no esperaba que se acercara a verla aquella noche, pero aun así no le sorprendió oír el motor de su coche acercándose. A esas alturas, había comenzado a pensar que al menos por una noche estaría a salvo; eran más de las nueve y estaba contemplando la idea de darse un baño y meterse en la cama. Pero Cord iba a llamar a su puerta de un momento a otro y ella permanecía de pie en medio del estudio, con el corazón latiéndole violentamente. Tenía náuseas y le temblaban las manos. Se aferró con fuerza a su falda. ¿Cómo iba a enfrentarse a él? ¿Y por qué no habría esperado Cord hasta el día siguiente, cuando seguramente ella estaría más calmada?

Sonó el timbre de la puerta, pero Susan permaneció quieta en el salón, incapaz de obligar a sus piernas a moverse. Sentía pavor al pensar en Cord. Los segundos iban pasando lentamente y el timbre de la puerta empezó a sonar con tanta insistencia como si Cord hubiera pegado el dedo en él. Pero hasta que no comenzó a aporrear la puerta, Susan no consiguió mover sus temblorosas piernas. Salió al vestíbulo y abrió la puerta.

Cord se inclinó sobre ella con expresión salvaje y la agarró del brazo.

-¿Estás bien? – preguntó -. Las luces estaban encendidas, pero como no abrías la puerta he pensado que podía haberte ocurrido algo. Estaba a punto de romper el cristal de la ventana...

Siin terminar la frase, le rodeó la cintura con un brazo y con la otra mano le hizo alzar el rostro hacia él. Inclinó la cabeza y cubrió sus labios con tal pasión que, por un instante, Susan se olvidó de todo. Todavía anegada en la masculina fragancia de Cord, en el sabor de su boca, se aferró a él, hundió los dedos en los fuertes músculos de su espalda y se puso de puntillas, entregándose una vez más a él.

El deseo de Cord se encendió al instante. Antes de que Susan pudiera pensar siquiera en lo que estaban haciendo, la había levantado en brazos y empezaba a subir las escaleras. Sintiendo que los últimos vestigios de control amenazaban con desaparecer para siempre, Susan liberó su boca y jadeó:

-¡Espera! ¡Yo no ... !

Cord la silenció apoderándose nuevamente de sus labios y hundiendo la

lengua hasta las profundidades aterciopeladas de su boca mientras la tumbaba en la cama. Si la hubiera soltado entonces, si se hubiera separado un instante de ella para desnudarse, quizá Susan hubiera tenido alguna oportunidad, pero permaneció a su lado, besándola, mientras sus manos volaban bajo la falda y el jersey. Aturdida por su urgencia, Susan olvidó la grieta que se había abierto entre ellos, se arqueó contra él y abrió las piernas para que Cord pudiera hundirse en su interior. Cord se detuvo un instante para ponerse un preservativo y casi inmediatamente se hundió en ella.

Susan no era la única sorprendida por su urgencia. Cord se había visto también incómodamente sorprendido por la desesperación que había anidado en su estómago cuando Susan no había respondido a su llamada y se la había imaginado sin vida a los pies de las escaleras. En cuanto había pensado en ello había comenzado a aporrear la puerta. Después, Susan había abierto y la había visto allí, pálida, silenciosa, pero evidentemente viva y saludable y el deseo había florecido. Lo único que había sido capaz de hacer entonces había sido enterrarse en ella y satisfacer el deseo de su cuerpo. Sentir su piel sedosa bajo sus manos y el íntimo abrazo de su cuerpo era lo único que podía apartar los miedos de su mente.

Susan oía los suaves gemidos que escapaban de su propia garganta, pero era incapaz de hacer nada para detenerlos; no tenía control alguno sobre su propio cuerpo. Estaba ciega de placer y había olvidado todo, excepto el presente.

Cord le hizo rodearle la espalda con las piernas y los gemidos se convirtieron en gritos débiles y roncos. Cord amainó deliberadamente el ritmo de sus movimientos, manteniéndola al borde del orgasmo, pero sin dejar que llegara hasta el final. Con sus fuertes manos apoyadas en las caderas, la controlaba, la guiaba y marcaba el ritmo de sus movimientos. Susan apretaba los dientes en medio de un agónico placer. De pronto, ya no fue capaz de controlarse y oyó escapar de su pecho las palabras de amor que hasta entonces había conseguido mantener en secreto.

El temblor del pechó de Cord y la presión de sus manos le indicaron que tampoco él era ya capaz de contenerse. Instantáneamente, se desencadenó en el interior de Susan una increíble explosión de calor que la hizo temblar bajo el poderoso cuerpo de Cord. En su esfuerzo por controlar sus sonidos, clavó los dientes en su hombro, en un acto tan primitivamente sensual, que arrastró a Cord hasta el orgasmo. Se aferraba a ella con fuerza, como si quisiera que sus cuerpos se fundieran. Cuando terminó, fue relajándose lentamente, hasta quedar tumbado sobre ella, agotado y tembloroso.

Pero no permaneció allí más de unos segundos, antes de apartarse delicadamente de ella. Tumbado boca arriba en la cama, posó un brazo en su frente, de manera que era imposible verle los ojos.

Susan continuaba a su lado, sintiendo cómo aumentaba la tensión de su cuerpo tras haber satisfecho sus apetitos. No debería haber dejado que aquello ocurriera. Al menos no aquella noche, cuando eran tantas las inquietudes que poblaban su mente. Y además le había dicho que lo amaba. Era imposible que Cord no la hubiera entendido; de hecho, ella todavía sentía sus propias palabras flotando en el aire, con una fantasmagórica insistencia.

Estaba tan absorta en su tristeza que apenas fue consciente del momento en el que Cord abandonó la cama. El sonido del agua del baño la

hizo abrir los ojos y lo vio a través de la puerta del baño. Su fuerte garganta se movía mientras él aplacaba su sed. Ya se había arreglado las ropas, advirtió, y apretó furiosa los puños. Una vez más, se marchaba tras haber satisfecho su deseo.

Cord regresó a la cama y permaneció sobre ella, mirándola con una furia que estuvo a punto de hacerle desviar la mirada a Susan.

- Me has dado un susto de muerte -le dijo-. ¿Por qué no abrías la puerta?

Susan se sentó en la cama y se sonrojó violentamente al advertir que todavía llevaba la falda del vestido por encima de la cintura. Rápidamente, alisó su ropa, intentando ocultar su desnudez con un gesto que aplacó por un instante la furia de Cord. Pero cuando volvió a alzar la mirada, lo único que vio Susan fue el hierro implacable de sus ojos. Susan se apartó un mechón de pelo de la cara y dijo con voz apagada:

- Has comprado un préstamo de nuestra corporación y lo estás reclamando.

- Tú no tienes nada que ver con esto.

De la garganta de Susan escapó una carcajada que recordaba peligrosamente a un sollozo. Se levantó rápidamente de la cama. Por un instante, temió que las piernas no la sostuvieran.

- Claro que tengo que ver. Ya sabes que la corporación pertenece a toda la familia. Si la atacas financieramente, también me estás atacando a mí. Si la dejas en bancarrota, también yo me quedaré en bancarrota.

- Tú no tendrás que preocuparte por nada. Yo te cuidaré.

Susan estuvo a punto de atragantarse al oír la fría arrogancia de sus palabras. Se volvió hacia él con gesto de incredulidad.

-¿Y se supone que así lo solucionarás todo? ¿Quieres reducirme al papel de... mantenida y se supone que debo de estarte agradecida?

Cord arqueó una ceja con expresión interrogante.

- No entiendo tú problema - dijo, y añadió con crueldad -, al fin y al cabo, has dicho que me amabas.

Susan hizo una mueca, incapaz de creer que la estuviera atacando tan pronto con el arma que ella misma había puesto en su mano.

-¿Serás capaz... de arruinamos a todos solo para vengarte de Preston? ¿Incluso sabiendo la cantidad de gente a la que vas a dejar sin trabajo?

- Sí - respondió con voz dura y las últimas esperanzas de Susan murieron. Hasta entonces, no había perdido del todo la confianza en él. Pensaba en el fondo que Cord solo quería asustar a Preston y se detendría en cuanto viera que las cosas estaban yendo demasiado lejos. .

-¡Te estás perjudicando a ti mismo! – gritó -. ¿Cómo puedes hacer una cosa así?

Cord se encogió de hombros.

- Tengo otras cosas con las que mantenerme.

-¡Cord, déjalo ya, por favor! No lleves las cosas demasiado lejos. ¿Cuándo te darás por satisfecho? ¿Después de arruinarnos a todos? ¿Acaso servirá eso para que Judith vuelva a tu lado?

El rostro de Cord se convirtió en una máscara de piedra. Pero Susan,

impulsada por su propio dolor, continuó fustigándolo, sintiendo que por fin había encontrado una manera de herirlo.

- Lo único que estás haciendo es intentar aliviar tu propia culpa por Judith, porque te sientes culpable de...

Con un gruñido de furia, Cord cruzó la habitación, la agarró por los hombros y la sacudió ligeramente.

-¡Deja de hablar de Judith! Cometí un error al hablarte de ella, pero tú cometerás un error mucho mayor si vuelves a mencionarla otra vez. Por última vez, Susan, apártate de todo esto.

- No puedo - alzó la mirada hacia él con aquellos enormes ojos que eclipsaban todo su rostro. Había en ellos tanto dolor que cualquier otra mujer hubiera estado llorando ya de forma incontrolable. Se iban a destrozar el uno al otro, Cord y Preston, y ella no podía hacer nada para evitarlo.

Cord la soltó y deslizó los pulgares por su cuello.

- Eres demasiado delicada para todo esto - musitó para sí, y la abrazó. Susan permaneció en silencio, apoyándose contra él porque no tenía fuerza suficiente - para negarse el que temía fuera el último abrazo de su vida.

- No vuelvas al trabajo - la instruyó Cord suavemente -. Quédate en casa y mantente al margen de todo esto. Vance arregló todo para que no tuvieras problema alguno y lo que le ocurra a Preston a ti no te afectará en absoluto - le acariciaba suavemente la espalda a la vez que hablaba y su caricia tenía un efecto casi hipnótico -. Has dicho que me amabas, si eso es cierto, no te pongas de su lado contra mí.

Por un instante, por un delicioso instante de debilidad, Susan deseó hacer únicamente lo que él le pedía: permanecer protegida en sus brazos y. olvidarse de cualquier otra consideración. Pero entonces se enderezó lentamente y se apartó de él, con el rostro tenso y pálido.

- Sí, te amo - dijo quedamente, porque era absurdo continuar negándolo -. Pero tengo que hacer todo lo que esté en mi mano para impedir que arruines a la familia.

Cord la miró con los ojos entrecerrados.

-¿Entonces los eliges a ellos?

- No, pero creo que no está bien lo que pretendes hacer y tendré que ayudarlos a luchar contra ti.

Una oleada de furia cruzó su rostro.

- No creo que sea demasiado pedirte que confíes en mí -le espetó, mirándola atentamente.

-¿Del mismo modo que confías tú en mí? – replicó -. Hace solo un momento, me has dicho que pretendes arruinarnos. ¿Y se supone que tengo que confiar en ti?

Cord rió con desprecio. El fuego de sus ojos se transformó en hielo.

- Debería habérmelo imaginado. Primero dices esa tontería de que me quieres y después me pides con toda la dulzura del mundo que renuncie a vengarme de Preston. Eres buena en la cama, cariño, la mejor quizá, pero no tienes ese tipo de influencia sobre mí

- Lo le susurró Susan-, siempre lo he sabido. Pero no estaba intentando hacerte chantaje emocional. Y ahora creo... que será mejor que te vayas.

- Creo que tienes razón.

Cuando Cord pasó por delante de ella, Susan pestañeó para apartar las lágrimas de sus ojos. Cord se iba, y sabía que jamás volvería.

- Adiós - le dijo con la voz atragantada, sintiendo cómo se le desgarraba el corazón.

- No, todavía no vamos a despedimos. Volverás a verme, seguro, pero probablemente te arrepientas de tener que hacerlo - y sin más salió de la habitación y bajó las escaleras a toda velocidad.

Susan lo siguió lentamente y llegó a la puerta justo a tiempo de ver las luces traseras del coche desaparecer en una curva. Cerró la puerta con llave y se sentó en el salón. Estuvo allí sentada viendo una película, pero cuando terminó se dio cuenta de que no se había enterado de nada. Ni siquiera sabía cómo se titulaba. Y tampoco era que hubiera estado pensando en otra cosa. Se había limitado a permanecer allí, con la mente en blanco. Y así quería seguir, porque, sabía que en cuanto desapareciera aquel entumecimiento general, el dolor sería más grande de lo que podría soportar.

Subió hasta su dormitorio como un autómata; se duchó, se puso el camisón y se tumbó en la cama con la mirada clavada en el techo. Cord se había ido.

¡Cord se había ido! Aquella fue la letanía dolorosa que se repitió durante días, acompañando un dolor que nada podía aplacar. Funcionaba solo por instinto y por una fiera determinación. Había superado la. muerte de Vance y con idéntica voluntad de acero iba a conseguir salir adelante.

Había conseguido aceptar la muerte de Vance porque había visto su cuerpo sin vida, porque lo había enterrado. Con Cold era peor. Se había ido, sí, pero parecía estar por todas partes. Lo encontraba en algunas fiestas y tenía que comportarse como si verlo no le causara ningún dolor. Normalmente iba con Cheryl, por supuesto, aunque había oído decir que no se limitaba a salir con una sola mujer. Susan tenía que verlo y oírle decir todas esas cosas educadas que se decían los desconocidos con unos ojos fríos como el hielo.

Para no perder la cordura, Susan se obligaba a trabajar duramente todos los días. Trabajaba frenéticamente junto a Preston, esforzándose en conseguir dinero en efectivo suficiente para pagar el crédito sin poner en peligro la corporación. En realidad era una tarea imposible. Ambos sabían que si Cord decidía atacar otra vez, ya no podrían atender sus demandas.

En secreto, evitando que Preston se enterara, Susan vendió algunas de las propiedades de Nueva Orleans que Vance le había dejado. Preston habría preferido morir a permitir que Susan vendiera ninguna de sus propiedades, aunque ella sabía que había estado liquidando las suyas. A veces, cuando pensaba que Cord les estaba obligando a, vender propiedades que habían pertenecido a la familia durante generaciones, lo odiaba, pero mezclado con aquel odio siempre había algo de amor. Si no lo hubiera amado tanto, sí no se hubiera sentido tan traicionada por sus acciones, no se habría enfadado tanto el día que Preston decidió, sin quejarse siquiera, destituirse a sí mismo para evitar la bancarrota.

Todo lo ocurrido había afectado a Imogene profundamente. Desde la noche que había discutido tan violentamente con Susan, se había mantenido al margen y en silencio, como si le hubieran abandonado las

fuerzas. Hasta entonces, Imogene había participado activamente en todas las decisiones de la corporación, pero con todo aquel asunto, estaba dejando que Susan y Preston llevaran todo el peso. Por fin se acabó todo. Tenían dinero suficiente para pagar el préstamo, pero aunque Susan y Preston pudieron compartir un momento de alivio, sabían que no se habían acabado sus preocupaciones. Habían agotado hasta la última reserva de dinero y, cualquier otro problema acabaría con la corporación. Aun así, el alivio fue suficiente como para que decidieran celebrarlo en French Quarter, un restaurante mucho más bullicioso que cualquier otro de los que Cord podría haber elegido. Pero Susan se alegraba del ruido y la distracción. Desde que Cold se había ido de su casa, había perdido algunos kílos y no había sido capaz de divertirse por culpa del trabajo y la depresión.

Duarante el trayecto a casa, Preston la sorprendió con una disculpa.

- Has roto con Cord por culpa de esto, ¿verdad?

- Sí

- Lo siento - la miró frustrado -. Debería alegrarme porque no me gustaba que estuvieras con él, pero siento que te haya hecho daño. No me gusta que hayas estado en medio de todo esto.

- Tomé una decisión. Él insistió en que tomara partido y yo no podía ver cómo arriesgaba el trabajo de miles de personas sin hacer nada.

- Espero que sea consciente de lo que ha perdido - dijo Preston violentamente, y volvió a concentrarse en la carretera.

Incluso aunque lo supiera, no le importaría, pensó Susan con tristeza. Desde luego, no estaba sufriendo por ella. Cada vez que lo veía, parecía tener mejor aspecto.

Al salir de su vida, la había dejado perdida y desolada, sin ningún centro emocional. Y Susan se preguntaba si el resto de su vida estaría envuelto por aquella sorda tristeza que acompañaba cada uno de sus movimientos.

## Diez

Si Susan hubiera sabido lo que la estaba esperando cuando regresó a la oficina varios días después, no habría ido. Beryl ya estaba allí, con una fragante cafetera recién preparada.

- Buenos días, Beryl. ¿Ya ha llegado el señor Blackstone?

- No, todavía no. ¿Quiere una taza de café? Susan le dirigió una sonrisa.

- Yo misma me la serviré. Parece que tú ya tienes bastante trabajo – bromeó , señalando con una inclinación de cabeza los papeles que se amontonaban en la mesa de la secretaria.

Beryl asintió pesarosa.

- Sí, ¿verdad? El señor Blackstone debe de haberse quedado trabajando hasta media noche. Me dejó preparado todo esto y unas cintas en el dictáfono para que intente mecanografiarlas la semana que viene.

-¿De verdad? No sabía que pensaba venir anoche a la oficina.

Se sirvió una taza de café y se dirigió con ella a su despacho. Dejó la taza sobre el escrito rio y abrió las cortinas para dejar que entrara la radiante luz de la mañana. Aquel era un día especialmente caluroso; de hecho, había empezado a sudar antes de salir siquiera de casa. Estaba

empezando a pensar en tomarse unas vacaciones, en buscar una playa en la que no tuviera que hacer nada más estresante que pasarse el día tumbada bajo el sol. De alguna manera, sudar en la playa le parecía mucho más agradable que tener que hacerlo en el trabajo.

Después de acariciar los capullos de su geranio favorito, se sentó. Y fue entonces cuando reparó en el sobre que habían dejado encima de su mesa, con su nombre escrito en grandes letras mayúsculas. Con el ceño fruncido lo abrió, y sacó un fajo de papeles. Sobre ellos, había un documento legal que leyó rápidamente.

No había terminado de leer la primera página cuando ya sabía lo que era: Cord había comprado otro crédito y estaba reclamando su pago.

Dios santo, lo iba a conseguir. Ellos ya no podrían enfrentarse a un nuevo crédito. No podían pagarlo y la presión de Cord haría tambalearse a toda la corporación. Ya no había bancos dispuestos a prestarles dinero: habían perdido toda la capacidad de crédito. Sencillamente, no podían pagar aquel crédito y continuar funcionando.

¿Y dónde estaría Preston? Le entraron ganas dé correr a buscarlo, quería oírle decir que sería capaz de poner su magia nuevamente en funcionamiento y conseguir el dinero que tanto necesitaban. Pero sabía que habría sido un gesto muy egoísta y decidió controlar su urgencia. Dejaría que Preston disfrutara de algunas horas más de paz hasta informarlo de la noticia.

¿Pero cómo habría llegado aquel sobre a su escritorio? Dejaban siempre la oficina cerrada cuando se iban y Preston se había quedado a trabajar hasta tarde la noche anterior.

Entonces lo comprendió y sintió náuseas. Preston ya sabía todo lo del crédito. Había sido él el que había dejado aquel sobre encima de su escritorio.

Pasó las páginas del documento legal y encontró tras él una carta manuscrita de Preston. Había sido escrita precipitadamente, la letra lo delataba, pero era inconfundiblemente suya. Susan la leyó cuidadosamente y, cuando terminó, dejó caer la carta al suelo con los ojos llenos de lágrimas.

Si lo que Cord quería era la derrota de Preston, había ganado. Preston se había ido. Su carta era una carta de derrota y desesperación. Había hecho todo lo que había podido, pero no era capaz de seguir luchando contra Cord. Si se iba, cesarían las presiones. Esperaba que, apartándose él de la escena, Cord olvidara su venganza.

Susan no podía culpar a Preston por haber renunciado; sabía que aquel era su último esfuerzo por salvar la corporación. Seguramente

esperaba que cuando Cord descubriera que era Susan la que la estaba dirigiendo, renunciara a reclamar el crédito, sabiendo además que su primer objetivo se había cumplido y que solo estaba atacando a una mujer en la que previamente había estado interesado.

¡Como si eso pudiera detenerlo!, pensó Susan desesperada. Sintió un escalofrío. ¡Como si pudiera correr hasta él y pedirle que tuviera piedad de ella!

Ya le había suplicado una vez, por el bien de Preston, por el bien de todos, y Cord le había respondido con una frialdad pasmosa. No, no. volvería a rebajarse ante él.

Susan apenas reconocía el fiero enfado que se apoderó de ella, pero sabía que no iba a renunciar. Si tenía que luchar contra Cord hasta que no le quedara un solo penique, eso era precisamente lo que iba a hacer.

Levantó el teléfono y marcó rápidamente un número. No le sorprendió que contestara la propia Imogene.

-Imogene, ¿sabes dónde está Preston? - le preguntó directamente.

-No, solo me ha dicho que se iba - la voz de Imogene sonaba un poco espesa, como si hubiera estado llorando.

-¿Y sabes por qué se ha ido?

- Sí. He intentado disuadirlo, pero no me ha escuchado. No me quería escuchar – suspiró -. El cree que es la única forma de que Cord se detenga. ¿Qué... qué vamos a hacer? ¿Vas a ir a ver a Cord?

-¡No! - respondió Susan violentamente -. No voy a decirle nada. Lo que voy a hacer va a ser luchar contra él con todo lo que tengo, y necesito, tu ayuda.

-¿Mi ayuda? - repitió Imogene-. ¿Y qué puedo hacer yo?

- Tú llevas años trabajando en esta corporación. Tienes muchísimos contactos y sabes todo lo que pasa por aquí. Estos días voy a tener muchísimo trabajo si tengo que dirigir esto yo sola y al mismo tiempo intentar resistir a Cord. ¿Podrías venir a ayudarme? ¿Quieres pelear contra él?

Se hizo un largo silencio al otro lado de la línea y Susan esperó con los ojos cerrados, presa de una fuerte tensión. Necesitaba la ayuda de Imogene.
.

- No quiero luchar contra él - contestó por fin -. Esta locura ya ha durado suficiente. Si pensara que eso podría detenerlo, daría todo lo que tengo para traer la paz a esta familia. Sé que yo tengo mi parte de culpa en todo este desastre y puedes estar segura de que no me siento orgullosa de ello. No debería haberle dado la espalda; él es parte de la familia y yo lo olvidé. No sabes cuánto me arrepiento, pero los arrepentimientos no sirven de nada.

A Susan se le cayó el corazón a los pies.

-¿Entonces no me ayudarás?

- Yo no he dicho eso. Iré a la oficina en cuanto me arregle. Pero no para luchar contra él. Iré para ayudarte y para intentar evitar la ruina de la corporación. De momento, eso es lo único que importa. Y cuando esto acabe, iré a suplicarle a Cord que termine con esta guerra.

Al pensar en la orgullosa Imogene humillándose ante Cord, a Susan volvieron a llenársele los ojos de lágrimas.

Estaré esperándote - le dijo, y colgó el teléfono antes de que la dominaran los sollozos.

Si antes creía que tenía una gran capacidad de trabajo, eso no era nada con lo que tuvo que hacer durante aquellos días. Llegaba a la oficina poco después del amanecer y con frecuencia se quedaba allí hasta las nueve o diez de la noche. Aparentemente, no parecía posible atender a las demandas de Cord, pero no renunció. Imogene estaba constantemente al teléfono, pidiendo favores e intentando conseguir, un crédito que les permitiera mantenerse a flote. Pero incluso los viejos amigos se mostraban de pronto

recelosos hacia Blackstone Corporation. En su desesperación, Susan puso parte de sus acciones en venta. Preston e Imogene ya habían vendido algunas para reunir el dinero que le debían a Cord con la esperanza de poder comprarlas cuando recuperaran algo de liquidez. Pero Cord continuaba manteniéndolos contra las cuerdas y no había cesado en absoluto su presión. Por lo menos, el precio de las acciones estaba subiendo, pero aun así Susan sabía que tendría que tomar medidas más desesperadas.

Ella tenía acciones de otras empresas que convirtió sin demora y en secreto en dinero en efectivo. Imogene estaba resistiendo maravillosamente, atacaba el trabajo con creciente vigor y parecía estar recuperando sus fuerzas. Susan no quería hacer nada que pudiera arrojar a su suegra en manos de la depresión que la había tenido hundida últimamente. Ya estaba sufriendo demasiado por la ausencia de su único hijo; aquella caga era ya más que suficiente.

Cada mañana, cuando Susan se miraba en el espejo, se daba cuenta de que estaba viviendo en un insoportable estado de tensión y a veces se preguntaba durante cuánto tiempo podría aguantar aquella situación. Las sombras que rodeaban sus ojos parecían haberse convertido en algo permanente y las disimulaba metódicamente todas las mañanas bajo una espesa capa de maquillaje. Siempre salía de casa antes de que Emily hubiera llegado y estaba demasiado nerviosa para prepararse el desayuno. Emily casi siempre le dejaba comida preparada, para que cuando llegara a casa solo tuviera que calentarla, pero, habitualmente, Susan llegaba demasiado cansada para comer. Sobrevivía a base de cafés, y sándwiches que rara vez se terminaba.

El calor y la humedad comenzaron a minar sus fuerzas. Apenas podía dormir por las noches, a pesar del aire acondicionado, y podía permanecer tumbada durante horas, observando los relámpagos de calor y deseando que estallara la tormenta: Pero la lluvia nunca llegaba y cada día hacía más calor que el anterior.

Tumbada en la cama, durante aquellas húmedas noches en las que hasta una sábana le resultaba agobiante, pensaba en Cord. Durante el día lo odiaba, pero cuando llegaba la noche, no podía detener los recuerdos y se descubría abrazada a la almohada, llorando el dolor de su ausencia. Quería verlo, observar su hermosa boca curvándose en una de sus sonrisas devastadoras. Cuando conseguía dormirse, soñaba con él y se despertaba sobresaltada cuando pensaba tenerlo ya al alcance de la mano.

Se había enterado de que Cord había vuelto a irse. Y aquella vez no se preguntaba si regresaría o no. La duda era qué nueva arma estaba preparando para utilizarla contra ella. No, no contra ella personalmente, sino contra todos ellos en general. Aunque Susan no era capaz de señalar exactamente la fecha en la que se había marchado, sabía que había sido al mismo tiempo que Preston. Era posible que no supiera que Preston le había dejado las riendas de la corporación. Por lo que a sus amigos y conocidos concernía, Preston estaba en un viaje de negocios. Aquella era la historia que ella e Imogene habían decidido poner en circulación antes de que comenzaran a correr nuevos rumores.

A pesar de todo, cuando se enteró de que Cord había regresado, no sintió el terror que debería haberla sobrecogido. Durante un dulce momento de locura, simplemente se alegró de que hubiera vuelto; de que estuviera

más cerca de ella, si no emocionalmente, al menos geográficamente.

Si Susan no hubiera estado tan cansada, tan desesperada, jamás habría considerado la idea. Pero a última hora de la tarde de uno de aquellos agotadores días de trabajo, estando todavía en su despacho, pensó en sus tierras.

Había puesto en práctica hasta la última de sus ideas y, aun así, no conseguía reunir el dinero para pagar el crédito. Había liquidado un gran número de sus acciones de Blackstone Corporation y había puesto en venta todas las propiedades que Vance había acumulado para ella... todas excepto la casa en la que vivía y las tierras en las que Cord estaba tan interesado.

Las tierras. Al pensar en ellas sintió una sacudida que la hizo enderezarse en la silla. ¡Las tierras! Con la posibilidad de encontrar petróleo o gas natural eran una mina de oro que tenía delante de sus narices. El dinero que conseguiría rentándolas sería más que suficiente para pagar el préstamo. En medio de su agotamiento, pensó que sería ideal que el dinero de esas tierras sirviera para derrotar a Cord. Al fin y al cabo, habían sido ellas la razón que lo habían llevado a Mississipi.

En el fondo de su mente, sabía que era extraño que Cord no la hubiera presionado para firmar aquel contrato, pero, sencillamente, no era capaz de comprender el curso de sus razonamientos. Susan lo amaba, pero no lo comprendía.

La idea de las tierras renovó sus fuerzas. Conduciría aquel mismo día a la cabaña y se las ofrecería a Cord. Si él no las quería se las alquilaría a la primera compañía petrolífera que se mostrara interesada en ellas.

Sin darse tiempo para reconsiderar lo que estaba haciendo, cerró el despacho y salió de la oficina. Si pensaba en ello, comenzaría a preocuparse y las dudas le harían cambiar de opinión. Las manos le temblaban mientras conducía el Audi. Una mirada distraída al indicador de la gasolina la advirtió de que debía parar en una gasolinera, pero ni siquiera esa interrupción le parecía tolerable. Pensó que tenía gasolina más que suficiente para volver a su casa y que de momento eso era lo único que le importaba.

Llevaba la radio a poco volumen, pero incluso aquel sonido de fondo le estaba destrozando los nervios, de modo que la apagó con un movimiento rápido e irritado. Un ligero mareo la alarmó y giró el aire acondicionado, para que le diera directamente en el rostro. Al cabo de unos segundos, se sintió mejor y aumentó la velocidad del Audi.

Vio el todoterreno de Cord aparcado bajo uno de los robles gigantes que protegían a la cabaña de los fuertes rayos del sol. La puerta principal de la casa estaba abierta. Susan aparcó delante del porche y vio a Cord salir caminando lentamente de la cabaña. Llevaba puestas unas botas y unos vaqueros viejos, nada más. Susan alzó la mirada, hacia él y sintió que se le paralizaba el corazón. Cord estaba dejándose crecer la barba otra vez y aquella sombra oscura le daba el aspecto de un forajido del oeste.

Susan había intentado imaginarse cuáles serían las primeras palabras de Cord y su imaginación le había suministrado toda una serie de frases brutales, a cada cual más hiriente. Susan se abrazó a sí misma al ver que Cord entornaba los ojos y la recorría lentamente con la mirada.

- Pasa, tengo té frío en la nevera - la invitó, agarrándola del codo y urgiéndola a entrar al interior de la cabaña -. Parece que estás a punto de

derretirte.

¿Así que eso era todo? Susan tuvo que tragar saliva y dominar una risa histérica. Después de todos sus miedos, Cord se limitaba a invitarla a pasar a tomar un vaso de té...

Sin ser consciente de cómo, se encontró de pronto sentada a la mesa mientras él se movía alrededor de la cocina.

- Estaba a punto de comer - dijo con asombrosa naturalidad-. Con este calor no me apetecía cocinar, así que me he preparado un sándwich y una ensalada, pero hay suficiente para los dos.

Susan lo miró fijamente. ¿De verdad querría invitarla a comer?

- Oh, no, gracias...

Cord interrumpió su negativa colocando un plato frente a ella. Susan miró fijamente el sándwich de jamón, preguntándose si le sería posible dar un solo mordisco. Justo en ese momento, volvió a entrar la mano de Cord en su campo de visión, aquella vez colocándole un cuenco de ensalada al lado del plato. Al instante le pasó una servilleta, un tenedor y un vaso de té helado. Cuando Súsan alzó su asombrada mirada, vio que Cord había colocado otro plato, otro cuenco y otro vaso frente a él.

- Come - le dijo con amabilidad -. Te sentirás mejor en cuanto hayas comido.

¿Cuándo había comido por última vez?, se preguntó Susan. Aquellos días habían sido como una larga y calurosa pesadilla y no podía recordar siquiera la última vez que se había sentado a comer tranquilamente. Algún que otro mordisco a un sándwich, innumerables tazas de café y barritas de chocolate habían constituido su dieta desde que Preston se había marchado. Comenzó a comer lentamente. La ensalada fresca y crujiente de pronto le pareció el mejor bocado del mundo. Saboreó cada bocado y se bebió el té. Como últimamente estaba comiendo tan poco, fue incapaz de terminarse el sándwich, pero Cord no hizo ningún comentario. Al contrario, despejó la mesa, metió los platos en el fregadero y volvió a llenarle el vaso de té.

- Ahora - dijo, sentándose nuevamente en la silla -, ya no parece que te vayas a desmayar a mis pies, así que estoy dispuesto a escuchar lo que tengas que decirme.

- Quiero hablar de mis tierras - dijo, pero su mente no acompañaba a sus palabras. Estaba mirándolo fijamente, dibujando las líneas de su rostro como si quisiera grabarlas para siempre en su memoria.

- Entonces hablemos. ¿Qué quieres comentarme? - se cruzó de brazos y se recostó en la silla al tiempo que colocaba las piernas sobre una silla que tenía a su lado.

- Todavía quieres alquilarlas?

Cord cerró ligeramente los ojos.

- Ve al grano, Susan.

Nerviosa, Susan bebió un sorbo de té y jugueteó un momento con el vaso.

- Si las quieres, estoy - dispuesta a alquilártelas. He decidido no esperar a tener el informe. Y si no las quieres, se las alquilaré a cualquier otra compañía.

- Oh, claro que las quiero todavía - repuso suavemente -, pero ahora

mismo no voy a darte ningún dinero por ellas. Estoy seguro de que saldrías corriendo hacia Biloxi para darle a Preston el dinero, así que no pienso darte un maldito penique hasta que todo esto haya terminado. El dinero por el alquiler de esas tierras será para ti, para que puedas seguir manteniendo tu nivel de vida actual cuando a Preston no le quede un solo penique - le dirigió una cínica sonrisa -. Yo me ocuparé de que puedas seguir utilizando ropa interior de seda.

Susan se levantó violentamente, con las mejillas rojas como la grana.

-¡Entonces se las arrendaré a otra compañía!

- No creo respondió, arrastrando las palabras. Se levantó lentamente para interponerse entre Susan y la puerta -. Si crees que ya he utilizado todas las cartas que tenía contra Preston, estás equivocada. De modo que, si se las alquilas a cualquier otro, lo destrozaré.

Susan retrocedió, tropezándose con la mesa. Estaba tan agotada que no fue capaz de reaccionar cuando Cord se abalanzó sobre ella y la agarró por la cintura. Al sentir su delgadez, Cord frunció el ceño peligrosamente.

-¿Cuánto has adelgazado? - le preguntó, fulminándola con la mirada.

- Eso no es asunto tuyo - hundía los dedos en los brazos de Cord, intentando apartarlo, pero era tan inamovible como una tapia.

Cord continuó agarrándola del brazo con una mano mientras con la otra acariciaba sus frágiles contornos. Deslizó la mano por sus caderas, por su trasero, por sus muslos... y a continuación la alzó hasta sus senos. Susan gritaba y se retorcía luchando por liberarse, pero Cord continuaba sujetándola y mirándola furioso.

-¿Qué demonios te ha hecho ese tipo?

Susan se sentía como si acabaran de clavarle una daga en el corazón, se retorció y sintió que un sollozo escapaba de sus labios. Consiguió

zafarse de su mano y se apartó de él, con el rostro pálido como el papel.

-¡El no me ha hecho nada! ¡Has sido tú el que lo has hecho todo! ¡No es a él al que estás destrozando, me estás destrozando a mí! - horrorizada por lo que acababa de decir, se llevó la mano a la boca, intentando detener aquel torrente de palabras.

Si Cord antes estaba enfadado, en aquel momento se produjo una explosión de cólera. Dio un puñetazo a la mesa que hizo rodar los vasos de té.

-¿Qué quieres decir? ¿Que ese maldito cobarde te ha dejado?

- No es un cobarde. Abandonó porque esperaba que dejaras de atacar al darte cuenta de que ya no podías hacerle ningún daño. ¡Está intentando salvar la corporación, salvar miles de puestos de trabajo...

-¿Quieres decir que pensaba que vendrías corriendo a contarme que estabas tú sola, intentando salvar la corporación para que yo renunciara? Maldita sea, Susan, ¿y por qué no hiciste exactamente eso? ¿Por qué has tenido que meterte en todo esto?

- Porque creo que estás equivocado. Preston no está utilizándome como cordero sacrificial; y si por un momento dejaras de odiarlo, podrías darte cuenta de que ha cambiado. Puedes continuar intentando aliviar tus propias culpas haciéndoselas pagar a él, pero estás completamente equivocado.

-¿Y por ese motivo te estás destrozando a ti misma, para demostrarme

lo equivocado que estoy?

Cord jamás iba a atender a razones. Al darse cuenta de ello, Susan sintió vértigo.

-No -susurró-. Si me he estado destrozando ha sido para mantener viva la corporación. No podía dormir porque permanecía despierta intentando encontrar la manera de conseguir más dinero y no comía porque no tenía tiempo para hacerlo - se había quedado completamente blanca y sus ojos resplandecían -. He vendido todo lo que tenía, excepto mi casa y las tierras, intentando salir a flote. ¿Pero quieres todo eso también? O quizá quieras las llaves de mi coche...

-¡Cállate! - tronó Cord, agarrándola del brazo.

Susan se retorcía, incapaz de soportar su contacto.

- Déjame sola - le dijo con crudeza y salió tambaleándose de la cabaña hacia el Audi. Cerró la puerta con fiereza e intentó poner el coche en marcha, pero el motor comenzaba a sonar e, inmediatamente, se apagaba -. No me hagas eso -dijo entre dientes, girando la llave otra vez.

Pero el motor seguía sin responder. Horrorizada, advirtió que se había quedado sin una sola gota de gasolina-. ¡Maldita sea! - le. gritó al coche -. No me hagas eso - empezó a golpear el volante con ambas manos -. ¡Maldito, maldito, maldito! - y con cada uno de sus golpes, brotaba un torrente de lágrimas de sus ojos.

- Susan - la puerta se abrió de pronto y Cord la agarró por las muñecas para obligarla a salir del coche -. Susan, déjalo ya. Tranquilízate, cariño. Tranquilízate. No te pongas así. Déjame ver si puedo poner el coche en marcha.

- No puedes. - estalló. Enterró el rostro en su mano libre y comenzó a llorar de forma incontrolable -. Me he quedado sin gasolina.

Cord se sentó en el asiento del conductor, manteniendo una pierna fuera del coche y giró la llave de ignición para comprobarlo por sí mismo. Suspirando, salió del coche y cerró la puerta.

- Yo te llevaré a casa.

-¡No quiero que me lleves a casa! -se volvió, dispuesta a comenzar a caminar, pero Cord la agarró del brazo y la hizo volverse justo en el momento en el que un trueno hacía vibrar la tierra. Susan saltó sobresaltada y alzó la mirada hacia los terribles nubarrones que de pronto habían cubierto el cielo. Acababan de alzar ambos la mirada cuando, empezaron a caer enormes gotas de lluvia. Cord le pasó el brazo por los hombros y la condujo hacia el porche. Llegaron justo antes de que se desatara una lluvia furiosa y sonara un trueno de tal calibre que tenían que gritarse para oírse.

- No puedes volver andando a tu casa con una tormenta como esta -le gritó Cord al oído -. Esperaremos a que termine y después te llevaré a casa.

-¡Quiero irme a casa! - le gritó Susan-. No voy a quedarme aquí.

Una expresión de impaciencia cruzó el rostro de Cord; pero consiguió controlarse haciendo uso de toda la fuerza de voluntad. La agarró del brazo, la arrastró al interior de la cabaña y cerró la puerta, intentando alejarse del fuerte sonido de la lluvia.

- De acuerdo, de acuerdo – estalló -., Te llevaré a casa. Pero ten en cuenta que de aquí al coche nos empaparemos.

- No me importa - lo miró con expresión obstinada y Cord la miró a su vez, furioso y frustrado. Pero, evidentemente, vio algo en su rostro que la hizo vacilar. Susan no tenía idea de lo frágil que parecía, ni de lo profundas que eran las ojeras con las que el cansancio había rodeado sus ojos. Cord se pasó la mano por el pelo, haciendo que cayera un mechón .por su frente.

- Acercaré el coche al porche todo lo que pueda – musitó -. Hay un periódico en la mesa que está enfrente de la chimenea, póntelo en la cabeza y sal corriendo, pero te advierto que, no te va a servir de mucho contra la lluvia - se acercó al armario, sacó una bolsa de basura de plástico y desapareció en el dormitorio. Al cabo de unos segundos salió con una camiseta, la bolsa doblada bajo el brazo y una gorra de béisbol en la cabeza.

Sin decir una sola palabra, salió al porche y Susan lo siguió. Cord caminó hasta el final del porche y se detuvo un momento para contemplar la lluvia con expresión de disgusto. Entonces saltó los escalones del porche y corrió hasta él coche. A pesar de lo deprimida que estaba, Susan lo miró con admiración, fascinada con la gracia y el encanto de sus movimientos.

Un rayo cegador cayó al borde del arroyo y su tremendo sonido sacudió a Susan como si la tierra entera se estuviera moviendo. La electricidad hizo que se le pusieran los pelos de punta. Las ramas de los robles se mecían peligrosamente y los árboles más jóvenes se inclinaban como si estuvieran a punto de romperse. Quería pedirle a Cord que volviera, pero él ya estaba en el coche. Tambaleándose, regresó a la cabaña a tomar el periódico que Cord le había indicado; era tal la oscuridad que había llevado la tormenta que tuvo que encender la luz para encontrarlo.

Cord tocó la bocina y Susan se sobresaltó. Rápidamente, cruzó la habitación y salió al porche. El viento parecía querer empujarla a entrar nuevamente en la casa y tuvo que emplearse a fondo para poder cerrar la puerta a la vez que sujetaba el periódico en su cabeza. Al final, agarró el periódico con las dos manos y, sin darse tiempo a pensar, bajó los escalones, cubiertos a esas alturas de un agua helada que le llegaba a los tobillos. No tardó en estar completamente empapada. Cord se había inclinado para abrirle la puerta, pero cuando Susan apartó una mano del periódico para sujetar la manilla, el periódico salió volando, dejándola sin ningún tipo de protección. Cord le tendió los brazos para ayudarla a montarse y cerró la puerta.

- Hay un par de toallas en esa bolsa de basura - le indicó cortante, mientras comenzaba a conducir.

Susan sacó una de las toallas y se la pasó por los hombros y los brazos. Después se frotó el pelo y, a continuación, miró compungida los asientos empapados del coche.

- Lo siento - dijo con voz atragantada, diciéndose que debería haberse quedado en el coche hasta que pasara la tormenta.

La lluvia todavía cubría el rostro de Cord, las gotas caían como diamantes líquidos sobre su piel. Cord se quitó la gorra y la colocó entre ellos. En silencio, Susan le tendió la toalla. El la tomó y se secó la cara, el pelo y los brazos mientras continuaba conduciendo con una sola mano.

Las luces del coche iluminaron el arroyo a punto de desbordarse; resultaba aterrador ver cómo había aumentado la corriente en el poco tiempo que llevaba lloviendo. Cord miró hacia el agua con expresión sombría.

- Espero que pueda volver.

En aquel momento, sujetaba el volante con fuerza, pendiente de las embestidas del viento; aun así, hubo una particularmente violenta que los echó a un lado de la carretera, haciendo que las ruedas se hundieran en el barro. Cord consiguió sacar el coche de nuevo a la carretera, pero avanzaban a paso lento. Los faros del coche apenas atravesaban la cortina de la lluvia y , los limpiaparabrisas, a pesar de ir a toda velocidad, no eran capaces de despejar el agua.

Cord tomó una decisión repentina. Miró a Susan, llevó el coche a un lado de la carretera y apagó el motor.

- No puedo conducir - le explicó -. Vamos a tener que esperar hasta que la tormenta haya terminado.

Susan asintió; entrelazó con fuerza las manos en el regazo y fijó la mirada en los limpiaparabrisas. No podía ver nada. La oscuridad era absoluta. Estaban completamente aislados en el diminuto refugio que representaba aquel vehículo.

El tiempo iba pasando y la lluvia era cada vez más intensa. Cord encendió la radio, pero apenas podían entender lo que el locutor estaba diciendo y volvió a apagarla otra vez. Por el rabillo del ojo, advirtió que Susan estaba temblando y le tocó el brazo helado.

- Deberías haber dicho algo - frunció el ceño, puso el motor en marcha y encendió la calefacción.

Susan sintió una agradable corriente de aire caliente en las piernas y se quitó agradecida los zapatos.

El silencio le estaba destrozando los nervios. - Hacía mucho que no veía llover así - aventuró.

Cord tamborileó con los dedos en el volante.

Susan intentó dominar un escalofrío.

-¿Por qué has vuelto a dejarte la barba?

- Porque no me gusta afeitarme - respondió cortante y Susan hizo una mueca. Fin de la conversación. Se cruzó de brazos, acordándose por primera vez de la chaqueta y el bolso que se había dejado en el coche. Se había comportado como una mujer histérica. Estaba tan desesperada por marcharse de allí que no había pensado en nada más.

Empezó a oír un sonido metálico, se enderezó en el asiento y miró asombrada a Cord, que también estaba escuchando.

-¿Qué es eso? - le preguntó.

- Granizo.

No había terminado .de decirlo cuando el sonido se hizo significativamente más intenso. Cord apagó el motor y miró receloso a su alrededor.

- Los relámpagos se ven cada vez más lejos comentó Susan esperanzada, sin querer admitir ni por un instante que estaba asustada.

- Chss - la silenció Cord e inclinó la cabeza ligeramente, como si quisiera escuchar con atención. Le tomó la mano y entrelazó los dedos con los suyos. Susan contuvo la respiración y escuchó también; sus nervios aumentaron cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando. Cesó el granizo y también la lluvia, dejando tras de sí un silencio interrumpido únicamente

por las gotas de lluvia que se desprendían de los árboles.

Era precisamente aquel silencio el que resultaba más enervante. Había algo tenso y pesado en el ambiente que le hacía difícil el respirar._ O, quizá fuera que simplemente estaba demasiado asustada para hacerlo con tranquilidad.

- Ahora ya puedes conducir.

Cord se deslizó en el asiento, le rodeó los hombros con el brazo y le dio un beso en la sien.

- Esperaremos un rato - le dijo quedamente -. Si ponemos en marcha el motor, no podremos oír si vuelve la tormenta.

Susan se estremeció y cerró los ojos.

- Lo sé - tenía todos los músculos en tensión y el corazón le latía a toda velocidad.

Lo de la calma que antecedía. a la tormenta no era un tópico, era absolutamente cierto. Habiendo nacido en el sur, en el que las tormentas eran grandiosas cuando el aire húmedo y caliente del golfo colisionaba con los vientos fríos del oeste, Susan conocía demasiado bien el poder letal de los tomados que se engendraban durante las tormentas. Conocía todas las señales y advertencias y, desde niña, le habían enseñado en el colegio la mejor forma de sobrevivir a un tornado. La regla número uno era no dejarse atrapar por ninguno.

- En cuanto oigamos algo, sal a toda velocidad de la camioneta - la instruyó Cord quedamente-. Hay una zanja a la izquierda de la carretera, probablemente esté llena de agua, pero es allí donde iremos de todas formas.

- De acuerdo - contestó con voz tensa mientras bajaban la ventanilla para poder oír mejor.

Solo llegaba hasta ella el sonido de las gotas de agua cayendo desde las hojas de los árboles.

La primera ráfaga de granizo golpeó con tanta fuerza el limpiaparabrisas que ambos saltaron en su asiento y Susan tuvo que reprimir un grito. Cord soltó una obscenidad y cualquier otra cosa que pudiera haber dicho a continuación quedó ahogada por la andanada de granizos del tamaño de una pelota de golf que comenzaron a golpear el todoterreno. El estrépito era increíble. Susan se sentía como si estuviera en el interior de un tambor gigante y algún loco estuviera golpeándolo sin piedad. Liberó la mano de la de Cord y se tapó con fuerza los oídos.

Cuando el granizo terminó, dejando tras de sí un paisaje cubierto de bolas de hielo, se oyó un profundo retumbo.

Con un rápido movimiento, Cord se inclinó sobre Susan, abrió la puerta y utilizó la presión de su cuerpo para obligarla a salir. La agarró entonces por la cintura, para evitar que se resbalara en el hielo. Susan iba descalza y el hielo estaba insoportablemente frío, pero sabía que en cualquier caso era mejor caminar sin zapatos. Los tacones no solo habrían sido inútiles, sino que podrían haber sido peligrosos para caminar por allí. De modo que, haciendo caso omiso del dolor, salió corriendo mientras sentía que la tierra comenzaba a temblar.

Se tiraron a la zanja; el agua estaba tan fría que cortaba la respiración. Un resplandor amarillento iluminó el cielo y Susan pudo distinguir las

duras líneas del rostro de Cord. Apoyando una mano en su hombro, este la obligó a tumbarse en la zanja y el agua le golpeó el rostro, llenándole la boca de barro. Susan lo escupió y lo miró con ojos ardientes. Si tenía que morir, agradecía a Dios que fuera a su lado. Después, Cord la cubrió presionándola contra el agua helada e interponiendo su cuerpo entre ella y la tormenta que se cernía sobre ellos.

Aquello no parecía real. Por dentro, Susan estaba aterrorizada, pero por fuera no solo estaba tranquila, sino también extrañamente distante. Sentía el viento sacudiendo sus cuerpos, tan fiero y fuerte que el agua desbordaba la zanja y caía sobre la carretera que la lluvia había inundado. Susan no podía oír nada salvo el rugido de aquel horrible monstruo que se acercaba. Se aferraba a Cord, rodeándole la cabeza con las manos en su esfuerzo por darle toda la protección que pudiera. Y era tal la fuerza que la desesperación le daba, que Cord no conseguía soltarle los brazos para hundirla más bajo él.

Oyó un profundo bramido y gritó en medio de la tormenta. Cord la sujetaba con tanta intensidad que parecía a punto de romperle las costillas, mientras la hacía hundirse en la zanja. Susan luchaba por respirar, pero le resultaba imposible llenar los pulmones de oxígeno, pues aquel monstruo succionaba el aire en su rotación. Y en lo único en lo que Susan podía pensar en todo momento era en que se alegraba de estar con Cord.

Debió desmayarse, aunque nunca fue del todo consciente de ello. Lo único que sabía era que en un momento estaba ahogándose y teniendo la absoluta certeza de que el tornado iba a acabar con ellos y al siguiente el mundo regresó a una extraña calma. Todavía estaba lloviendo, pero era una lluvia normal, carente de la violencia de segundos antes. No había ya relámpagos, ni truenos, ni granizo... ni viento. Cord continuaba tumbado sobre ella, respirando agitadamente y con los dedos hundidos en el barro, como si quisiera anclarse con ellos a la tierra. Permanecieron así durante algunos minutos, hundidos en la zanja mientras intentaban asimilar el hecho de que no solo estaban vivos, sino también relativamente ilesos.

Cord dio media vuelta, se sentó y le pasó el brazo por la espalda para ayudarla a incorporarse.

-¿Estás bien? - le preguntó con voz ronca.

- Sí - contestó, descubriendo para su sorpresa que tenía un intenso dolor de garganta y la voz tan ronca que apenas podía pronunciar palabra.

Se levantaron tambaleantes, apoyándose el uno en el otro y Susan oyó que Cord maldecía mientras buscaba su vehículo en medio de la lluvia y la oscuridad.

- Maldita sea - musitó mientras comenzaba a caminar -, se ha dado completamente la vuelta y está al otro lado de la carretera. Y me temo que esta noche no voy a poder llevarte a tu casa.

Siguiendo la dirección de su mano, Susan pudo ver un árbol gigante cruzado en la carretera. Sobre él se extendía un resplandor azul que casi hería los ojos al mirarlo. Los árboles caídos se habían llevado con ellos los postes eléctricos, organizando tal chisporroteo que aquello parecía la celebración del Cuatro de Julio. El tornado lo había destrozado todo a su paso.

Al ver a Susan cojeando, Cord se acercó a ella y la levantó en brazos. Susan se sentía como si hubiera agotado ya sus últimas reservas de energía

y se alegró de que la llevara; exhausta como estaba, apoyó la cabeza en su pecho y él tensó levemente su abrazo. La llevó hasta el coche, la sentó en su interior y se colocó tras él volante. Giró la llave y, para su sorpresa, el todoterreno se puso inmediatamente en marcha. Le dirigió a Susan una sonrisa radiante. Después de todo por lo que habían pasado, era un verdadero placer que algo saliera bien.

- Vamos a volver a la cabaña - le dijo, mientras conducía lentamente para evitar que resbalaran en el hielo -. No podré llevarte a casa hasta mañana por la mañana.

Susan no dijo nada, se limitó a aferrarse al borde del asiento. Estaba segura de que no habría luz en la cabaña, pero Cord podía encender un fuego, y la idea de poder sentirse limpia y seca otra vez le parecía gloriosa. Tenía los músculos todavía tensos y descubrió que no podía relajarlos.

Cuando llegaron a la máxima altura de una cuesta, Cord paró en seco.

- Voy a ver como está el puente - le explicó y salió antes de que Susan tuviera tiempo de decirle que quería ir con él. No quería perderlo de vista ni un solo segundo.

Cord regresó al cabo de unos minutos, se metió en el coche y dijo:

- El agua ha sobrepasado el puente, no podemos cruzarlo. Tendremos que pasar la noche en el coche.

## Once

Susan se mordió el labio, pensando en el confortable fuego que había imaginado. Permaneció callada mientras Cord conducía para al final aparcar a un lado de la carretera.

Había intentando con tanto frenesí alejarse de él, pensó Susan, y, sin embargo, en ese momento se alegraba de estar a su lado, y de que Cord estuviera bien. Habían estado tan cerca de la muerte... ¿Y qué habría pasado si solo hubiera sobrevivido ella? Imaginárselo muerto bajo la fuerza salvaje de la tormenta le resultaba insoportable.

Se pasó la mano, temblorosa, por el pelo. La lluvia había eliminado el barro, pero encontró algunas briznas de hierba en su pelo que dejó caer al suelo. En cualquier caso, ¿qué importancia podía tener que tuviera el pelo hecho un desastre? De pronto, empezó a reír.

Cord alzó la cabeza al oírla y posó la mano en su hombro. Susan se tapó la boca con la mano, intentando contener la risa, pero incapaz de hacerlo.

- Cariño, no pasa nada - musitó él, cambiándose de asiento para poder abrazarla -. Todo ha terminado y estás perfectamente.

La rodeó con sus brazos y Susan enterró el rostro en su hombro. Su risa no tardó en convertirse en un atragantado sollozo que terminó en llanto mientras Cord continuaba abrazándola y susurrándole palabras tranquilizadoras.

Pero Susan no dejaba de temblar.

- Dios mío, estás helada - musitó Cord, separándose de ella. Buscó las dos toallas que había llevado y con las que antes se habían secado el pelo y le colocó una en la cabeza -. Quítate esa ropa - le ordenó -. Hay una manta en la parte de atrás, te envolveré en ella.

Susan lo miró con los ojos abiertos como platos.

- Tú también tienes que quitarte esa ropa. No creo que seas inmune al frío. -

El tono normal de su voz consiguió tranquilizar a Cord, que se volvió hacia ella con una sonrisa radiante.

- Creo que no tengo tanto frío como tú, pero admito que llevar los vaqueros mojados es condenadamente incómodo - se quitó la camiseta, la escurrió y la colocó sobre el volante.

La vista de su poderoso torso desnudo tuvo un efecto inquietante en Susan. Inmediatamente desvió la mirada y comenzó a desabrocharse la camiseta de algodón mientras él intentaba quitarse las botas en el reducido espacio del que disponía. Susan tenía los dedos tan fríos que apenas podía moverlos y, cuando ella solo había conseguido quitarse la camisa y bajarse los tirantes del sujetador, Cord estaba ya completamente desnudo y secándose con la otra toalla.

Cuando terminó, se dispuso a ayudar a Susan. Le quitó la falda, las medias y las bragas a toda velocidad; a continuación la secó vigorosamente, consiguiendo devolver la circulación a sus miembros.

Después tomó la manta, la desdobló y la extendió sobre el asiento. Se sentó encima, colocó a Susan en su regazo y se envolvió junto a ella con el resto de la manta.

Al sentir aquel agradable calor, Susan suspiró satisfecha y se acurrucó contra el sorprendentemente cálido cuerpo de Cord. De pronto sentía una paz infinita. Estaban completamente solos y aislados del mundo, por lo menos hasta el día siguiente. Y estaban desnudos, como Adán y Eva. El aroma de la piel de Cord y el calor de su masculinidad la excitaban y la tranquilizaban al mismo tiempo; se volvió ligeramente, para presionarse todavía más contra el suave vello que cubría su pecho.

Cord la sostenía contra él, acariciando suavemente sus curvas.

- En mi vida he pasado más miedo que esta noche -admitió.

Susan alzó la cabeza y lo miró atónita.

-¿Tú? - preguntó incrédula -. ¿Tú has pasado miedo? - le parecía imposible.

- No podía dejar de pensar en lo que pasaría si algo te ocurriera. Si te pasara algo... - se mordió el labio y su rostro se ensombreció.

Susan no salía de su asombro.

- Pero tú también corrías peligro.

Cord se encogió de hombros, aparentemente indiferente a su propio destino. Quizá fuera así como se enfrentaba al peligro, absolutamente despreocupado de lo que pudiera pasarle. Y quizá fuera esa la razón por la que la muerte no lo había encontrado todavía: no la temía y por eso no lo había buscado. Y, sin embargo, había tenido miedo por ella... Susan interrumpió sus pensamientos, temiendo sacar conclusiones de lo que Cord acababa de confesar. Se limitó a estrecharse nuevamente contra él, en aquella ocasión, rodeándole el cuello con los brazos.

Cord frotó la mejilla contra, su frente.

- Susan.

Susan adoraba el sonido de su nombre en sus labios. Con una sensualidad inconsciente, movió sus senos contra él, sintiendo la suavidad

de su vello contra los pezones.

-¿Mmm? - murmuró desconcertada.

- Quiero hacer el amor contigo. ¿Tú quieres?

Al sentir el ligero temblor del deseo en su voz, Susan se estremeció de placer. Alzó el rostro hacia él sin ningún tipo de reserva y Cord la besó con tierno fervor. Fue un beso largo, sus lenguas se acariciaban transmitiéndose su mutuo deseo, mientras Cord se apoderaba de sus senos y los acariciaba hasta sentirlos endurecerse bajo sus manos.

Alzó entonces la cabeza y rió.

- ¿Eso es un sí?

- Es un sí -a pesar de las semanas que habían pasado separados, a pesar del enfado, no sentía vergüenza delante de él. Ella era suya, en el más puro sentido de la palabra y siempre había percibido en sus caricias el cuidado y la preocupación con las que la trataba. Quizá su pasión podía rozar en ocasiones la rudeza o la urgencia, pero nunca le había hecho daño y Susan sabía que jamás se lo haría.

Sabía también que podía haberse resistido, podría haber insistido en la distancia que los separaba, pero después de la tormenta ninguna de las razones que tenía para enfadarse parecían tener peso suficiente. Después de lo que habían pasado, solo quería sentirse a su lado, sentir su calor y asegurarse de que había salido ileso. Cord era algo tan infinitamente preciado para ella que no podía perder un solo segundo del tiempo que iban a pasar juntos. Estaba terriblemente preocupada por su situación y eso no cambiaría; en cuanto saliera el sol, volverían los problemas. Pero tenían toda la noche para ellos y, de momento, eso era más que suficiente.

Cord fue lento y exquisitamente delicado. Utilizó los besos y la magia de sus manos para excitarla e ir tumbándola lentamente en el asiento, controlando en todo momento la situación. Susan se retorcía bajo él, dejando escapar pequeños gritos de placer mientras él recorría con las manos y los labios todo su cuerpo. Pero, de pronto, Cord se quedó completamente quieto.

- ¿Cord? -le preguntó Susan aturdida -. ¿Qué te pasa?

- Estoy bien, no me pasa nada. Es solo que no estoy preparado... No llevo nada para protegerte.

Aquella generosidad hacia ella le encantó, pero para ella las caricias no eran suficiente. Lo deseaba a él con toda su deliciosa masculinidad, quería hasta la última esencia de aquel hombre. Alargó el brazo y acarició suavemente su rostro.

- Te deseo - dijo en voz baja -. ¿Te importaría mucho que nos arriesgáramos?

Un estremecimiento de placer atravesó el cuerpo de Cord y se movió rápidamente sobre ella para hundirse casi al instante en su interior con un gruñido de placer. Se movía con una urgencia como Susan no le había conocido nunca y ella intentaba tranquilizarlo con su dócil flexibilidad. Antes de lo que esperaba, Cord se derramo en su interior.

Poco después, ambos comenzaron a sentirse incómodos. Al calor del deseo, ninguno había notado la incomodidad de su postura, pero en aquel momento parecían chocar constantemente con el volante, las manillas de la puertas... Todos los objetos del coche parecían hechos para molestar. Cord

rió suavemente mientras intentaba separarse de ella sin hacerse daño.

- Creo que estaríamos más cómodos en el asiento de atrás: Dios mío, ¿por qué no se nos habrá ocurrido antes?

Tras abatir el asiento trasero, tenían un considerable espacio, aunque no lo suficientemente largo para que Cord pudiera estirar las piernas. Había apagado el motor, de modo que solo se tenían el uno al otro, además de la manta, para darse calor. Pero estando seca Susan ya no tenía tanto frío. Se tumbaron en la mitad de la manta y Cord colocó la otra mitad sobre ellos. Susan se acurrucó entre sus brazos, cansada y feliz.

- Estoy tan cansada - musitó entre bostezos. No quería dormirse, no quería perderse un solo segundo del tiempo que iban a pasar juntos, pero su cuerpo demandaba descanso. La tensión de las semanas anteriores y el miedo que había experimentado aquel día estaban dejando sentir su efecto. Sentía las piernas increíblemente pesadas y no podía mantener los ojos abiertos.

Bostezó de nuevo y cerró lentamente los ojos. Posó la mano sobre el pecho de Cord para poder sentir los latidos firmes y poderosos de su corazón. Cord era tan alto y tan fuerte; se sentía infinitamente a salvo y protegida cuando estaba con él.

- Te amo - le dijo quedamente, sin necesidad de explicar nada más. Era un regalo, un simple gesto de amor.

- Lo sé - susurró Cord contra su mejilla y la sostuvo entre sus brazos mientras ella dormía.

Él no esperaba dormir en absoluto. Tenía los sentidos demasiado excitados. Estaba seguro de que lo abordaría la inquietud que siempre lo asaltaba cuando estaba con alguien a la hora de quedarse dormido. Pero la lluvia caía en monótona melodía sobre el techo del coche, y la oscuridad los encerraba como en una cueva. Y estaba seco y su cuerpo placenteramente satisfecho. Susan era como algodón entre sus brazos, tan suave, tan pequeña y delicada, tan completamente femenina que siempre temía hacerle daño. Aquella tarde, cuando la había visto llorar, se había sentido como si acabaran de taladrarle el pecho; Susan no era una mujer inclinada al llanto, por eso le había dolido tanto verla llorar. Se había puesto furioso al enterarse de que Preston había salido huyendo, dejando sobre sus hombros todo el peso de la corporación, y al enterarse de que, en vez de a Preston, era a Susan a quien había estado sacrificando. Aquello tenía que terminar cuanto antes, por el bien de Susan. Estaba al borde de sus fuerzas, tanto física como emocionalmente.

Susan lo amaba. En otro momento, la declaración de amor de una mujer podía haberle impacientado, haberle hecho huir de su lado. Él no podía ofrecer nada a cambio y no quería complicarse la vida con escenas lacrimógenas. La muerte de Judith lo había marcado profundamente, le había dejado tan temeroso de ser herido otra vez que se había protegido instintivamente... hasta que había conocido a Susan. Ella había conseguido hacerle bajar la guardia, como no le pedía nada, él siempre se descubría queriéndole dar algo más.

Aun así, hasta que Susan no le había ordenado que saliera de su casa y de su vida, no se había dado cuenta de lo mucho que había conseguido acercarse a él. Se había sentido solo, él, un hombre que adoraba la soledad. Su cuerpo ardía de deseo, pero no había ninguna otra mujer que le

resultara atractiva. No, no deseaba a otra mujer, deseaba a Susan, quería aquella serenidad, y aquella dulce sensualidad que era solo para él.

En ese momento estaba nuevamente en sus brazos, con la mano sobre su corazón, el lugar al que ella pertenecía. Cord se movió con cuidado, buscando una postura más cómoda, y Susan se movió con él; se aferraba a él incluso dormida. Aquella fue la experiencia más satisfactoria de toda su vida y asomó a sus labios una sonrisa mientras se dejaba arrastrar por el sueño.

Como en otras muchas ocasiones ocurría, tras la tormenta, él día amaneció soleado y caluroso, pero sin la sofocante humedad de días anteriores. Era como si la naturaleza hubiera quedado satisfecha con la destrucción dejada el día anterior. Cord abrió los ojos y por un momento se quedó mirando aquel cielo inocente y profundamente azul. En la camioneta comenzaba a hacer calor y una gota de sudor corrió por su frente. Se la secó y Susan se estiró a su lado: Cord dio media vuelta y la observó mientras se despertaba. La manta había resbalado, dejando al descubierto su cuerpo desnudo, sus senos llenos y sus suculentos pezones. Sintiendo el efecto que aquella visión tenía en sus entrañas, Cord posó la mano en su cadera.

- Cariño, . tenemos que irnos pronto - dijo con voz ronca -. ¿Antes de irnos...?

Susan oyó la pregunta, la intención que reflejaba su voz, y se volvió hacia él.

- Sí - dijo somnolienta, y le tendió la mano.

Hicieron el amor lentamente, manteniendo el mundo a una prudente distancia mientras se amaban el uno al otro. Cuando terminaron, Cord se inclinó sobre ella y la miró a los ojos.

- Quédate conmigo. No vuelvas a la oficina. Yo te cuidaré, en todos los sentidos.

Las lágrimas nublaron su mirada, pero Susan consiguió esbozar una sonrisa. Mientras una lágrima se deslizaba por la comisura de sus ojos, le dijo con voz temblorosa:

- Tengo que volver, no puedo dar la espalda a toda la gente que depende de mí.

-¿Y a mí? ¿Cómo puedes darme la espalda a mí? - aquellas palabras la golpearon profundamente.

- Te amo, Cord, pero tú no me necesitas. Me deseas, pero es algo completamente diferente. Además, no creo tener lo que hace falta para ser la amante de nadie - estiró el brazo y le acarició lentamente la mejilla. La boca le temblaba al decir -: Por favor, llévame a casa.

Ambos se pusieron sus ropas, húmedas e increíblemente arrugadas. Cord comenzó a conducir por aquella desesperante carretera, desviándose cada vez que encontraban un árbol o un poste caído. Tardaron una hora en hacer un trayecto que normalmente no les habría llevado más de quince minutos, pero al final Susan salió tambaleante del coche de Cord para ir a parar a los acogedores brazos de Emily. Esta la miró con el rostro tenso por la preocupación.

- Dios mío, mirad que aspecto tenéis - se lamentó con los ojos llenos de lágrimas.

Cord consiguió esbozar una sonrisa.

- Creo que estamos bastante bien para haber dormido en una zanja.

Emily se secó las lágrimas y los hizo pasar al interior de la casa, regañándolos abiertamente después de saberlos a salvo.

- Ahora mismo id al piso de arriba a daros una ducha caliente y quitaos esa ropa para que pueda lavarla.

- Yo me voy a ir ahora mismo - la interrumpió Cord-. Tengo que ver los daños que ha sufrido la cabaña. Pero si tuviera café, se lo agradecería infinitamente.

Emily le llevó una taza de café que Cord bebió agradecido, sintiendo cómo aquel brebaje hacía renacer su cuerpo. Susan lo miraba deseando hacer lo que Cord le había pedido: irse con él y olvidarse de todo. Sin darse cuenta de que se había movido, se descubrió de pronto frente a él y, sin decir una sola palabra, Cord apartó su taza y la abrazó con fuerza. La besó con fiereza, casi desesperadamente. Y Susan se aferraba a él mientras sentía que las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

- Chss, chss - la tranquilizó Cord, secándole las lágrimas con los labios. Enmarcó su rostro con las manos y la miró a los ojos -. Todo saldrá bien, te lo prometo.

Susan no era capaz de decir nada, así que Cord la besó otra vez y la soltó. Le dio a Emily un abrazo y se marchó sin mirar atrás.

Susan se llevó la mano a la boca, intentando contener los sollozos que la sacudían, pero no fue capaz de evitarlos. Emily la condujo al piso de arriba, la ayudó a desnudarse, se llevó la ropa sucia y le llevó una muda mientras Susan permanecía llorando bajo la ducha.

Sabía que tenía que hacer cientos de cosas, pero nada conseguía despertar su interés. Lo único que le apetecía era meterse en la cama y llorar hasta quedarse sin lágrimas. Aquello ya era demasiado, no podía seguir luchando ni un solo día más. Haciendo gala de una admirable fuerza de voluntad, para cuando salió del baño ya había dejado de llorar; se sentó en la cama, se secó el pelo y se maquilló para disimular el rastro dejado por el llanto.

Pasó el resto del día sentada en el jardín, dormitando y pensando. Pero sus pensamientos no la conducían a nada. Llamó a Imogene y le explicó por qué no podría ir aquel día a la oficina; no sabía cuándo le iba a devolver Cord el Audi, pero descubrió que era la única cosa a la que encontraba aliciente: podría volver a ver a Cord cuando le llevara el coche.

Probablemente fuera una estúpida al no haber aceptado su propuesta, pensó con cansancio. Debería haberse olvidado del mañana, de todas sus obligaciones y deberes; debería haberse ido con Cord y tomar el amor que le ofrecía. Cord la quería, ella lo sabía. Quizá no la amara; pero sabía que le había ofrecido más de lo que le había ofrecido a ninguna otra mujer, excepto a Judith. Pobre Judith, convertida en la responsable de una enemistad después de tantos años de su muerte.

Como al día siguiente Cord no le llevó el coche, Susan llamó a Imogene para que pasara a buscarla; no podía hacer otra cosa, salvo continuar yendo a la oficina y tomar la centena de decisiones que había que tomar diariamente. El barco podía estar a punto de hundirse, pero no podía abandonarlo. Dignidad y gracia en la derrota, ese era el lema.

Pero intentar darse ánimos no iba a servirle de nada. Era

angustiosamente consciente de que había perdido en los dos campos. Había intentado sanar la herida que dividía a la familia y lo único que había conseguido había sido hacerla más profunda. Cord podía desearla, sí, incluso apreciarla, ¿pero sería capaz de confiar alguna vez en ella? Le había pedido que se quedara a su lado y, sin embargo, ella había decidido prestarle su ayuda a Preston. Y aun sabiendo que Cord se equivocaba, no conseguía llenar el vacío que su decisión había dejado en su interior.

Cuando llegó a casa aquella noche, descubrió, con inmensa decepción, que ya estaba allí su Audi. ¿Por qué no podría haberlo llevado Cord cuando sabía que iba a estar en casa? Aunque quizá estuviera evitándola. Susan se quedó mirando el coche durante largo rato, antes de darle las gracias a Imogene por haberla llevado a su casa.

Imogene le palmeó cariñosamente la mano.

-¿Puedo hacer algo por ti? ¿Puedo decirle algo a Cord? Sé que estás triste y me siento culpable por ello.

- No, tú no tienes la culpa - negó Susan con una sonrisa -. Yo he tomado mis propias decisiones, así que supongo que tendré que aprender a vivir con ellas.

Emily la estaba esperando y fingió estar limpiando la cocina mientras Susan comía. Tenía la sensación de que había descubierto que tenía la costumbre de que terminaba tirando la comida en vez de comérsela. Cuando se hubo comido disciplinadamente hasta el último bocado, Emily asintió satisfecha:

- Cord me ha pedido que me asegurara de que comías. Estás demasiado delgada. El trabajo te está destrozando.

- No creo que esto dure mucho - Susan suspiró. Se odiaba a sí misma por preguntarlo, pero no era capaz de dejar de hacerlo -: ¿Ha dicho algo más?

- Sí, ha dicho que se ha caído un árbol, pero afortunadamente lejos de la cabaña. El granizo ha hecho algunos destrozos en el tejado, pero en realidad no ha sido nada grave.

- Estupendo - no eran noticias personales, pero eran mejor que nada. Aunque le habría encantado, no le preguntó si le parecía cansado.

Emily acababa de marcharse cuando Imogene llamó por teléfono.

- Susan, ¿puedes venir? - le preguntó con voz inquieta -. ¡Preston ha regresado y ha averiguado algo sobre Cord!

- Ahora mismo voy para allá - Susan colgó el teléfono y corrió a buscar su bolso. ¿Algo sobre Cord? El corazón le dio un vuelco. ¿Habría hecho algo malo? Fuera lo que fuera, si había alguna forma de hacerlo, lo protegería. No, no podía ser nada ilegal; Cord era demasiado visible y en ningún momento había intentando ocultar su identidad. Era más probable que Preston se hubiera encontrado con alguien muy poderoso y quisiera utilizar su influencia contra Cord, pero ella se aseguraría de que Cord conociera de antemano todos sus planes.

Condujo a casa de los Blackstone a toda velocidad. Llevaba tiempo añorando la vuelta de Preston, pero en ese momento la aterraba que pudiera hacer algún daño a Cord.

Preston tenía un aspecto sorprendentemente normal cuando le abrió la puerta. Iba vestido de forma informal, estaba bronceado y parecía muy

relajado. Al verla, pareció sorprenderse.

- Dios mío, Susan, has adelgazado mucho. ¿Qué has estado haciendo?

- Eso ahora no importa. ¿Qué has averiguado sobre Cord?

Preston la instó a entrar en el salón, donde Imogene estaba esperando. Cuando Susan tomó asiento, Preston explicó:

- He estado haciendo algunas averiguaciones mientras estaba fuera. Quería que Cord creyera que había huido para que no intentara seguirme el rastro. Y, gracias a Dios, mi plan ha funcionado. Él debe de haber pensado que había ganado ya la batalla.

- Lo dudo - lo interrumpió Susan -. Porque hasta ayer mismo no sabía que te habías marchado.

Preston frunció el ceño.

-¿Pero por qué? ¿No se lo dijiste?

- Eso era lo que querías que hiciera, ¿verdad? Descargaste en mí toda la responsabilidad pensando que iría corriendo hasta él para suplicarle piedad. Cord comentó que era eso lo que pretendías, pero yo no lo creí.

-¿Qué otra cosa podía pensar? - preguntó amablemente Preston -. ¿Estás insinuando que interpreté de forma equivocada la situación?

- No sé. No tengo ni idea de cómo la interpretaste.

Preston se apartó de su gélida mirada.

- En cualquier caso, fui a Nueva York. Advertí que los precios de nuestras acciones continuaban bastante altos, a pesar de los rumores que estaban corriendo, así que comprendí que alguien las estaba comprando. Fue entonces cuando comencé a sospechar, pero quería estar seguro. Y sí, Cord ha estado comprando todas las acciones que hemos sacado al mercado. No quería llevar a la compañía a la bancarrota. Nos estaba presionando para que pusiéramos acciones en venta y así poder comprarlas él. Eso era lo único que pretendía.

Susan lo miraba atónita. Un repentino arrebato de admiración por Cord sumado a sus nervios la hizo echarse a reír.

-¡Una compra de acciones! – rió -. ¡Todo esto porque quería hacerse con un buen paquete de acciones

- No entiendo qué es lo que te parece tan divertido.

-¡Claro que es divertido! Al fin y al cabo, he sido yo la que ha estado vendiendo sus acciones para intentar pagar ese crédito.

Imogene palideció.

- ¡Susan! ¡Has estado vendiendo tus acciones!

Preston se quedó mirándola fijamente; maldijo en voz baja y se frotó los ojos con un gesto de incredulidad.

- Susan, ya habíamos hablado de eso. Te dije que no vendieras nada tuyo.

- Y también te fuiste y me dejaste en una situación angustiosa –señaló -. Yo creía que la compañía se estaba hundiendo, ¡no podía imaginarme que esto solo era una juego bursátil! De hecho, las acciones no son lo único que he perdido.

Preston parecía enfermo.

- Dios mío, has hecho todo eso y él no tenía intención de reclamar el

crédito. Solo quería asustarnos para poder hacerse con la mayoría de las acciones de la empresa. Susan, ¿cuánto has vendido?

- Un nueve por ciento.

- Deforma que conservas un seis por ciento. Yo tengo un once por ciento y mi madre otro once por ciento. Veintiocho por ciento en total.

Creo que Cord tiene el veintiséis por ciento, de modo que todavía estamos en mayoría.

- Si no consigue hacerse con la mayoría, quizá reclame el crédito -señaló Imogene, pero Preston sacudió la cabeza con gesto decidido.

- No, eso sería atentar contra su propia fuente de ingresos. Desde el principio me pareció absurdo que estuviera castigándose a sí mismo para hacerme daño a mí, pero pensé que quizá su odio llegara hasta ese punto. Después, cuando me di cuenta de que alguien compraba las acciones en cuanto salían ál mercado, comprendí que él andaba detrás de todo.

-¿Y por qué no me lo dijiste? - preguntó Susan-. No importa, no me contestes. No confiabas en mí porque estaba saliendo con Cord, y Cord no confiaba en mí porque te estaba ayudando.

- Lo siento - se disculpó Preston suavemente -. No sabía que iba a ser tan duro para ti. Te juro que te devolveré todo lo que has vendido.

Susan rechazó su oferta con un gesto.

- Eso no importa - quería terminar cuanto antes con todo aquello.

Preston decidió no seguir insistiendo, Susan parecía demasiado cansada y aturdida.

- He ido a ver a Cord en cuanto he llegado. Hemos concertado una reunión para mañana a las diez. Tendremos que decidir quién está al mando de la empresa. Cord ya es consciente de que su juego ha terminado.

Así que todo había sido un juego. Susan no era capaz de pensar en otra cosa aquella noche. Solo un juego, sí.

Susan no sabía cómo se habían dividido originalmente las acciones: cuando se había casado con Vance, lo único que sabía era que la familia disponía de un cincuenta por ciento y el resto estaba en otras manos. Imogene, Preston y Vance disponían de un quince por ciento cada uno y Susan había heredado la parte de Vance y siempre había asumido que el otro seis por ciento estaba en manos de algunos primos lejanos. De la existencia de Cord no había tenido noticia hasta el día que había regresado; llevaba tanto tiempo fuera que nadie hablaba de él. Pero era ya evidente que él era el propietario de aquellas acciones.

Preston e Imogene habían vendido un cuatro por ciento de sus existencias para poder reunir el dinero en efectivo con el que le habían pagado a Cord y de esa forma este se había hecho con un catorce por ciento. Después Susan había vendido un nueve por ciento, dándole un veintitrés por ciento. Era sólo un juego de números, nada más. Si algo había ocurrido, era que se había fortalecido la corporación. La familia poseía en ese momento un cincuenta y cuatro por ciento de las acciones. Así que no había ningún problema.

Cobraron entonces sentido las promesas de seguridad que Cord le ofrecía. Sabía que la compañía no corría ningún peligro de quiebra, pero no había confiado en ella lo suficiente para decírselo, de la misma forma que Preston no había confiado en ella tanto como para comunicarle sus

sospechas. Susan había intentado hacer las veces de mediadora y había terminado siendo la cabeza de turco de todo aquel lío.

Se alegraba de poder poner fin al día siguiente a aquella triste aventura. Estaba cansada de juegos. Al parecer, salvo ella, todo el mundo estaba muy satisfecho con lo ocurrido.

## Doce

De las cinco personas que estaban en la sala de reuniones al día siguiente, Cord era la que parecía más relajada. Imogene estaba tranquila, algo distante quizá. Preston era todo un hombre de negocios y Beryl parecía tan tranquila como siempre. Por su parte, Susan estaba tan desorientada que no encontraba sentido a ninguno de los rituales o las palabras que se pronunciaban en ese tipo de reuniones. Le dirigió a Cord una mirada y descubrió que éste la estaba observando y le guiñaba un ojo lentamente. ¿Estaría preocupado por lo que iba a ocurrir? ¿Lo habría hecho todo únicamente para irritar a Preston? Si así era, su broma había tenido un gran éxito.

Susan estaba tan distraída que apenas sabía lo que estaba diciendo. Hasta que no advirtió que el tono de la conversación estaba subiendo, no fue capaz de prestar atención.

-Es un derecho que me otorga mi apellido - estaba diciendo Cord, con tono frío y dura mirada -. Me ha llevado años darme cuenta de ello, pero no voy a renunciar. He decidido luchar y no estoy dispuesto a llegar a ninguna solución de compromiso.

- Tú sabrás lo que haces - respondió Preston crípticamente -. ¿Entonces quieres que lo votemos?

- Por supuesto.

Cord permanecía allí sentado, absolutamente confiado, aunque Susan no terminaba de entender por qué. Era evidente que no tenía el porcentaje de acciones que necesitaba para hacerse con las riendas de la compañía, pero aquella certeza no se reflejaba en su rostro.

Había sido expulsado del círculo familiar, ¿estaría pensando en ello en aquel momento en el que casi acariciaba la victoria? ¿Estaría pensando en la venganza? ¿O únicamente estaba decidido a ser admitido nuevamente en la familia, a asumir la responsabilidad de lo que era suyo y asentar cabeza en el que había sido su hogar?

- Yo voto sí - dijo Cord, arrastrando perezosamente las palabras.

Imogene permanecía sentada en silencio, sin mirar a Preston ni a Cord, pero ella no podía votar contra su propio hijo.

- Yo voto no -dijo por fin.

- Yo voto no - la siguió Preston rápidamente-. ¿Susan?

Susan comprendió que estaba seguro de lo que iba a votar. Lo miró y lo descubrió mirándola con impaciencia, con un brillo triunfal en la mirada. ¡Qué ambicioso era! Era un perfecto presidente para la empresa; concienzudo, intrépido y capaz de utilizar tácticas guerrilleras cuando era necesario.

En la mirada de Cord no era capaz de leer nada. Simplemente, estaba esperando. No se había puesto en contacto con ella, no había intentando

persuadirla de que votara a su favor. Al fin y al cabo, Susan se había puesto del lado de Preston en toda aquella escaramuza. ¡No le extrañaba que no confiara en ella! Él también sería un buen presidente; había demostrado ser un experto en reunir dinero durante aquella campaña.

-¡Susan! - la instó Preston con impaciencia. Pero en algún momento habría que empezar a confiar, se dijo con dolor.

- Yo voto sí - dijo en voz baja y se hizo un silencio absoluto en la habitación, interrumpido solamente por el rápido trazo del bolígrafo de Beryl sobre el papel, mientras tomaba acta de cuanto allí acontecía.

Preston la miró perplejo; estaba pálido, con los labios convertidos en una dura línea. La reunión acababa de terminar, pero solo Beryl abandonó la sala. Todo el mundo permaneció donde estaba; quizá hasta Cord estaba asombrado por el curso que habían tomado los acontecimientos. Los motivos de Susan eran demasiado lóbregos para que intentara explicárselos, ni siquiera a sí misma, pero en lo más profundo de su ser tenía la sensación de que no podía defraudar a Cord en ese momento. Si hubiera perdido, habría intentado ganar y el conflicto habría continuado hasta destrozar a la familia y a la compañía. De aquella manera, había puesto fin a un terrible conflicto, aunque se hubiera convertido en una paria a los ojos de Preston e Imogene.

Imogene se inclinó hacia delante y dio un golpe en la mesa.

- Se acabó - dijo tranquilamente, mirando a Cord y a su hijo -. Fuimos una familia una vez y me gustaría que volviéramos a serlo. Estoy dispuesta a asumir mis errores y, si eres capaz de perdonarme, Cord, te estaría muy agradecida.

Sin esperar la respuesta de Cord, Imogene se volvió con expresión decidida hacia su hijo.

- Sé que esto será duro para ti; has sido el presidente de la compañía durante mucho tiempo y te resultará difícil dejar las riendas. Pero quiero pedirte que lo hagas sin amargura y que hagas todo lo que esté en tu mano por facilitar la transición. Cord es parte de la familia, es tan Blackstone como tú mismo. Espero que seas. Suficientemente adulto como para permitir que esto termine antes de que os destroce a todos. Ya ha sufrido demasiada gente por culpa de este conflicto. Susan fue la única que tuvo la sensatez de darse cuenta desde el principio. Si no quieres detenerlo por ti, entonces hazlo por mí... y por ella. El cielo sabe que ya ha pagado suficiente por vuestra enemistad.

Susan bajó la mirada; odiaba que sus sentimientos fueran puestos de tal forma en evidencia. Permanecía sentada en la silla, quieta y completamente pálida, con la mirada clavada en las manos. En aquel momento terminaría la batalla o se iniciaría una nueva. En cualquier caso, ella ya estaba demasiado agotada para combatir. Lo único que quería era poder retirarse para lamer sus heridas. Preston permanecía sentado con el ceño fruncido y la mirada distante, perdido en aquellos tiempos en los que él y su primo se habían convertido en enemigos.

- Siempre te he envidiado - comentó con aire ausente, reviviendo sus recuerdos -. Todo te resultaba tan fácil. A Vance ya era bastante difícil seguirlo, pero a ti.. Dios mío, cuando tú estabas por los alrededores, parecía que yo era invisible. Todo el mundo te miraba a ti.

Cord miró a su primo con expresión indescifrable. Era imposible

adivinar lo que pensaba de lo que Preston acababa de decir.

- Cuando cumplí dieciséis años, comencé a salir con Kelly Hartland y me enamoré locamente de ella. Tú eras estudiante de segundo año y supongo que, para una chica recién llegada al instituto, eras alguien irresistible. Viniste a casa un fin de semana, conociste a Katy en una fiesta y ella me dejó.

Cord lo miró perplejo.

-¿Kelly Hartland? ¿Esa rubia con pinta de animadora? Apenas me acuerdo de ella. Salí con ella un par de veces, pero no fue nada serio.

- Para mí si lo era. Te odiaba por haberla apartado de mi lado cuando era obvio que no te importaba. A los dieciséis años, pensaba que era el amor de mi vida. Cuando tu aventura con Judith te estalló en la cara, encontré una forma de vengarme. No estoy orgulloso de lo que hice, pero ya no puedo hacer nada para dar marcha atrás.

Cord tomó aire. Sin necesidad de mirarlo siquiera, Susan comprendió que la mención de Judith lo estaba hiriendo profundamente. Pero los lazos de la sangre, debilitados por años de odio y amargura, comenzaban a restablecerse otra vez. Los dos hombres se miraban, reconociendo en sus rostros la común herencia.

- Judith era mi esposa - dijo Cord con dolor -. Nos casamos en cuanto nos fuimos de aquí. Ella murió al año siguiente. Habría sido capaz de matarte por lo que le hiciste - un brillo cristalino iluminó sus ojos -. Soy tan culpable como cualquiera de lo que ocurrió.

Se hizo un nuevo silencio y de pronto Susan ya no fue capaz de soportar nada más. Sin mirar a nadie, empujó la silla, se levantó y se fue antes de que nadie pudiera llamarla. El pecho le dolía, pero ya no podía llorar. Había pasado ya el tiempo de las lágrimas.

Salió de la oficina sintiendo sus sentidos entumecidos. Cuando pasó por delante de Beryl, esta la miró ansiosa, con el rostro lleno de preguntas, pero Susan ni siquiera la miró. Sentía un frío que le helaba los huesos.

Y todo eso por una mujer que hacía años se había hundido en las nieblas del pasado. Había una cierta ironía en su propia situación; ¿alguno de ellos la habría querido por quien realmente era, o simplemente porque pensaba que el otro la quería?

Apenas se había alejado de la puerta cuando esta se volvió a abrir otra vez y Cord se cernió sobre ella. Susan se apartó instintivamente de él. Al verlo, Cord entrecerró los ojos y cerró la puerta tras él.

-¿Por qué abandonas la reunión? - le preguntó.

- Me voy a casa - las piernas le temblaban mientras rodeaba su escritorio para buscar su bolso.

Cord se colocó frente a ella, bloqueándole la salida.

- Te necesito aquí, Susan. Sabes que esto no va a ser fácil. Hasta ahora, solo la familia ha estado al tanto de todo lo ocurrido, pero ahora todos los accionistas querrán saber lo que ha pasado. Te necesito. Tú eres capaz de dominar una situación con una sola mirada.

- Si no hubiera estado segura de que podías hacerlo, no habría votado por ti - dijo con cansancio -. Por favor, déjame- marcharme.

-¿Por qué has votado por mí? Todo el mundo estaba tan sorprendido

como yo.

- Estoy cansada, quiero irme a casa - repitió Susan.

Cord miró su rostro pálido y tenso, se fijó en sus ojeras y comprendió que estaba a punto de derrumbarse.

- Te llevaré a casa.

- No - respondió con firmeza.

Cord soltó un, juramento.

- De acuerdo, si no quieres que te lleve a casa, estoy seguro de que Imogene...

- Iré yo sola. Puedo conducir perfectamente hasta mi casa.

Obligándose a ceder, Cord dijo:

- De acuerdo. Iré a verte esta noche...

- No - lo interrumpió, advirtiendo el dolor y el sentimiento de traición que reflejaban, sus ojos -. Esta noche no.

- Tenemos que hablar.

- Lo sé. Quizá más adelante. No creo que pudiera hacerlo ahora.

- ¿Entonces cuándo?

Susan se encogió de hombros. Los labios le temblaban al decir:

- No lo sé. Quizá dentro de seis o siete años.

-¡Maldita sea! -rugió Cord.

- Lo siento, pero es eso lo que siento. Por favor, déjame en paz. En cualquier caso, ya no tengo nada que te pueda interesar. Ya tienes mis acciones y mi voto - pasó por delante de él y volvió la cabeza para evita mirarlo.

Fijaba la mirada en sus pies, ordenándoles mentalmente que se movieran. Salió del edificio y sintió sobre ella todo el calor ardiente del sol. Era agradable sentir la fuerza del sol sobre su piel helada, pensó con tristeza. Debería irse a casa y tumbarse en el jardín a tomar el sol y dormir, si realmente podía. Era el plan más ambicioso que podía hacer por el momento.

Condujo lentamente hasta casa. Emily no le hizo ninguna pregunta innecesaria, cosa que Susan agradeció infinitamente. Moviéndose como un autómata, se quitó el traje y las medias y se puso unos pantalones cortos y una blusa sin mangas. Había perdido más que nadie en aquel juego, pero por fin podía descansar.

Arrastró una tumbona hasta la zona más soleada del jardín y se estiró sobre ella, dejando que el calor se extendiera por su cuerpo agotado. Los ojos le pesaban de forma insoportable, era incapaz de mantenerlos abiertos y al cabo de un momento dejó de intentarlo y se durmió profundamente bajo el sol.

Emily la despertó una vez para ofrecerle un té frío que Susan aceptó agradecida. El frío había desaparecido y se sentía agradablemente caliente, con la piel cubierta de sudor. Se tomó el té, se tumbó boca abajo y volvió a dormirse. Durante las horas más fuertes de sol, Emily salió y colocó una sombrilla junto a la tumbona y a continuación volvió al interior de la casa dispuesta a llevar a cabo las tareas que Cord le había encargado.

Susan se despertó más tarde y se levantó para comer la ensalada que

Emily le había preparado. Continuaba teniendo sueño y no paraba de bostezar a pesar de todo lo que hacía para evitarlo.

- Lo siento – musitó -. Todavía estoy muy cansada.

Emily le palmeó cariñosamente el brazo.

-¿Por qué no te metes en casa a ver las noticias? Puedes poner los pies en alto e intentar relajarte.

- Eso es lo que he estado haciendo desde hace horas - contestó Susan con un suspiro, pero realmente la idea era tentadora.

Le resultó imposible no quedarse dormida delante del televisor. Estaba agarrotada cuando se despertó, así que se estiró perezosamente, intentando devolver la circulación a sus brazos y piernas. Abrió los ojos y descubrió frente a ella los ojos de Cord.

Con renovada energía, se sentó bruscamente.

-¿Qué estás haciendo aquí? - le preguntó, con los ojos abiertos como platos.

- Esperando a que te despiertes - respondió él con calma-. No quería asustarte. Y ahora, voy a hacer exactamente algo que quise hacer la primera vez que te vi.

Susan se acurrucó en un rincón del sofá, mirándolo con recelo.

-¿Y qué es?

- Colocarte en mi hombro y sacarte de aquí - y, sin más, la agarró por la muñeca y, dando un ligero tirón, la colocó sobre su hombro, sujetándole las piernas con el brazo mientras le palmeaba el trasero con la otra mano.

Susan se agarró con fuerza a las trabillas de su pantalón.

-¡Bájame! - gritó, mientras él daba vueltas alrededor del salón para apagar el televisor y las luces -. ¿Pero qué estás haciendo?

- Ya lo verás.

Hasta que no la sacó a la agradable y fragante noche, Susan no comenzó a retorcerse y darle patadas.

-¡Bájame ahora mismo! ¿Adónde me llevas?

- Lejos - contestó sencillamente, mientras sus botas crujían sobre la grava del jardín. Cord se encaminó hacia su coche, abrió la puerta y la colocó delicadamente, en uno de los asientos -. Emily te ha hecho el equipaje - le dijo inclinándose para darle un beso en los labios -. Ya está en el maletero. Todo está arreglado y lo único que tienes que hacer es dejarte llevar. Y si quieres seguir durmiendo, todavía tengo la manta en el asiento de atrás - terminó con voz ronca.

Susan permaneció sentada, absolutamente asombrada mientras él cerraba la puerta y rodeaba el vehículo para sentarse tras el volante. ¡La estaba secuestrando y Emily lo estaba ayudando encantada! Se suponía que debería estar, indignada, pero la verdad era que estaba tan relajada y somnolienta que ni siquiera tenía ganas de protestar.

Cuando Cord se deslizó tras el volante, Susan le preguntó quedamente:

¿Cómo sabías que no iba intentar huir?

- Por dos razones - puso el motor en marcha y miró por encima del hombro mientras daba marcha atrás -. La primera, que eres demasiado inteligente para desperdiciar la poca energía que te queda en ese esfuerzo. Y

la segunda es que me amas.

Su lógica era implacable. Susan lo amaba, aunque todavía estuviera intentando enfrentarse con el dolor que le había infligido. Cord la miró de reojo.

-¿No lo vas a negar?

- No, no me gusta mentir.

La sencilla dignidad de aquella declaración le sacudió las entrañas. Susan le amaba sin ninguna esperanza. Se sintió como, si la llama que había estado a su cuidado estuviera en peligro de extinción y necesitara de tiernos cuidados para recuperar nuevamente sus fuerzas. Lo primero que había pensado cuando Susan había salido de la oficina aquella tarde, había sido darle algún tiempo, dejar que recuperara sus fuerzas. Pero a medida que había ido avanzando el día, se había visto sobrecogido por la necesidad urgente de hacer algo que la hiciera volver al círculo de sus brazos. De modo que había tenido que arreglarlo todo a la carrera.

Pensó que Susan se iba a quedar dormida, pero permanecía callada y en silencio en su asiento, con los ojos fijos en la carretera. Cuando vio que Cord continuaba avanzando más allá de lo que ella había imaginado sería su destino, le preguntó por fin.

-¿Adónde me llevas?

-A la playa - contestó él -. No tendrás que hacer nada más que comer, dormir y permanecer tumbada al sol hasta que recuperes el peso que has perdido y desaparezcan esas ojeras de tus ojos.

Susan calibró aquella respuesta durante un momento.

-¿A qué playa vamos?

Cord soltó una carcajada.

-A una playa de Florida, ¿eso te tranquiliza?

Susan se quedó dormida antes de que llegaran a su destino. De madrugada, Cord aparcó el coche frente a una casa y sacudió ligeramente a Susan para que se despertara.

La casa estaba justo al lado de la playa. La arena blanca de las playas de Florida parecía nieve bajo la luz del coche. Cuando Susan salió del automóvil, el viento constante del golfo le levantó el pelo, llevando hasta ella el olor del mar mezclado con la dulce fragancia de la lluvia.

La casa era una típica casa de playa de Florida, construida con bloques de cemento encalados y con enormes ventanales. Siguió a Cord al interior de la vivienda y, cuando este encendió la luz, se descubrió en el interior de una cocina alegre y pequeña decorada en blanco y amarillo. Los muebles del cuarto de estar también eran de color blanco. A continuación, Cord la condujo hasta un pequeño dormitorio, donde dejó la maleta que Emily había preparado.

-Tu baño está aquí -le indició señalando una puerta-. Yo estaré en la habitación de enfrente, por si necesitas cualquier cosa.

De todas las cosas que Susan se había podido imaginar desde que Cord la había metido en el coche, la última era que iba a dormir sola aquella noche. Cord le dio un beso en la frente y salió, cerrando la puerta tras él y dejando a Susan en el centro de la habitación completamente atónita.

Pero la cama la atraía poderosamente de modo que, tras darse una

rápida ducha, se metió desnuda entre las sábanas. Estaba demasiado cansada para buscar el camisón en su equipaje.

Durante el desayuno de la mañana siguiente, que Cord había preparado antes de que ella se levantara, comentó:

-¿Sabes? No sé si esta es la actitud inteligente de un hombre que acaba que hacerse con la mayoría de las acciones de una compañía. Supongo que deberías estar en la oficina.

Cord se encogió de hombros mientras extendía lentamente la mermelada sobre su tostada.

- Hay diferentes tipos de inteligencia y yo he decidido establecer prioridades.

Susan apretó los labios mientras cortaba su tostada en diferentes trozos. No estaba muy segura de por qué la había llevado Cord a aquella playa, pero las preguntas podían esperar. Había dormido profundamente y se sentía descansada por primera vez desde hacía semanas. No era capaz de hacer todavía ninguna pregunta de índole personal, pero había otras muchas cosas que quería saber.

- Lo tenías todo planeado antes de regresar, ¿verdad?

Cord alzó la mirada; sus ojos brillaban con fuerza mientras el sol de la mañana iluminaba su rostro.

- Todo dependía del primer paso. Yo tenía que presionar a Preston y él tenía que debilitarse financieramente para sustituir el dinero que me debía. En realidad, Preston financió mi posterior, compra de acciones. Y en cuanto el crédito estuvo pagado, yo utilicé el dinero para comprar el segundo crédito.

-¿No tenías más dinero?

- Por supuesto que tenía más dinero - se burló -. Soy un gran jugador, he invertido en todo tipo de cosas, desde caballos hasta petróleo. De vez en cuando he perdido hasta la camisa, pero la mayor parte de las veces he salido ganando.

-¿Petróleo? - preguntó Susan atónita -. ¿Entonces querías arrendar esas tierras para ti? ¿No estabas trabajando en ninguna compañía?

Cord se encogió de hombros.

- Lo de las tierras era una pantalla de humo – admitió -. Una forma de presionar a Preston; quería que se negara a arrendármelas para poder empezar a actuar contra él.

Susan recordó entonces cómo había presionado Cord deliberadamente a Preston para que se negara; lo había manipulado todo como si fuera un titiritero y ellos sus dóciles marionetas.

-¿Entonces no hay petróleo en esas tierras? No me extraña entonces que no firmaras rápidamente el contrato que te ofrecí.

- Yo no he dicho eso - le tomó la mano -. Deja de destrozar esa tostada y cómetela - le ordenó -. ¿Todavía no has recibido el informe geológico?

- No, todavía no.

- Bueno, pues lo del petróleo es verdad. O al menos es bastante probable que haya petróleo o gas natural.

Susan mordisqueó un trozo de tostada y jugueteó con otro hasta que alzó la mirada y vio a Cord mirándola con expresión sombría.

- En realidad no tengo mucha hambre. Lo siento.

- No importa. Pronto recuperarás el apetito - se levantó y comenzó a despejar la mesa; cuando Susan empezó a levantarse para ayudarlo, la detuvo con un gesto -. Deje ahora mismo ese plato en la mesa, señorita. Usted no va a hacer nada.

- Tengo la absoluta certeza de que todavía me quedan fuerzas suficientes para levantar un plato.

- Siéntate ahora mismo. Creo que voy a tener que explicarte cuáles son las normas de esta casa.

Ante la burlona firmeza de su voz, Susan- se sentó como una niña obediente. Cord se sentó frente a ella y le explicó la situación lenta y cuidadosamente.

- Has venido aquí a descansar. Yo estoy aquí para cuidarte. De modo que yo me encargaré de cocinar y de limpiarlo todo.

-¿Y durante cuánto tiempo va a durar esta maravilla? - le preguntó. Por primera vez, apareció en su rostro una pequeña sonrisa que a los ojos de Cord fue como el primer rayo de sol después de la tormenta.

- Todo lo que sea necesario - respondió él quedamente.

Y estaba hablando en serio. Los días siguientes pasaron lenta e incluso monótonamente, pero después de la tensión de las últimas semanas, eso era exactamente lo que Susan necesitaba. La única medida del tiempo eran la salida y la puesta del sol. Al principio, Susan dormía mucho. No ocupaba su mente con preguntas tormentosas del tipo «¿qué ocurriría si ...?»; tenía la mente curiosamente en blanco. Descansaba, comía y dormía, y todo bajo el atento cuidado que Cord le ofrecía.

Y no solo dormía sola, sino que nadie la molestaba. A medida que fue recuperando las fuerzas, fue preguntándose por todas esas cosas. La depresión y la fatiga habían ido alimentándose mútuamente y una vez fue desvaneciéndose el agotamiento, también lo hizo aquella depresión tan poco característica de ella. Fue como volver a nacer y Susan disfrutaba de aquella sensación. Pero sabía que también era obvio para Cord que estaba encontrándose mucho mejor y todas las noches esperaba que se acostara con ella. Como Cord no hacía nada por acercarse a ella en ese sentido, comenzó a temer que ya no la deseara... Hasta que comprendió que en realidad él estaba esperando a que fuera ella la que hiciera el primer movimiento, la que le indicara que estaba ya preparada para reiniciar su relación.

Pero la inseguridad la mantenía en silencio. Susan todavía no estaba segura de lo que quería; ella todavía lo amaba, pero no conseguía desprenderse de la sensación de haber sido traicionada y sabía que, mientras siguiera teniendo dudas sobre él, tenía que procurar guardar las distancias. Ella no quería una simple aventura; ella esperaba mucho más. Quería amor, quería un compromiso y, si era posible, quería también hijos.

Durante la quinta noche de estancia en la playa, se desató una violenta tormenta. Susan se despertó en medio de la noche, con un grito en los labios y, por un instante, pensó confundida que la estaba llevando un tornado. Inmediatamente se dio cuenta de dónde estaba y se acurrucó bajo las sábanas, escuchando el tamborilear de la lluvia contra la ventana. En el pasado, jamás había tenido miedo de las tormentas. De hecho, siempre había disfrutado de aquel espectáculo de poder y grandeza. Pero después de

lo ocurrido, siempre mantendría un saludable respeto por las tormentas.

La puerta del dormitorio se abrió lentamente y Cord entró en la habitación, mostrando su desnudez bajo la luz de un rayo.

Susan lo miró fijamente, sintiendo el sabor del deseo en la lengua; un dulce calor se extendió por su abdomen y sus muslos.

¿Estás bien? -le preguntó suavemente-. He pensado que quizá tuvieras miedo después del tomado.

Susan se sentó en la cama, apartando el pelo de su rostro.

-Estoy bien. Me he asustado un poco al despertarme, pero ahora ya no tengo miedo.

- Estupendo - respondió Cord, y se dispuso a salir de la habitación.

¡Cord, espera! - lo llamó sin pensar. Cord vaciló un instante y se volvió hacia ella en silencio -. Creo que ya va siendo hora de que hablemos - aventuró Susan.

- De acuerdo. Voy a ponerme unos calzoncillos y ahora vuelvo.

- No - volvió a detenerlo y le tendió la mano -. No hace falta, ¿verdad?

- No, creo que no - respondió Cord pero no estaba seguro de lo que sentías.

- Yo, siento lo mismo que... Por favor, siéntate en la cama - se echó hacia un lado, y se cubrió con las sábanas hasta la cintura.

Cord se sentó a su lado y encendió la luz.

- Si vamos a hablar, quiero poder verte.

Susan cruzó las piernas al estilo indio, intentando desviar la mirada de la maravillosa masculinidad que se extendía frente a ella. No era capaz de imaginar un hombre más hermoso. Cuanto más lo veía, más lo admiraba. Cord debía de ser uno de esos hombres que mejoraban con la edad. Pero como su cuerpo estaba distrayéndola, intentó mirarlo a los ojos. La pequeña, conocedora e infinitamente complacida sonrisa que asomó a, los labios de Cord la hizo sonrojarse; después se rió un poco de sí misma.

- Lo siento. Tienes una facilidad increíble para hacerme sonrojar.

- Soy yo el que debería sonrojarse, si estoy interpretando correctamente lo que estás pensando.

Lo estaba interpretando correctamente y ambos lo sabían. Susan hizo un esfuerzo serio por controlarse.

- Antes que nada, me gustaría aclarar una cosa: te amo. Si no quieres enfrentarte a ese sentimiento o te hace sentirte incómodo, entonces no tenemos nada de lo que hablar. Y si quieres puedes volver a tu habitación.

Cord no se movió ni un milímetro de la cómoda posición en la que se encontraba.

- Lo sé desde hace tiempo – contestó -, desde la primera vez que hice el amor contigo. Si no me hubieras amado, jamás me hubieras desnudado de esa forma ni te habrías entregado a mí tan completamente.

- Pero no podías confiar en mí. No me dijiste la verdad a pesar de que sabías lo preocupada que estaba, a pesar de que sabías que me estaba destrozando tener que pelear contigo.

- En mi defensa, déjame decirte que no te esperaba. Excepto mis padres, no puedo decir que haya conocido nunca a nadie en quien pudiera

confiar hasta que apareciste tú. Y habían pasado ya demasiados años desde la última vez que había sido capaz de depositar en nadie mi confianza. A pesar de que decías amarme, defendías obstinadamente a Preston. ¿Cómo podía sestar seguro de que no correrías a decirle inmediatamente que en realidad no pretendía llevar a la compañía a la bancarrota, que solo estaba presionándolo para que me vendiera sus acciones?

-¿Pero es que no lo entiendes? Yo defendía a Preston precisamente porque pensaba que querías arruinarlo para vengar a Judith.

- No pretendía vengarme, aunque quería que fuera eso lo que él pensara. Me siento demasiado culpable de lo que ocurrió como para pensar en vengarme de nadie. Pero por la forma en la que fueron las cosas cuando me marché... Cariño, no tienes ni idea de la amargura y la violencia que hubo entonces. Yo quería volver a casa y sabía que la única forma de hacerlo era desde una posición de poder. No solo quería volver a vivir en esta zona otra vez. Quería ser aceptado, tener parte de lo que había tenido antes, cuando era demasiado joven para apreciarlo.

-¿Y crees que si me lo hubieras contado yo habría arruinado tus planes?

Cord le enmarcó el rostro con las manos y le acarició la mejilla.

- No llores –murmuró -. Ya te lo dije, no estoy acostumbrado a confiar en nadie. He pasado demasiado tiempo en callejones oscuros... Bueno, no importa. Pero, maldita sea, ¡tú sabes que jamás pretendí que fueras tú la que tuvieras que vender! No pensé que te pondrías encima toda esa carga, pero Preston es demasiado inteligente. Su idea estuvo a punto de funcionar. Si yo hubiera sabido lo que estabas haciendo, me habría detenido al instante. Fue la cabezonería que te llevó a ocultarme lo que estabas haciendo la que me permitió tener tiempo suficiente para comprar las acciones que necesitaba..

- Y después contaste con mi voto - le recordó ella.

- Sí, conté con tu voto - la miró atentamente, intentando interpretar la miríada de expresiones que cruzaban su adorable rostro -. Me equivoqué al no confiar en ti - le dijo suavemente, con voz queda y profunda -. Sabía que me amabas, pero me costaba demasiado creerlo. Temía llegar a creerme algo así. Dios mío, Susan, ¿es que no eres consciente? ¿No tienes idea del efecto que tienes en los demás? La gente se vuelca contigo. Por donde quiera que vas, hay gente intentando complacerte, conseguir una de tus sonrisas, ganarse tu atención aunque solo sea durante unos minutos. ¡Hasta Imogene sería capaz de luchar por ti! Temía atreverme a pensar que toda aquella dulzura era solo mía y que después no lo fuera... No habría podido soportarlo. Tenía que protegerme, no podía permitir que te acercaras demasiado a mí.

Susan lo miró fijamente, completamente perpleja por lo que estaba oyendo.

-¿Que la gente se vuelca conmigo? ¿Qué quieres decir exactamente?

Realmente no lo sabía, advirtió Cord. No tenía ni idea del efecto que su radiante sonrisa tenía en los demás. De la dulzura que invariablemente cruzaba el rostro de cualquier interlocutor de Susan. Dios Santo, aquella mujer tenía un tesoro por el que muchos hombros lucharían y ni siquiera era consciente de su poder, lo cual, suponía, era parte de su encanto.

- No importa - le dijo amablemente. Sabía que posiblemente no la creería aunque se lo dijera -. Lo único que ahora me importa es saber si me

amas lo suficiente para perdonarme.

- Tengo que hacerlo - respondió oblicuamente, pero la verdad era patente en sus ojos. Tenía que perdonarlo porque, cuando miraba en los rincones más profundos de su corazón, comprendía que lo amaba demasiado para no perdonarlo.

Con infinita ternura, Cord la tomó por la cintura y la atrajo hacia él.

- Me alegro - dijo gravemente. Estaban tan cerca que Susan podía ver su propio rostro reflejado en sus pupilas -. Porque te quiero tanto que podría volverme loco si me rechazaras.

Susan abrió los ojos como platos. El corazón le dio un vuelco y comenzó a latirle violentamente en el pecho.

-¿Que tú qué...?

- He dicho que te amo - repitió, deslizando las manos por su espalda con una lenta y tierna caricia. Susan se estremeció. Intentaba hablar, pero sus labios temblorosos se negaban a articular palabra alguna, de manera que renunció, posó la cabeza en su hombro y lo abrazó con fuerza. Cord estrechó aquel cuerpo deliciosamente femenino contra el suyo y sintió el escozor de las lágrimas en los ojos. Había estado a punto de perderla, había estado a punto de dejar que aquellos labios se alejaran para siempre de él...

- Te amo - repitió. Aquella vez lo susurró contra la oscura nube de su pelo. Las lágrimas se deslizaban ya por sus mejillas, pero no era consciente de ello. Todo su mundo se había estrechado hasta convertirse en la maravilla que sostenía entre sus brazos, en aquel cuerpo esbelto y delicado con una capacidad infinita para el amor.

Susan se apartó ligeramente. Sintió que el corazón le dejaba de latir al ver las lágrimas en su rostro y en ese momento supo que Cord la amaba. La estaba mirando con un amor profundo y abrasador que no hacía ningún esfuerzo en disimular. Los últimos vestigios de amargura habían sido arrastrados por aquellas lágrimas con las que se alejaban también la tristeza y la culpa por lo que le había ocurrido a Judith. Consciente de que Susan jamás lo rechazaría, de que lo que ardía entre ellos debía ser consumado y santificado por una unión, Cord tumbó delicadamente a Susan y se colocó sobre ella. Le levantó lentamente el camisón y, tras deleitarse durante unos segundos en aquella belleza, se dejó caer suavemente sobre ella. La besó con fiereza y después retrocedió, con la satisfacción reflejada en cada una de sus facciones.

- Voy a casarme contigo.

- Sí - respondió Susan y contuvo la respiración cuando Cord se hundió en ella. Su cuerpo, húmedo y ardiente, lo aceptó sin ninguna dificultad. Cord comenzó a moverse lentamente y gimió de placer.

Después se recostó sobre un codo para mirarla, con el rostro ardiendo de deseo.

- Creo que deberíamos casarnos cuanto antes -musitó-. Después de la noche del tornado, es posible que estés embarazada.

- Lo sé - deslizó las manos por sus hombros y le sonrió -. Y lo espero.

Una sonrisa asomó a los labios de Cord.

- En cualquier caso, para aseguramos, tendremos que intentarlo otra vez - la besó y comenzaron a moverse al unísono, con una pasión tierna y salvaje. Lo que había comenzado con un baile en una habitación

abarrotada, se estaba convirtiendo en la sensual danza del amor bendecida por las lágrimas de un hombre que había tenido que aprender a llorar.

Epilogo

Cord descansaba pesadamente sobre ella tras haber hecho el amor. Susan le mordisqueó el hombro y él posó la mano en su pelo. Comenzó a besarla otra vez y el fuego volvió a prender entre ellos. Un fuego que ardía con más fuerza que nunca tras su primer año de matrimonio. Y justo cuando comenzaba a meterse en ella, el llanto de un bebé reclamó la atención.

Cord maldijo para sí.

Es increíblemente oportuna! - gruñó mientras salía desnudo de la habitación.

Susan cubrió con la sábana su cuerpo desnudo. Una lenta sonrisa curvó sus labios mientras visionaba la escena que estaba teniendo lugar en la otra habitación. Cord podía gruñir y refunfuñar, pero se ablandaba en cuanto veía a su hija, que estaba aprendiendo ya a balbucear. Ella, por su parte, dejaba de llorar en cuanto veía a su padre. Le ofrecía entonces un repertorio completo de cumplidos, desde patadas, movimientos de brazos y todo tipo de balbuceos y él la miraba en rendida admiración. Alison Marie era una tirana de cuatro meses de edad, capaz de dominar a Cord con un solo dedo.

Había sido una suerte que se casaran tan pronto porque, al mes de la boda, era ya evidente que Susan estaba embarazada. Antes de que Alison Marie naciera, Cord bromeaba diciendo que si era niña debería llamarse Tormenta y si era niño Tornado. Al principio, Susan estaba un poco preocupada por cómo podría tomarse Cord su inesperada paternidad, pero la preocupación no le había durado prácticamente nada. Ningún hombre se habría alegrado más al saber que iba a tener un hijo.

Susan se preparó para darle de mamar al bebé y, al cabo de unos segundos, Cord entró en la habitación con Alison en brazos, mientras palmeaba suavemente su pañal. Dejó a la niña en el regazo de su esposa y el bebé no tardó en comenzar a succionar el pezón de su madre con hambrienta ferocidad.

- Mira cómo come - comentó. Estaba fascinado por todo lo que tenía relación con ella. De hecho, parecía estar fascinado desde el momento en el que Susan le había comunicado su embarazo.

A pesar de que aquel era su primer hijo, Susan había pasado los nueve meses sin ningún problema. Había tenido muy pocas náuseas y ningún antojo y había llevado el embarazo con sorprendente facilidad.

Cord acarició los pequeños rizos de su hija y esta abrió los ojos un instante, revelando unos hermosos iris azul claro rodeados por una banda más oscura. Se parecía increíblemente a Cord y este la adoraba. Pero en ese momento la niña estaba ocupada con las delicias que el seno de su madre le ofrecía. Cerró los ojos y continuó succionando vigorosamente.

No tardó en quedarse nuevamente dormida y Susan sacó el pezón de su boca.

- Pronto voy a tener que dejar de darle de mamar - suspiró.

-¿Por qué?

- Están empezando a salirle los dientes.

Cord rio suavemente y se tumbó desnudo como estaba en la cama.

- Puede ser peligroso, ¿eh?

- Extremadamente - Susan llevó a Alison a su habitación y disfrutó durante unos minutos del infinito placer de tenerla entre sus brazos. La niña protestó cuando la dejó en la cuna, pero casi inmediatamente se llevó el pulgar a la boca y se quedó profundamente dormida.

Cuando regresó al dormitorio, Cord la estaba esperando. Susan se acurrucó contra él. Estar casada con Cord era mucho mejor de lo que se había atrevido a imaginar.

Él y Preston habían hecho una tregua y habían establecido una pacífica relación de trabajo. Preston había permanecido como presidente de la compañía puesto que no podían permitirse el lujo de rechazar su experiencia y habilidad. Los bríos y la intrepidez de Cord conjugaban perfectamente con la atención a los detalles propia de Preston y entre ambos estaban creando una compañía innovadora y prudente. Aquel desafío mantenía a Cord completamente fascinado y por las noches regresaba a los brazos de su esposa, que era lo que más deseaba Susan.

Cord apagó la luz y bostezó en la oscuridad. Acurrucó a Susan en sus brazos y la besó. Movió perezosamente la mano sobre el cuerpo de Susan y encontró su seno.

- Susan - preguntó repentinamente animado -, ¿crees que se despertará esta vez?

Susan rió y le rodeó el cuello con los brazos. Su amado iba a arrastrarla una vez más al oscuro y mágico mundo del amor.